

SELECTA

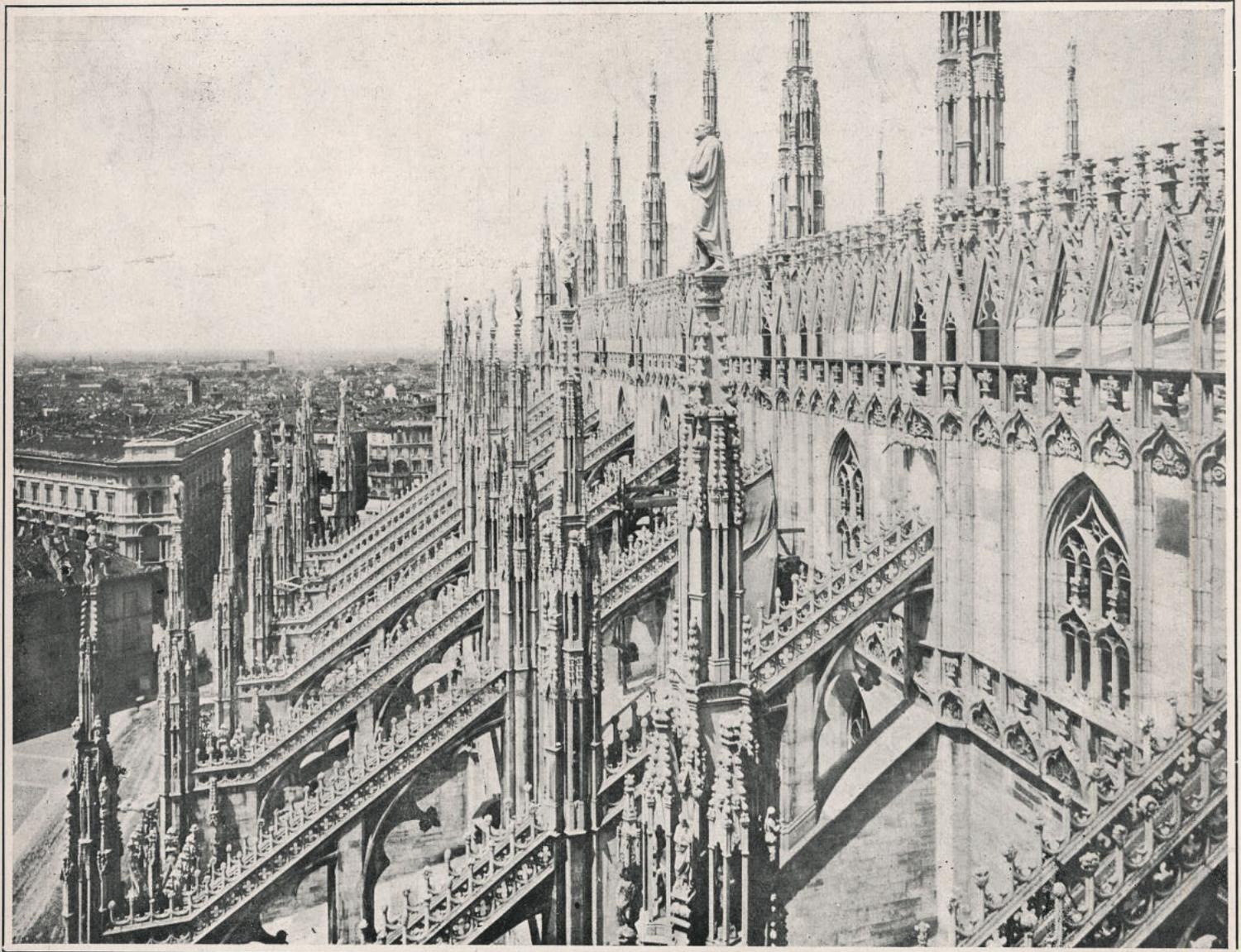


REVISTA MENSUAL

SEPTIEMBRE

AÑO II-N.º 6

1 PESO



LA CATEDRAL DE MILAN

SUMARIO

	Págs.		Págs.
LITERATURA			
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	208	Risas de niños.....	217
La manufactura de Sevres (conclusión).....	210	Los clásicos, cuadro de Velázquez.....	218
Un apóstol, por Jacobo Edén.....	212	El Cristo Niño, cuadro de E. Eroti.....	233
El Sieyes de la Revolución Chilena, por B. Vicuña Subercaseaux.....	215	Las luchas del circo.....	236
La Eterna Sed, por F. Santiván.....	217	Excmo. señor José A. Figueroa Alcorta, Presidente de la República Argentina.....	239
Alfredo Austin, por Miguel Luis Rocuant.....	220	Ulises y las Sirenas.....	240
Notas lejanas, por Angel Custodio Espejo.....	221	Venados en el bosque, cuadro de E. Ochel Kampende.....	242
Conversando sobre arte, por Richon-Brunet.....	223	La procesión, cuadro de F. Bramley.....	243
La jornada de una dama romana en tiempo de Adriano..	234	Combate de Casma, de Alvaro Casanova.....	245
Una actriz como hay pocas, por E. Gómez Carrillo.....	237		
La Charca, por G. Labarca Hubertson.....	241	TRICROMIAS	
La epopeya olvidada, por A. Bórquez Solar.....	241	Cuadro de Antonio Smith.....	223
Chile á través del siglo, por Fernán Ruiz.....	245	" " A. Orrego Luco.....	224
		" " Onofre Jarpa.....	225
		" " Alfredo Helsby.....	226
		" " Rafael Correa.....	227
		" " Valenzuela Llanos.....	228
		" " Pedro Subercaseaux.....	229
		" " B. Rebolledo Correa.....	230
GRABADOS			
La belleza en los teatros de Londres.....	207		
Caricias de amor infantil.....	209		
La Reina Luisa y Napoleón.....	214		

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 11
Número 6

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Septiembre de 1910

DIRECCION
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



LA BELLEZA EN LOS TEATROS DE LONDRES

HECHOS Y NOTAS

Hace ya un siglo que Chile, una de las más modestas y apartadas regiones del continente americano y del mundo, pasó, de mísera colonia española que antes era, á República independiente, á país próspero, con acentuada personalidad en su propio continente y con influencia efectiva en los destinos de la América del Sur. Cien años han dejado caer lentamente sus nieves en las altas cordilleras, y cien primaveras han hecho florecer sus rosas, lentamente deshojadas, sobre la tierra de Chile. Jamás el mundo había presenciado transformación semejante á la que ha sufrido nuestro continente.

Ayer no más, la selva virgen se extendía en oleadas, como el mar, y trepaba las laderas de las montañas hacia las cordilleras, ó se desprendía hacia el mar, ese mar de las eternas tempestades. Sus ríos, entre tanto, caían como torrentes incontenibles con fragor salvaje. En las riberas, las sábanas de verdura se perdían, alejándose hasta esfumarse en el azul del cielo. Suspendidos sobre el curso de las aguas, empinados sobre las rocas, hundidos en los valles, los árboles mezclaban sus perfumes y sus colores, sus tonalidades de infinitos verdes y sus aromas salvajes de piñones, de robles y de araucarias, elevando sus copas hasta alturas de vértigo. Las quilas entrelazaban sus robustos y elegantes brazos entre los árboles de la selva primitiva. A menudo, esas quilas extienden como puentes de flores entre las ramas de los árboles. Las magnolias dejaban trepar las enredaderas de rosas blancas ó las veían caer sobre ramas de chirimoyos. En las alturas de la costa, las palmeras elevaban al cielo sus copas como delicados ramos de plumas esfumados en las deliciosas suavidades de un cielo de dulzura napolitana. Acaso esas palmeras, como las palmeras de que hablaba Enrique Heine, soñaban con los copihues de las selvas, extendidos en guirnalda de lágrimas rojas y sangrientas de cera. Cantos de pájaros, murmurar de arroyos ocultos, gritos de jaguares, rumor de ondas, agitación incesante de séres que se mueven en la sombra y que cumplen con las leyes misteriosas de la especie que une, separa ó selecciona, llenando los desiertos vivos con armonías tiernas y salvajes. Y cuando los rayos del sol, filtrados al través de las ramas, ó el levísimo soplo de la brisa funden esos colores, animan las soledades, soplan la vida de una alma universal sobre la divina y majestuosa naturaleza americana, se diría que entraba nuestro continente en una faz distinta y propia de la vida del universo.

Llegaron los conquistadores y con la punta de sus lanzas, escribieron, ellos que no sabían leer, la más extraordinaria de las epopeyas que jamás haya presenciado el mundo, la epopeya de la conquista, esculpida sobre la piedra de nuestras altísimas montañas ó sepultada, con hombres como don Pedro de Valdivia, en las profundidades de nuestros bosques, donde sólo penetran los rayos de la sangrienta luna en las horas supremas del misterio. La tea del incendio asoló los bosques, el hacha del colono despejó los campos, y se alzaron ciudades con escuelas y con templos, rompiendo la reja del arado el seno de la naturaleza virgen. Comenzaba la Colonia. Entre tanto, á cada instante era preciso defenderse contra los asaltos de los terribles indios araucanos que incendiaban las poblaciones, se robaban los rebaños, mataban á los colonos y partían entonando sus himnos de guerra y de victoria sobre los restos humeantes de ciudades y de fortalezas. Así, en medio de una interminable guerra, nació Chile á la vida. Mientras tanto, otras regiones más favorecidas, como el virreinato del Perú, se desarrollaban en medio del esplendor de sus riquezas y la abundancia de sus minas, convertidas en centro de la emigración española, en cuanto poseía de más granado y de más floreciente.

Hace un siglo, al producirse el movimiento revolucionario de 1810, era Chile una de las últimas colonias españolas. Los extranjeros residentes no alcanzaban á ciento. Las rentas fiscales apenas pasaban de seiscientos mil pesos. El ejército, principal-

mente ocupado en las guerras de Arauco, se componía de mil quinientos hombres. La población de Chile no pasaba de quinientos mil habitantes. Las importaciones y exportaciones llegaban á cuatro millones anuales. Era casi nula, por decirlo así, la instrucción pública. La ciudad de Santiago era un basural infecto, y las acequias corrían por el centro de las calles. El hermosísimo paseo de las Delicias era lecho del río Mapocho. El recinto urbano apenas si comprendía el área de uno solo de los barrios actuales de la capital de la República. La ciudad terminaba en la calle llamada de la Ceniza, actualmente San Martín. De noche, era menester salir acompañado de un sirviente, generalmente un esclavo, provisto de farol ó de linterna.

La ciudad de Santiago no pasaba de ser un pobre caserío de aspecto desmedrado y triste, sin paseos, sin belleza, sin higiene alguna, de seguridad dudosa, pues los asaltos eran frecuentes y se efectuaban en pleno día. Hasta los nombres de las calles revelaban el estado de la época: llamábanse: Las Matadas, La Pescadería, Atravesada de la Compañía, La del Rey, La del Chirimoyo, la de Los Presidentes, la de Los Perros, acaso por las cuadrillas de canes vagabundos que por aquellos parajes corrían. Zapiola, en sus recuerdos, refiere que por la calle actual de San Antonio, cerca de la Plaza de Armas, escondían los ladrones sus escaleras desahinadas á los asaltos á mano armada. A la calle arrojaban sin cuidado alguno, los colchones de los calenturientos y los restos de mortajas y ataúdes sacados de las iglesias, que constituían los cementerios de aquel entonces.

La agricultura era pobrísima, casi no existían caminos, ni más regadío que el de las aguas del cielo, si bien se había proyectado ya el del llano de Maipo. La minería producía, á lo sumo, un millón y medio de pesos.

El movimiento de independencia de 1810 fué para Chile un despertar maravilloso, la aurora de una transformación tan completa y definitiva, casi no acertamos á comprenderla, en presencia de ciudades pobladas, de palacios, de edificios públicos monumentales, de estatuas y de paseos, que por todas partes se levantan, de ferrocarriles que cruzan el país, de colegios y de universidades, de canales de regadío y de fábricas que hacen humear sus chimeneas en todas direcciones. Santiago tiene ahora la población que antes tenía el territorio entero del país. Poetas y escritores, críticos y novelistas, sabios y artistas comienzan á proyectar sobre la inteligencia nacional una luz de irradiaciones poderosas y bellas.

A principios del siglo XIX, apenas unos cuantos hombres, como Salas y como Rojas, poseían una biblioteca y estudiaban, casi en la sombra, ocultándose como si ejecutaran una obra prohibida, perseguidos por las preocupaciones de la época y por los temores de los gobernantes españoles. Cien años después, las bibliotecas públicas abren sus puertas á todo el mundo, las revistas y los periódicos nos mantienen en contacto con las más apartadas regiones del universo y nos permiten seguir, día por día, el movimiento de la vida universal, gracias á la fuerza maravillosa del pensamiento, del cable y de la electricidad.

Toda esa portentosa fuerza de vida, todo ese movimiento de la industria, todo ese aumento de felicidad de que gozamos, la prolongación de nuestra existencia, la disminución del mal y del dolor, las ventajas de la industria y las bellezas del arte, la rapidez de las comunicaciones, la seguridad en las propiedades y en las vidas, el ser más dueños de nosotros mismos, la relativa facilidad para adquirir fortuna, todo eso y mucho más todavía es debido al esfuerzo poderoso desplegado en un instante de soberana exaltación patriótica por los hombres que dieron independencia á nuestra patria hace un siglo.

Acaso en sus horas de suprema exaltación patriótica, ellos no sospecharon la magnitud de la empresa que acometían, ni sus vastas y extensas proyecciones. Parecióronse al profeta de las

sagradas tradiciones: alcanzaron á vislumbrar la tierra prometida, pero sin lograr penetrar en ella. Desde lo alto de la montaña, contemplaron á lo lejos la llanura, y presintieron, en el misterio de sus corazones, que necesariamente su patria estaba destinada á destinos muy altos en su vida futura; sintieron que necesariamente formaría un pueblo libre y viril, con sus organismos constitucionales, con sus instituciones independientes y su vida moral. Todo eso nos dieron en germen los Padres de la Patria: era la edad de hierro de la República.

Inmediatamente vino otra generación que emprendió, sin vacilaciones, la tarea infinitamente difícil de organizar la tierra ya libre, formando, con elementos coloniales, un país en el cual pudieran crecer las instituciones modernas. Surge entonces, como en todo momento preciso de la historia el hombre necesario, envuelto en la capa airosa de don Diego Portales, el hombre de hierro. El genio político de Portales vió más lejos de lo que era dable imaginar entonces: comprendió la necesidad de asegurar la posición futura de Chile en Sud América, y emprendió, sin dinero y sin armas, la gloriosa é inolvidable campaña de 1838 en contra de la Confederación Perú-Boliviana y del general Santa Cruz. El triunfo de Yungay dió personalidad á Chile en América.

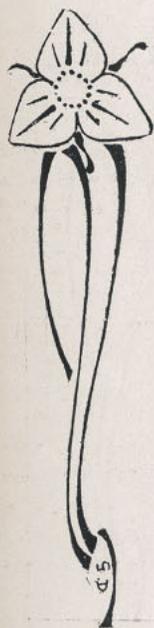
La República se constituye definitivamente con las administraciones de Bulnes y de Montt, de Pérez y de Errázuriz; toma definitivamente su contextura orgánica, y se van consolidando los partidos históricos, base necesaria del régimen parlamentario, instituido en la Constitución Política del año 33.

En 1879 estalla, de súbito, la guerra del Pacífico, á la cual fuimos provocados por Bolivia y el Perú, en circunstancias en que el país deseaba la paz á todo trance. La victoria de nuestras armas, en combates gloriosos, vino á ensanchar el territorio nacional, robusteciendo nuestra situación en América. Nuestra bandera había flameado por tercera vez en Lima, llevando los laureles de Iquique, de Tarapacá, de Tacna, de Chorrillos y de Miraflores. Chile había penetrado á su edad viril.

La guerra civil de 1891 vino á traer la consagración definitiva del régimen de gobierno parlamentario, con el sistema de Gabinete apoyado en mayorías parlamentarias.

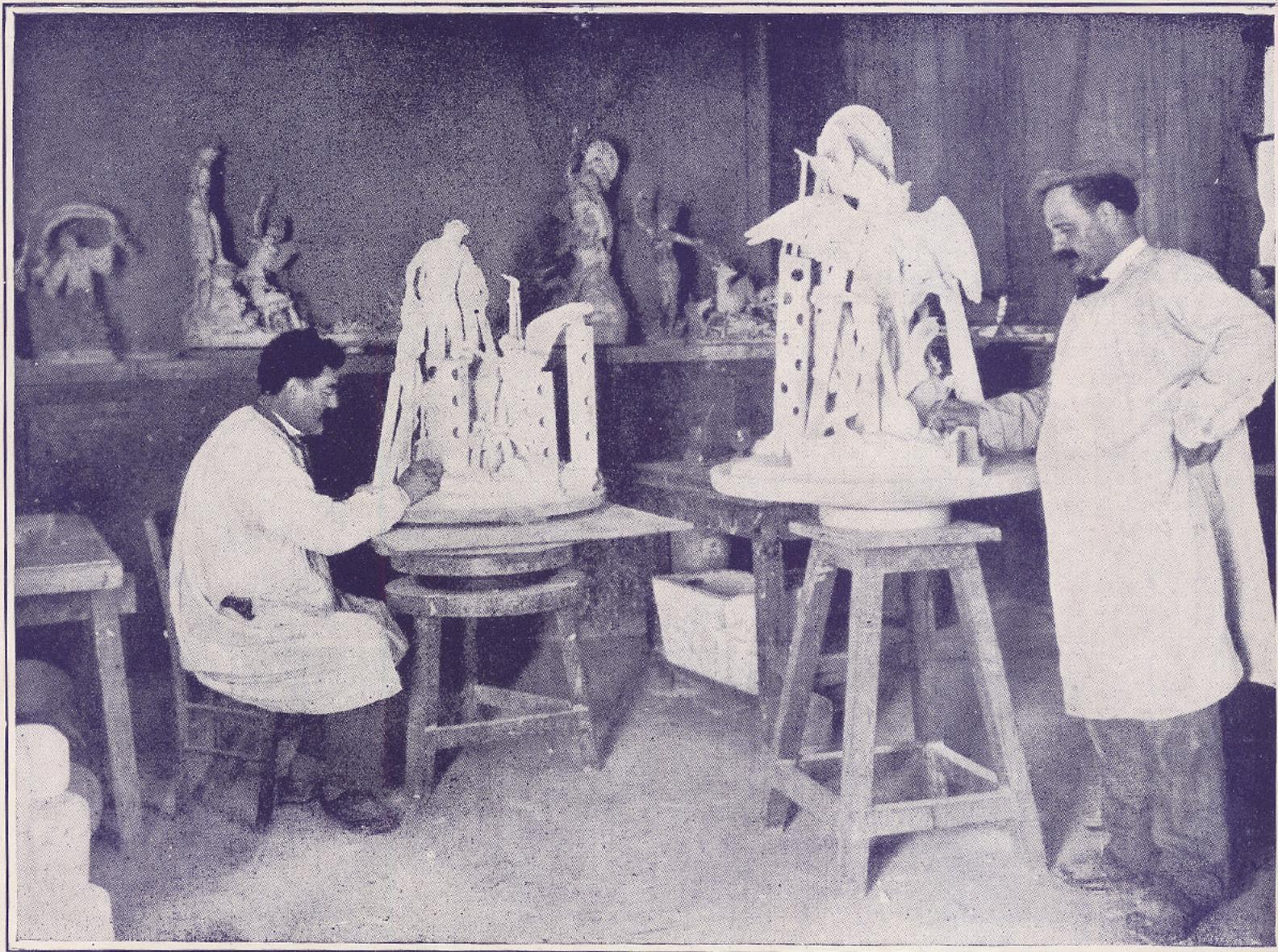
La nueva era que se abre para Chile es una era de trabajo y de organización económica, de obras públicas y de vuelo para el trabajo y la industria, la instrucción de las masas populares y la intelectualidad chilena. Es el comienzo de la edad de oro del penamiento y del trabajo.

LUIS ORREGO LUCO



LA MANUFACTURA DE SEVRES

(Conclusión)



Fabricación de biscuits en Sèvres

“Tener plata y no comprar objetos de arte de esta porcelana, es propio de un mal ciudadano”.

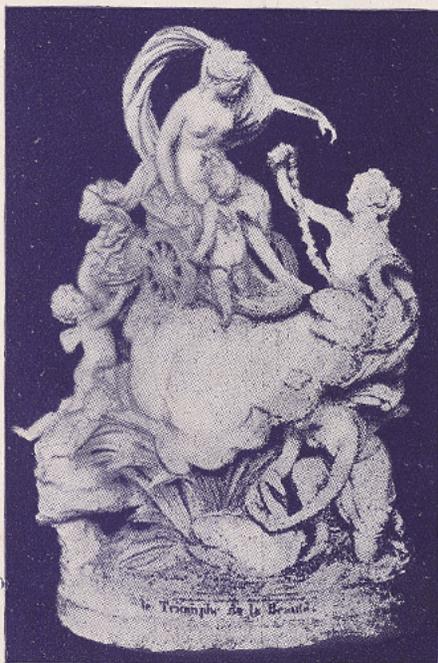
Los secretos industriales en que descansaba la empresa pasaron a ser de propiedad exclusiva del Rey, que confiaba a un comisario especial la misión de supervigilar la marcha del establecimiento. Bien pronto empezó a reunirse al rededor del director Boileau un personal d'élite, a la cabeza del cual vemos a: Hellot, de la Academie de Sciences; Bachelier, pintor del Rey, académico; Duplessis, joyero del Rey; Falconet, escultor del Rey, académico etc., etc. A instancias de Bachelier se renunció ya en 1757 a la

imitación de las figuritas de Sajonia, para lanzarse en la nueva vía de la escultura descubierta, interpretando los motivos dibujados por el pintor Boucher. Este ensayo tuvo el mayor éxito, y bajo la dirección de Falconet la producción de los “biscuits” de Sèvres adquirió un gran desarrollo entre los años 1757 y 1766, fecha esta última en la que este artista hubo de trasladarse a Rusia, llamado por Catalina II, permaneciendo allí doce años, durante los cuales cupo en suerte a Boizot el reemplazarlo. Corresponden a esa época las delicadas interpretaciones de Boucher y de Van Loo, las encantadoras creaciones de La Rue, Le Riche, Falconet, Durn, Pigalle, Pajou, Clodion etc.

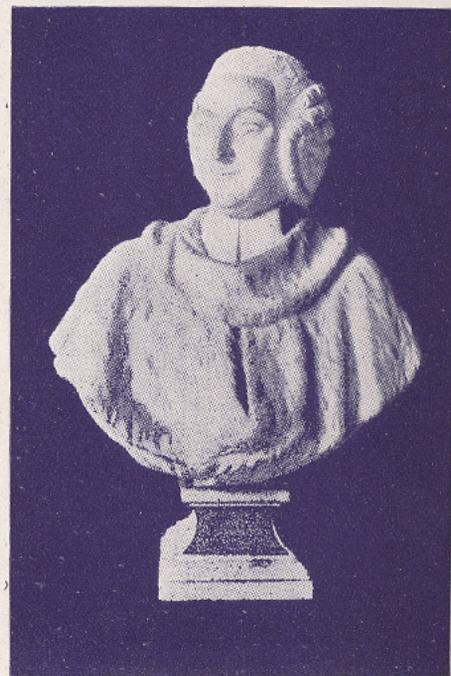
A los años difíciles que habían marcado el comienzo de la manufactura de porcelanas, habían sucedido los años prósperos. Después de haber sido tributaria del extranjero, Francia a su vez dejaba caer sobre sus vecinos una lluvia de esas lindísimas figuras de porcelana de Sèvres, cuyo triunfo era cada día mayor en el mundo artístico. El Rey, después de desinteresarse mañosamente a todos los asociados, había llegado a ser el único propietario del establecimiento. De este modo el arte fino, delicado, ideal del siglo XVIII pudo extender sus afiligranadas alas y emprender raudo vuelo al amparo de esas seductoras creaciones que aún hoy mis-

mo nos llenan de encanto y constituyen la mayor riqueza artística de algunas colecciones famosas. El impulso estaba dado y la nueva orientación se identificaba con las tendencias estéticas francesas de la época; el gusto francés se difundía en el mundo del arte y conquistaba los primeros lugares en todas partes; las fábricas alemanas renunciaban a continuar imitando las decoraciones chinas y japonesas que habían estado copiando hasta entonces más o menos servilmente, para seguir la senda señalada por la Manufactura Real de porcelana de Francia.

Pero la porcelana blanda, no obstante sus brillantes cualidades, no podía pretender destronar y suplantar esta porcelana de Orien-



El triunfo de la belleza



Busto de P. J. Macquer

te, cuyos elementos constitutivos eran conocidos en Alemania desde los comienzos del siglo XVIII. A pesar de todas las precauciones tomadas para guardar el secreto del descubrimiento hecho por el químico del Rey de Sajonia, Böttger, no pasó mucho tiempo sin que se establecieran fábricas de porcelana dura en distintos puntos de Alemania: Viena (1718), Hoechst (1740), Berlín (1750), Frankenthal (1755), Nyphenbourg, Louisbourg etc., y en seguida en Suecia, Holanda, Suiza etc.

En Francia, ya desde 1722 Reaumur había comenzado á ensayar con materias primas enviadas de China por el Rvdo. padre D'Entrecolles. En 1757, el químico Macquer, de la Academia de Ciencias, había iniciado unas experiencias que prosiguió durante diez años. Mientras tanto, la Manufactura de Sèvres estudiaba la conveniencia de aceptar diversas proposiciones que se le hacían de continuo, referentes á la venta del secreto de la fabricación de la porcelana dura ó sea sajona. Entre estas proposiciones mencionaremos la de los hermanos Hannong, de Strassburg (1753 y 1761). Los ensayos no habían dado resultados concluyentes; la dificultad de procurarse la materia prima por una parte y en seguida ciertos detalles defectuosos de causa ignorada, impedían el sacar partido en forma práctica de la revelación de los procedimientos de fabricación. El descubierto en Francia misma de esta materia tan codiciada, vino á dar un giro inesperado á esta industria.

★ ★

La extrema fusibilidad de la porcelana blanda oponía un obstáculo insuperable á la fabricación de grandes piezas con esta composición. Pero, una vez en posesión de la porcelana dura, todos los esfuerzos tendieron á abordar la fabricación de piezas monumentales, que competían con las que salían de la Manufactura de Meissen. De aquí que en 1783, el conde d'Angiviller ordenara á Boizot el gran jarrón que se exhibe hoy en las salas de la exposición del mobiliario francés del Louvre, en que el motivo principal está constituido por una cimbra (arq.) romboidal con figuras en relieve, modeladas por Boizot, pero cuya aplicación de más efecto y originalidad artística es un cinturón de "bronces" maravillosamente cincelados por Thomire. Interrumpida, durante el período de estagnación que caracterizó el fin del siglo XVIII, la fabricación de las piezas monumentales en porcelanas, volvió á su auge bajo el reinado de Napoleón I. En las artes, como en todo, el triunfante Emperador deseaba que la grandiosidad se enseñoreara en sus dominios. Asimismo nace, hijo de sus deseos y conceptos artísticos el género alegórico-histórico, destinado ante todo á conmemorar y ensalzar los altos hechos del soberano. Todos aquellos "asuntos" que debieron ser explotados por los pintores de la época llenando telas que hubieran resultado indudablemente maravillosas, se trasladan á los jarrones, vasos, mesas, copas, platos etc. Por doquier pueden admirarse vistas de monumentos, episodios de combates, retratos de personajes célebres etc., etc. Al lado de las columnas compuestas con el objeto de rememorar la glorificación de las campañas de 1806, pueden citarse los grandes jarrones de Austerlitz, el del casamiento de Napoleón I con María Luisa; el de la llegada á París de las obras maestras de pintura y escultura, trofeos de la campaña de 1796-97, y aún la célebre mesa de los Mariscales, la mesa de los grandes hombres de la antigüedad; la de los palacios imperiales, la de las cuatro estaciones, el servicio olímpico y el servicio egipcio con los accesorios de mesa que los completaban. Pero es, sobre todo, á la

crónica de la vida íntima, oficial y guerrera del Emperador mismo que corresponde el sitio más prominente en la labor de los talleres de la Manufactura de Sèvres; todo converge á lo mismo: á celebrar las victorias de Napoleón. El Emperador no desdena ir á dar su paseo por Sèvres y lo hace con mucha frecuencia, preocupándose de informarse y constatar de visu si se trabaja ó nó, y si las decoraciones se ajustan á la verdad histórica ó nó; da sus órdenes; hace observaciones si no está satisfecho de algo y no omite ocasión que pueda aprovechar para exteriorizar la impresión del interés que tiene para él la buena marcha de ese establecimiento.

La situación se complica con el advenimiento de la Restauración; ya los jarrones, las mesas mismas no bastan para la explotación de los "asuntos" históricos. Gracias a los progresos alcanzados en la fabricación, ya se ha llegado á obtener grandes planchas de porcelana, y es esta vez el cuadro, propiamente tal, el que entra en escena. La reproducción de las obras maestras de los grandes clásicos de la pintura: Raphael, El Ticiano, Corregio, Rubens, Van Dyck, Poussin etc., pasan á ser la gran preocupación de la época. Gran número de artistas cuya sorprendente habilidad merece justa admiración, aún en los tiempos presentes, no temen hacerle frente á la pintura de los super-maestros; y de aquí que al lado de las copias de La Madonna del Gran Duque, de Rafael; de La hermosa joven haciéndose la toilette, de Ticiano; del Carlos I de Van Dyck; del Diógenes, de Poussin, pueden admirarse en el Museo de Sèvres las interpretaciones de La escuela de Atenas, de la Misa de Bolsena y de La Redención de San Pedro, de Rafael. Estos trabajos debidos á los pinceles de damas distinguidas, entre las cuales podemos señalar los nombres de Jacquotot, Duchuzeant, Laurent etc., y los de sus émulos del sexo feo: Georget, Beranger, Constantino, Laglacé etc., fueron muy admirados en su tiempo, no obstante la cruda guerra que les hicieron Ingres y Merimée, y acaso con criterio estrictamente ajustado á la imparcialidad crítica en el arte pictórico, merecen hoy mismo un voto de admiración muy sincera, pues respondieron admirablemente al objeto de su ejecución, aunque nada tuvieron de común en el arte cerámico propiamente tal.

Una vez lanzados en esta vía, y estimulados por el éxito alcanzado, no era cosa fácil detener á los pintores de Sèvres. A las copias de los cuadros antiguos siguen las reproducciones de las obras modernas de Gros, Gérard, Girodat y otros. No quiere decir esto que ya no se preocupan de cubrir de pinturas los vientres de los jarrones,

los fondos de las copas, los asientos y bordes de los platos, los péndulos, los muebles, salpicándolos de "motivos" prestados á los estilos más diversos: romano, gótico, morisco. Bajo la influencia de la escuela romántica, la Edad Media y el Renacimiento, han relegado al segundo lugar á Grecia y Roma, dando á luz producciones bizarras, que denotan la ausencia más absoluta de toda comprensión artística.

Viene la monarquía de Julio, y el mal empeora aún más. Formas pesadas y recargadas de adornos, "asuntos" fríos y desprovistos de flexibilidad, pinturas sin carácter definido. ¡Cuán lejos se está de aquellas encantadoras figuras, de esas seductoras porcelanas del siglo XVIII!

Preciso es que pasemos por alto algunos años y lleguemos al 1848, para señalar el primer esfuerzo serio, hecho después de largo tiempo, en el sentido de allegar algún progreso á la decoración de la porcelana.



"Vaso de los elementos", fabricado en 1878

UN APOSTOL

No sabría expresar el sentimiento que me infunde la lectura de los escritos de don Juan Enrique Lagarrigue; la mezcla de sentimientos contradictorios, de grandeza y pequeñez, de admiración y de piedad, de respeto y de ironía, que sin dejar de ser contradictorios y recíprocamente excluyentes, son lógicos y se completan unos á otros cuando se separa al ideólogo soñador, de las ideas reales; el objetivo luminoso y fijo, de los vericuetos oscuros y arbitrarios por los cuales se pretende llegar á él. Al leerlo, se recibe la impresión de una serena y consoladora elevación del espíritu á regiones superiores, pobladas de armonías é inspiradoras de soluciones benéficas para los amargos problemas que nos conturban aquí abajo; pero al fin no se llega á la región imaginada, y uno se convence de haber hecho una ascensión al vacío, que no tiene más resultado que una caída y un desencanto.

No conozco personalmente al señor Lagarrigue; y sin embargo, me parece conocerlo mejor que á las personas á quienes trato con frecuencia; estoy seguro de saber, no sólo lo que piensa y lo que cree, que eso lo dice en sus escritos,—y sus escritos son de una sinceridad absoluta,—sino lo que siente, lo que anhela, y también lo que inevitablemente sufre, cuando al pasar del éxtasis á la realidad, compara la Humanidad que él inventa en sus ingenuas y generosas aspiraciones, con la humanidad que encuentra en la calle. En vez de reconocer en lo que escribe la biografía que piadosamente intenta hacer de la humanidad, reconozco la impremeditada autobiografía de un hombre excepcionalmente inadecuado para servir de modelo á un pintor de la humanidad, porque es tan diferente del tipo medio humano cuanto difieren la sinceridad y el cálculo, el amor y la indolencia, la abnegación y el lucro, los esplendores de la fé y los hielos de excepticismo.

Cuando leo algunos de los folletos que constantemente publica el señor Lagarrigue, admiro la elevación del sentimiento que lo inspira y la integridad de la convicción; pero enlumarme en el seno de la Humanidad y postrarme en adoración mental, como lo quiere el autor, hago precisamente lo contrario: establezco la debida separación entre el común de los hombres y un hombre ingéni-tamente recto, y siento la emoción contradictoria que he dicho, mezcla de placer y de tristeza en ponerme en comunicación con un justo que ha estraviado el camino; con un hombre en quien superabunda en tal grado la fé, que gasta excesos de credulidad en convencerse de la realidad de sus ilusiones; que es tan extremadamente benévolo, que no pudiendo afirmar que todos los hombres son individualmente buenos, los conjuga en el infinito abstracto de Humanidad, y afirma que todos los hombres son buenos en la Humanidad, adorablemente buenos hasta generar la Humanidad-Dios.

La generalidad de las personas,—y en este caso, lo que siempre ocurre, tiene razón la generalidad,—no comprende ni aprecia los grandes esfuerzos y sacrificios sino cuando guardan alguna proporción con los objetos que los provocan, y á veces con los resultados que obtienen. Hay inmolaciones que immortalizan gloriosamente á las víctimas, como héroes ó mártires; pero hay otras, igualmente abnegadas, igualmente supremas, que tienen una causa inmediata muy restringida, y entonces, en vez de que el sacrificio levante la causa á la altura de su propia grandeza, sucede que la causa rebaja el sacrificio al nivel de su pequeñez. Un sabio es muerto por la explosión de combinaciones químicas al resolver un problema que pudo tener resultados gigantescos en la evolución de la ciencia y en el progreso de la humanidad, y su nombre entra esplendente al martirologio de los héroes de la ciencia. Otro sabio, persiguiendo una mosca de especie rara, se estrella contra un poste ó cae á un pozo; ha muerto por la ciencia también, pero su sacrificio no tiene la trágica imponencia del otro, porque averiguar

el número de articulaciones de las patas, ó la conformación del abdomen de una mosca rara, es un problema de proyecciones desdénables para el progreso de las ciencias y el bienestar de la humanidad. La catástrofe deja de ser conmovedora, porque aparece desproporcionada con su razón de ser y sus resultados; y esa desproporción, como todo lo que es deformé, da un aire de caricatura á la virtud que la origina, y un caracter grotesco al acto en que se observa.

Así también, la enorme suma de constancia, de unción y de fraternidad que el señor Lagarrigue esperece al viento,—tégalo por seguro, la arroja al viento,—procurando sembrar en la inteligencia y los corazones la religión de la Humanidad, es un valor espiritual infinitamente superior al objeto en que se invierte y á los resultados que obtiene. Hay desproporción, deformidad, y por eso la impresión que deja en muchos la religión de la Humanidad, es de caricatura de religión,—acentuada todavía por su vocabulario neológico y su almanaque revokoso, de 14 de Moisés, 25 de Confucio, 7 de San Pablo, del año 56 de la Era Normal. Pero también para los que no quieren reír, que prestan á los problemas del espíritu la profunda y casi desesperada importancia que tienen en

estos tiempos en que tantas almas angustiadas por la duda buscan ansiosamente una verdad que las subyugue y las haga creer; para los que desean analizar seriamente toda doctrina, cualquiera que sea, á fin de exprimir de ella lo que contenga de luz y de consuelo, la religión de la Humanidad carece de luz y de consuelo, la religión de la Humanidad carece de base sólida. La contemplación y el conocimiento del hombre, aún abstracto, y la meditación de la Humanidad, aún con mayúscula, difícilmente inspiran un sentimiento de adoración, un sentimiento de esencia religiosa. Inspiran más bien un sentimiento de tristeza; y por poco que el que contempla y medita tenga un temperamento bilioso, le inspiran un sentimiento de disgusto, de desdén y de animadversión que puede llegar á la acerba y procaz misantropía de Byron: "Cuando se conoce bien á los hombres, se siente una grande estimación por los perros".

No lo digo porque yo piense así, ni mucho menos por deprimir el cordial y confiado altruismo del señor Lagarrigue; lo digo porque, haciendo ver que muchos hombres piensan así, se hace ver la imposibilidad de que la religión de la Humanidad sea la religión de los hombres, ni siquiera una aspiración, y para algunos espíritus escogidos, que han perdido la fé de su infancia, pero que necesitan indispensablemente crear, podrá ser también mientras divagan transitoriamente, para volver después á la fé primera, á la única fé capaz de satisfacer sus inextinguibles ideales de sobrenatural, — podrá ser también una fuerza. Y precisamente por eso, porque necesitan emplear en algo esa fuerza interior que no se resignan á perder inactiva, se hacen apóstoles; y se hacen apóstoles de un apostolado cuyo celo se alimenta, nó con la esperanza de convertir á los demás á la fé interina en que ellos mismo están, sino con la satisfacción de combatir el excepticismo y de llamar á los hombres á la vida del espíritu.

El señor Lagarrigue, como suelen las inteligencias elevadas y auxiliadas por una conciencia serena, tiene un gran poder de abstracción. Es el poder de abstracción de los que saben y acostumbra meditar, aunque sea en ilusiones; poder, en especial, de espíritus indulgentes, que les permite cumplir sin esfuerzo el precepto de detestar la culpa y amar á los culpables. No todos lo consiguen, ó por lo menos no lo consiguen espontáneamente, y necesitan dominar los impulsos de rencor y egoísmo que llevan á identificar el acto con el actor; cuando condenan el robo y el asesinato, envuelven en su condenación al ladrón y al asesino, de tal ma-



Juan Enrique Lagarrigue

El Arte en Chile



N pocos días más, la Exposición Internacional de Bellas Artes abrirá sus puertas, y Chile quedará consagrado como un país de una cultura tan refinada que pudo celebrar el aniversario de su primer siglo de vida de nación libre con una manifestación que revela la intensidad de sus instintos y de sus gustos intelectuales y artísticos. El momento no puede ser más oportuno para estudiar el nacimiento y el desarrollo

del arte en Chile, y hacer una historia de su vida artística tan brillante, á pesar de su brevedad.

Porque verdaderamente, la historia del arte en Chile se puede decir que tuvo su principio á mediados del siglo pasado, es decir, hace poco más de cincuenta años. Antes, las manifestaciones artísticas eran casi desconocidas.

Durante toda la época de la conquista y del imperio español, los nuevos pobladores de Chile importaron, cierto número de obras de arte, de las que estaban en boga en su época, pero que eran

los grandes obstáculos que impidieron la infiltración del arte europeo en la América del Sur: á pesar de la obstrucción de los gobiernos de antaño, el pensamiento de la Europa podía llegar, con los libros, atravesando la cordillera y el océano, pero no pasaba lo mismo con las obras de arte pictural ó escultórico. La falta de modelos que pudieran fijar ciertas ideas, provocar, quizás, la vocación de muchos jóvenes, fué sin duda, la causa de que muchos años después que grandes poetas y literatos se habían revelado en América y habían llamado la atención del mundo, todavía ningún artista pintor ó escultor se hubiera manifestado.

El resultado fué que, cuando con los rápidos progresos de la civilización, estas naciones nuevas necesitaron monumentos, decoraciones y estatuas, tuvieron que dirigirse á Europa para conseguirlas y hay que confesarlo, desgraciadamente, la Europa, muchas veces, mandaba obras que dejaban mucho que desear bajo el punto de vista del estilo y de la ejecución: no se formaba ninguna tradición de arte americano, no aparecía un estilo original.

Sin embargo, las naciones americanas, y particularmente Chile,



Cuadro de Antonio Smith

reservadas exclusivamente á los conventos y á los palacios de los virreyes, y ninguna manifestación artística original se manifestó entre los recién llegados á las tierras americanas. Hay que reconocer también que los que llegaban entonces á América tenían otras cosas que hacer que cultivar las bellas artes, y por lo mismo, es muy natural que sus descendientes inmediatos, los primeros representantes de la raza sud-americana actual, habiendo perdido todas las tradiciones de arte de sus antepasados europeos, y, además, teniendo la tarea considerable de colonizar y poblar inmensos territorios, hayan seguido profundamente indiferentes al arte.

Pero, cuando con el progreso de la civilización y el refinamiento constante y continuo de las altas capas sociales, las preocupaciones materiales de la lucha por la vida dejaron lugar á las aspiraciones intelectuales y artísticas, entonces el alejamiento de los grandes centros artísticos, la dificultad de las comunicaciones fueron

desarrollándose de una manera cada vez más brillante, y por otra parte los progresos de la navegación, haciendo, sino desaparecer, por lo menos disminuir notablemente los inconvenientes de la distancia, la cuestión de las bellas artes debía plantearse; ya se hacía indispensable que ellos tomaran su lugar debajo del hermoso sol de la América del Sur. El gran soplo de libertad y de emancipación producido por la Revolución Francesa había salvado los Océanos; la aurora de los tiempos nuevos había alumbrado á la América y las jóvenes naciones, después de haber conquistado su independencia, llenas del más magnífico entusiasmo, quisieron mostrar al viejo mundo, hasta qué punto eran ellas dignas de esta independencia, organizando su vida social y tomando como modelos á las naciones de Europa, que estaban entonces, que están todavía á la vanguardia de la civilización. La necesidad del *Arte* en todas sus manifestaciones se impuso.



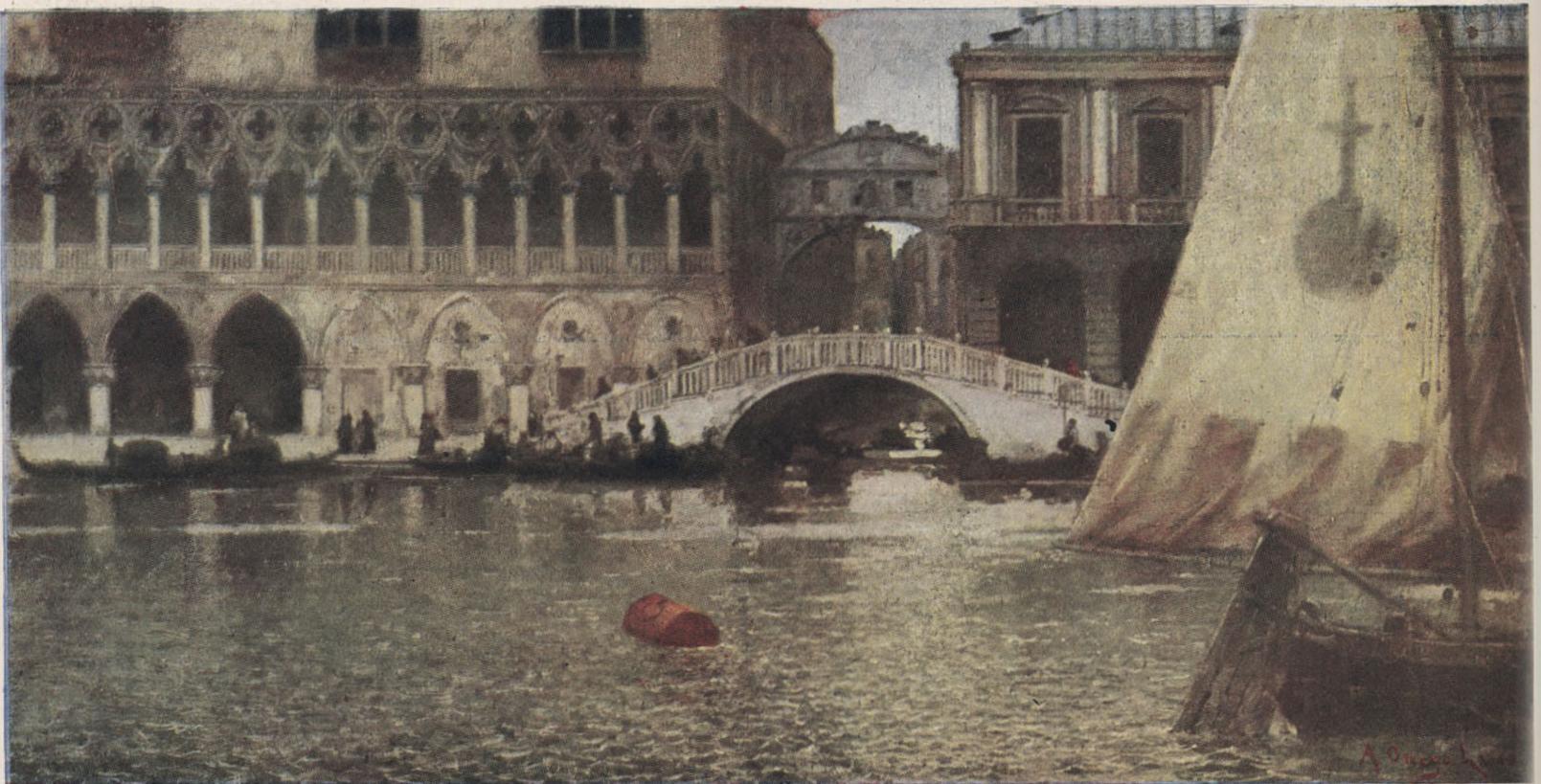
Cuadro de A. Orrego Luco

Desgraciadamente, la falta de atmósfera artística por la ausencia de tradiciones y de un pasado de arte, era un tremendo obstáculo, aún para un principio de organización. Además, la época era particularmente peligrosa, coincidiendo con la aparición en Europa, de la industria moderna, de la fabricación mecánica y barata, triste aurora de la "pacotilla", reverso de la medalla del progreso. La Europa a pesar de estar armada con sus tradiciones y su pasado artístico tuvo que luchar para que no se echara a perder su buen gusto y su educación, frutos de largos siglos de arte: ¿cómo iban a resistir esta prueba cerebros, vírgenes todavía, de toda idea de arte y naturalmente dispuestos a acoger las primeras impresiones recibidas? ¿Irían estas aspiraciones artísticas a ser pervertidas al tiempo de nacer, por la invasión de este falso lujo, fácilmente adquirido bajo la forma de los productos bastardos de una industria rápida, fabricando con materiales de mala calidad, groseras imitaciones de todos los estilos conocidos, ó mezclándolos para producir monstruosidades híbridas, verdaderos atentados contra

todo el arte del pasado? Fué esa una crisis que asoló el mundo durante algún tiempo y contra lo cual se ha producido desde unos quince años una reacción victoriosa cuyas iniciadoras fueron la Francia y la Inglaterra. Y al fin para concretarme al bello arte de la pintura ¿tendría la mala suerte América de conocer los cromos antes de la verdadera pintura?

Una circunstancia feliz é inesperada vino a salvar a Chile de este peligro, al mismo tiempo que iba a dar una admirable dirección a las aspiraciones artísticas de los chilenos y principiar de la manera más espléndida la historia artística del país: esta circunstancia fué la llegada y la larga permanencia en Chile del pintor francés Monvoisin.

Hace algunos meses consagré una de estas conversaciones sobre arte a este notable artista que tuvo una influencia tan grande sobre los destinos artísticos de Chile. Monvoisin llegó a Santiago en una época brillante de riqueza y de lujo y ejecutó una larga serie de retratos, algunos de los cuales son de primer orden. Serán



Cuadro de A. Orrego Luco

muy raras las familias de la antigua aristocracia de Chile que no tengan en sus salones retratos pintados por el artista francés.

A la época de la llegada de Monvoisin á Chile, no existía ninguna organización artística, y por consiguiente ninguna escuela de Bellas Artes. El creó una especie de academia artística, pero enteramente privada y sin ingerencia alguna del Estado. No pude encontrar sino datos muy vagos sobre esta primera academia, fundada por Monvoisin: sin embargo, hizo algunos discípulos que fueron los primeros pintores nacionales, y entre los cuales se destaca especialmente, Mandiola, cuyos cuadros revelan un vigoroso temperamento de pintor y en que se nota netamente la influencia del maestro.

En estos mismos años que fueron de un brillo extraordinario en la vida de la nación por la pléyade de hombres notables que la colocaron á la altura que hizo de Chile el Estado mejor organizado cuyas majestuosas figuras dominan todavía á la época

cual contribuyeron, en gran parte, los graves acontecimientos del año 91.

Hace diez años la Escuela estuvo reorganizada en la forma actual sólida y definitiva y cuenta con el más notable cuerpo de maestros, distinguidos artistas nacionales y extranjeros: en pocos meses más, después de la Exposición irá á ocupar el magnífico edificio, anexo al paseo en el Palacio de Bellas Artes.

Cuando se creó la primera Academia de Bellas Artes se llamó para dirigir la clase de escultura á un escultor francés, Auguste François, quien la tuvo á su cargo durante veinte años y que fué reemplazado por el más notable de sus discípulos, don Nicanor Plaza, una de las glorias de la escuela escultórica chilena. Tampoco fué olvidada la arquitectura en el programa de la primera Academia y fué también un francés, Brunet de Baisnes, quien tuvo la dirección de la primera clase organizada: Brunet de Baisnes murió en Santiago, á los pocos años de llegar, y el Gobierno hizo

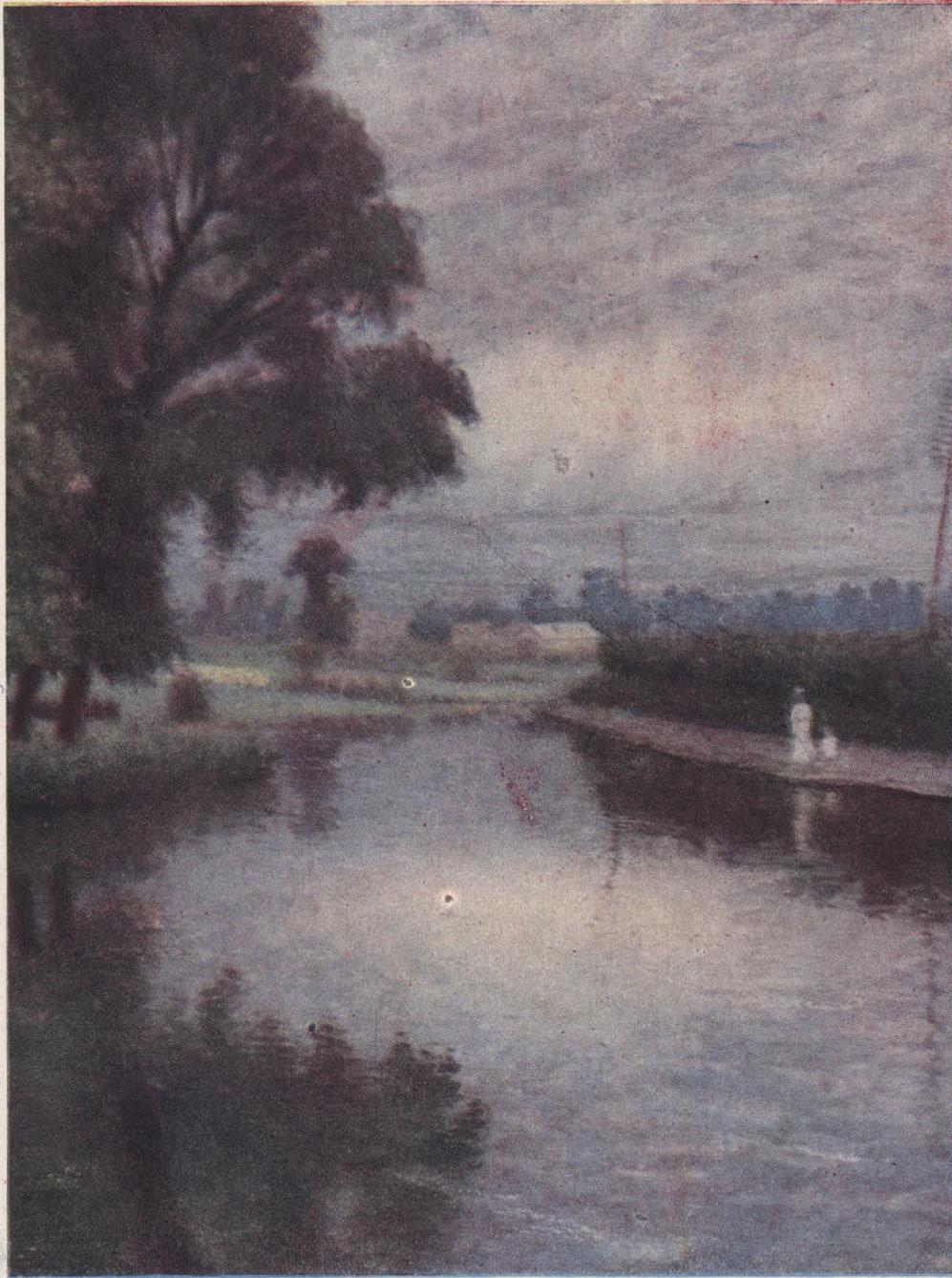


Cuadro de Onofre Jarpa

actual y sirven de ejemplo á los legisladores modernos, los señores Manuel Montt y Antonio Varas, quisieron que ningún punto fuera olvidado ó descuidado, de los que pudieran contribuir al más perfecto desarrollo intelectual y social de su patria y en su programa de organización dieron un lugar á las bellas artes y en 1847, un decreto ordenó la creación de la primera academia oficial de bellas artes. Naturalmente largos años pasaron ante de que este principio de Escuela de Bellas Artes pudiera dar todos sus frutos, pero su existencia, aunque muy rudimentaria era un gran paso para salir de las tinieblas del pasado. El primer director y maestro de la nueva Academia de pintura fué un italiano, Cicarelli, que el Gobierno chileno hizo venir de Río Janeiro, donde era profesor de dibujo. Después de algunos años tuvo como sucesor al pintor alemán Kirbach que, á su vez, fué reemplazado por otro italiano, Mochi, fallecido pocos años, y que fué el primer maestro en Chile de muchos de los pintores chilenos que se encuentran hoy día en el apogeo de su talento y de su carrera. Cuando el pintor Mochi abandonó la dirección de la Escuela de Bellas Artes, ésta atravesó por una época de crisis y de desorganización á la

venir de París, para reemplazarle, á M. Luciano Henault que dirigió la clase de arquitectura durante diez años.

En el período comprendido entre la época de Monvoisin y la brillante generación artística actual, se destacaron algunas figuras de artistas con un brillo especial por ciertas cualidades sobresalientes: los más interesantes y famosos fueron Antonio Smith, á quien don Luis Orrego Luco le dedicó un notable artículo en uno de los primeros números de SELECTA y Antonio Caro, de quien se puede decir que fué el primer pintor verdadero nacional, es decir, profundamente enamorado de las costumbres y de la vida íntima de su país. ¿Y qué sería para Chile, si la ejecución de sus cuadros estuviera á la altura de sus concepciones é intenciones, lo que fueron para sus países, ciertos pintores flamencos ó holandeses, un testigo fijando de una manera definitiva y sumamente interesante para las generaciones futuras, las costumbres de su tiempo? Caro, en una serie de cuadros, cuyo colorido y dibujo dejan desgraciadamente algo que desear, ha reproducido cierto número de escenas populares, de costumbres y de tipos, hoy día desaparecidos y que constituyen ya documentos preciosos y únicos de la vida



Cuadro de Alfredo Helsby

en Chile en el siglo XIX. Creo muy probable que algún día, estos cuadros reunidos en una galería evocarán de una manera impresionante y pintoresca esa época en que Chile, en su robusta juventud, se desarrollaba en nación cada vez más grande y poderosa.

Desgraciadamente, el ejemplo de Caro no fué imitado por otros artistas, cuya ejecución más sabia ó más agradable les hubiera permitido dejar obras más completas y definitivas. Pero, tal como es Caro merece ocupar un lugar aparte en la historia artística de Chile.

II

He llegado, en este estudio del arte en Chile, á la época moderna y á la evolución sumamente interesante á la cual estamos asistiendo ahora.

La personalidad más fuerte, la de más relieve de la generación que precede á la que se está levantando ahora ¿será necesario decir el nombre? Todo el mundo sabe y reconoce que es don Pedro Lira. Durante treinta ó más años, don Pedro Lira ha sido la figura principal del arte chileno: por sus obras, por su trabajo encarnizado, por su influencia en todas las manifestaciones artísticas, por los apasionamientos en pró y en contra, se puede decir que en este período, él ha encarnado el arte chileno: no es un juicio que yo formulo, es un hecho que constato y creo que nadie podrá negarlo.

Hombre cultísimo y de una sólida educación, don Pedro Lira era admirablemente preparado para ir á París á completar su educación artística empezada aquí y á recibir impresiones fuertes y

nuevas: tuvo, además, la suerte de tener como maestro, á uno de los artistas más distinguidos y más nobles de la segunda mitad del siglo pasado, Elie Delaunay. La influencia de este gran pintor, influencia, por cierto, benéfica y elevada se nota en los cuadros de la primera manera del señor Lira, y si después el artista evolucionó y tomó nuevos rumbos, hacia los cuales lo lleva su espíritu emprendedor y curioso, sin embargo, se siente siempre, aún en las obras de es ilo más distinto, la huella de esta sana y robusta enseñanza. Las obras de don Pedro Lira son demasiado numerosas y también demasiado conocidas para que me detenga á examinarlas y á analizarlas, pero en este momento solemne del Centenario, desapasionada é imparcialmente he querido rendir ese homenaje al artista que había ocupado un lugar tan especial en los anales del arte en Chile.

Y ahora, es con tristeza que debo volver á escribir en esta revista el nombre del que fué mi desgraciado amigo, Alfredo Valenzuela Puelma, cuya vida y obra estudié en estas mismas páginas, en el período trágico, entre la enfermedad que lo dirribó traidoramente y la muerte, esa bienhechora.

El también está seguro de ocupar un lugar glorioso en la historia artística de Chile, y la Ninfa, la Perla del Mercado, el retrato de Mochi, el "plafond" de San Lázaro y tantas otras obras, dirán á las generaciones del porvenir de qué clase superior eran los artistas con que contaba desde sus primeros tiempos la naciente escuela chilena. Otro recuerdo tengo que dedicar también á mi otro amigo, don Ernesto Molina, el pintor refinado, el hombre cultísimo, uno de los iniciadores en Chile del gusto para las obras y los objetos de arte antiguo.

Desde que se organizó la vida artística en Chile, se estableció la tradición de que todos los jóvenes artistas, después de sus primeros estudios se dirigieran á Europa, y más especialmente á París, para completar sus estudios y formar su gusto y sus ideas; la falta de ambiente todavía en el país mismo hacía que este viaje fuera casi una obligación: por eso, con muy raras excepciones todos los artistas chilenos, durante los treinta últimos años pasaron por los talleres de los maestros franceses: la influencia de la escuela francesa y de la intelectualidad artística de los franceses es indudable, y esta influencia fué tanto más fuerte, cuanto que algunos de los artistas chilenos que volvieron después á Chile, la introdujeron y la esparcieron en el país ya muy preparados, por lo demás, para recibirla.

Hablaba antes del papel considerable que tuvo don Pedro Lira en el desarrollo artístico chileno: su voluntad fuerte y su carácter algo absorbente—como pasa siempre en las personalidades muy marcadas—hicieron que él impasiera á muchos de sus discípulos, que fueron casi todos los de una generación, las tendencias que había traído de París y también su manera de ver las cosas y de interpretarlas. Sus compañeros de estudio ó de carrera, los Valenzuela Puelma, Molina y otros—toda cuestión de talento aparte—sea que no tuvieran las mismas facilidades para la enseñanza, sea que no supieron atraerse como él, las voluntades, sea al fin, por circunstancias ajenas al arte, no le pudieron disputar el centro de la dirección artística que llevó durante varios años. Pero, como él estaba solo, lo que hacía falta á los jóvenes, al lado de las enseñanzas indudablemente buenas que recibían, era esta cosa tan indispensable en todo orden de especulación intelectual; pero particularmente en el arte, la comparación y la emulación. Y sin embargo no faltaban pintores chilenos de temperamentos muy distintos y de talento sobresaliente. Ya hablé de Valenzuela Puelma y de Molina; la naturaleza inquieta y afebrada del primero, y los gustos tranquilos y sedentarios del segundo los impedían formar escuela; los otros que sobresalían y, gracias á Dios, sobresalen todavía, don José Tomás Errázuriz, don Alberto Orrego Luco, no volvieron más de Europa, donde fijaron su residencia, contribuyendo, de una manera especial, al brillo del arte chileno en el extranjero, pero no influyendo en el propio país, de una manera directa y efectiva: don José Tomás Errázuriz, después de

nera que su horror por el delito va inseparablemente aparejado con la idea de castigo para el delincuente; en realidad, detestan el mal en los que lo cometen, y aún se diría que no pueden detestarlo en sí mismo y en abstracto, separado de la persona de los malhechores y de la necesidad de la represión. En otros términos, no odian el mal por cuanto ofenden al bien absoluto, al bien infinito, á Dios, sino por cuanto daña materialmente á la sociedad, y en consecuencia, los amenaza á ellos mismos. El señor Lagarrigue ha alcanzado la fuerza de abstracción y el grado de perfección moral que le permiten detestar las misérrimas humanas y amar entrañablemente á la humanidad; pero el término medio de la humanidad, que es la mayoría de los hombres no piensa ni siente así, y le sería metafísicamente imposible pensarlo y sentirlo, sin la creencia en un Bien Sumo, perfecto, infinito, substancialmente distinto del hombre individual y colectivo, y en adoración al cual ame el bien, que es su expresión, y deteste el mal, que es su antítesis. Por eso la religión de la Humanidad es moralmente imposible para la humanidad.

Sus fundamentos mismos, caprichosos ó ilusorios, la condenan á no ser más que un deseo, desprovisto de fuerzas creadoras que lo conviertan en realidad; y un deseo infecundo, y además irrealizable, no puede ofrecerse á los hombres como una religión. He dicho que para algunos espíritus escogidos puede ser una fuerza que impulse su actividad; pero en sí misma es inerte. La religión de la Humanidad, en efecto, según el emblema que condensa sus dogmas, sus mandamientos y su razón de ser, tiene "el amor por principio, el orden por base y el progreso por fin". El orden es una consecuencia, no una base; es un estado, y no una fuerza; el orden es esencialmente pasivo, y no crea nada; es una condición para que puedan desarrollarse algunas fuerzas, y una condición común á todos los países, tiempos y empresas, pero no es una característica de la religión de la Humanidad, que induzca á decir, donde uno vea orden: aquí hay religión de la Humanidad.—Lo mismo el progreso; es también un resultado, completamente ajeno y separable de la religión de la Humanidad, al cual tienden todas las ciencias, todas las artes, todos los actos humanos; se puede ser adversario de la religión de la Humanidad, y tener el progreso por fin; el progreso es una aspiración universal, que no es permitido sustraer al patrimonio común para hacerlo cualidad propia y diferencial de la religión de la Humanidad; decir, para que se reconozca la religión de la Humanidad, que tiene el progreso por fin, es indicar un distintivo que no la distingue de un establecimiento industrial, de una sociedad mercantil, ó de una corporación científica ó literaria.

El amor por principio, ése es el verdadero distintivo del positivismo religioso; nó, ciertamente, porque la religión de la Humanidad tenga el privilegio de predicar el amor, sino por la clase de amor que predica. El cristianismo es fundamentalmente religión de amor, pero el amor positivista es intrínsecamente diverso del amor cristiano. El amor positivista es el amor del hombre por el hombre, un amor que tiene á la Humanidad por causa y objeto, por origen y fin. La ley natural de selección, y su sanción artificial de lucha por la existencia de los unos á costa del sacrificio de los otros, destruye en su germen el principio de la religión de la Humanidad. La única barrera que puede tener la aplicación extrema y cruel de esa ley, la única virtud capaz de inducir al hombre á sacrificar su propio interés al bien de otro, es la caridad, y la caridad tiene por causa necesaria á Dios. Eliminado Dios y proscrita la caridad, no quedan más que intereses en pugna, un anhelo implacable del propio bien, que se siente amenazado en su incremento propio por el incremento del bien ajeno.

Y de tal manera los intereses exclusivamente humanos, separados de la idea de Dios y de caridad, se vuelven antagónicos, de tal manera siente el hombre que el bien ajeno restringe su propio bien y los considera contrapuestos, que nó mide su felicidad por el grado en que él puede disfrutarla sino por el grado en que supera á la de los otros, y aún puede decirse que no se siente feliz sino á condición de que haya otros que no lo sean. Como lo observa un publicista eminente, el instinto de la lucha es quizá

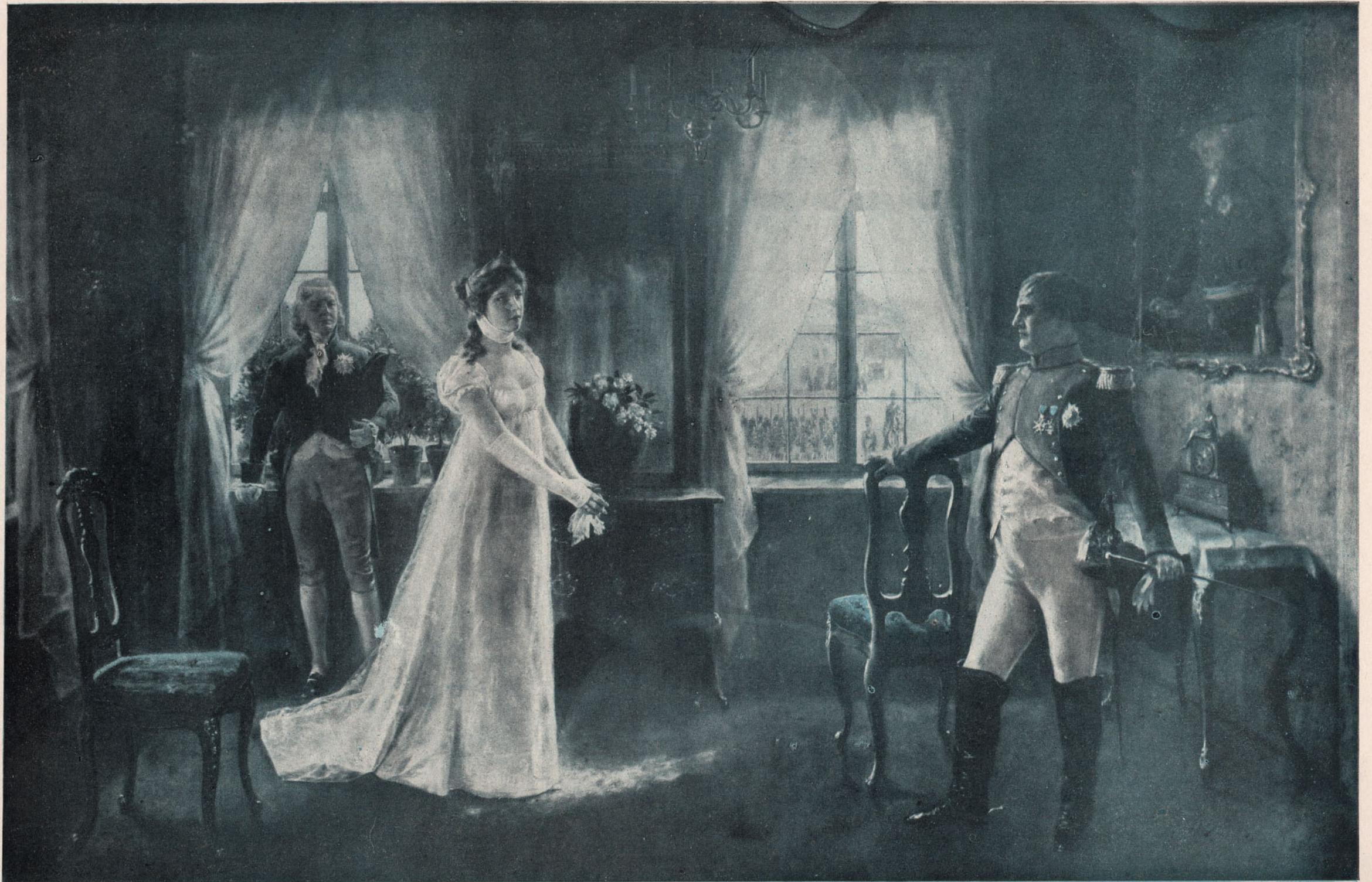
el más poderoso en el hombre, y en todo caso, es un instinto tan poderoso en él, que puede asegurarse que le impedirá perpetuamente ceder á los impulsos altruistas, y aún ver su propio interés. El hombre no se cree dichoso cuando lo es tanto como otro, sino cuando lo es más; no siente su felicidad sino cuando la compara con la felicidad menor de los demás. De esta manera, lo que de hecho desea no es su propia felicidad, sino la desgracia ajena; ó por lo menos, no es la felicidad con la dicha ajena lo que le hace sentir la suya, y por consiguiente no se esforzará en realizar esa igualdad, ni aún la deseará. La religión de la Humanidad, para tener prácticamente el amor por principio, necesitaría practicar la caridad, es decir, amar á Dios, es decir todavía, dejar de ser la religión de la Humanidad.

Pero no es de la doctrina sino del apóstol de lo que deseaba hablar. Con tan profunda sinceridad cree el señor Lagarrigue en la fraternidad de los hombres, derivada del puro amor á la Humanidad, que el ardor de su fé le infunde una energía de voluntad y una entereza de carácter casi desconocidas en nuestros tiempos. Para hablar en nuestro país de la cuestión de Taena y Arica en la forma en que él habla, poniendo en peligro el éxito de su propaganda positivista, se necesita una intensidad de convicciones y una valentía para profesarlas, de que no es fácil encontrar ejemplos. El señor Lagarrigue ama á su patria con un amor que se siente como santificado en su amor por la Humanidad; sin embargo, su fé religiosa le dice que una nación no debe reñir con otra nación, que todas son partes iguales de la divina Humanidad, y en aras de su fé sacrifica su patriotismo, y sostiene contra todos y contra sí mismo, que es preciso devolver Taena y Arica. Cree que así lo quiere Augusto Comte, que nunca pidió la devolución de Niza á la Italia; y que así lo exige la religión de la Humanidad, que desconoce en absoluto la naturaleza humana. Hay heroísmo en cumplir así con su conciencia religiosa, sin cuidarse de injurias y burlas, ni de las dolorosas ruinas que el cumplimiento de su apostolado debe amontonar en su espíritu al ver que, en vez de ser oído y comprendido, es desdeñado y bafado. Pero la esterilidad misma de su apostolado da al apóstol una grandeza moral que impone admiración y respeto, y que al propio tiempo hace lamentar que se deba ese tributo á virtudes amables y tan mal empleadas, conmovedoras y tan inútiles.

El señor Lagarrigue, á pesar de todo, piensa que los hombres han de convertirse á la religión de la Humanidad, necesariamente y á plazo relativamente corto, y esta esperanza lo alienta y levanta su fe por sobre todos los fracasos. Sin embargo, como junto con tener un gran corazón y una imaginación poderosa,—casi todas sus creencias son obra de una fantasía exuberante y piadosa,—es también un hombre de meditación intensa y un espíritu recto y justo, ha de reflexionar al fin en que no es permitido demoler sino cuando, juntamente con reemplazar lo que se derriba, se mejora lo que se reemplaza; y que ciertamente no ganaría nada la fraternidad humana con reemplazar la caridad por la filantropía ó el altruismo. La caridad existe y ha realizado obras incomparables, que llevan el sello de eternidad que les imprime su origen divino; el altruismo no existe, no puede lógicamente existir, y si llegara á ser y á crear algo, serían las suyas obras convencionales, precarias y perecederas como sus autores. Por eso, cuando considero las virtudes del señor Lagarrigue, que brillan en sus escritos, esos escritos que él difunde para convertirnos, me dejan la impresión que ha de convertirse; me dejan la íntima certidumbre de que se convencerá al fin de que está peleando un combate extraño y absurdo, sin soldados ni adversarios, y cuyo triunfo, si fuera posible, sería el desastre de sus nobles ideales, porque proseribir la caridad y exaltar la filantropía para que reine el amor entre los hombres, es la manera infalible de que se extinga entre los hombres el amor. Entonces el señor Lagarrigue volverá á la fé de sus primeros años, la única, lo he dicho, que puede saciar cumplidamente su ardiente sed de amor y de verdad. Ese camino de regreso no será muy largo: los altos y hermosos ideales del señor Lagarrigue, su abnegación, su necesidad de religión y de culto, hacen que á través de su ostensible positivismo, se vea un espíritu instintivamente cristiano.

JACOBO EDEN





La Reina Luisa y Napoleón en Tilsit

El Sieyes de la Revolución Chilena

Don JUAN MARTINEZ DE ROZAS



A en 1780 el Gobierno de Madrid toma medidas violentas que indican á las claras que ese Gobierno temía en las colonias levantamientos basados en razones políticas. El traslado á Cádiz, como fiscal de la Casa de Contratación, del fiscal de Chile don José Perfecto Salas,—traslado perentorio ordenado por el Ministro Gálvez,—es prueba de ese

temor. A primera vista, el traslado del fiscal Salas,—hombre de inteligencia y gran fortuna,—parece un simple acuerdo de la política colonial de España. Esta política no quería ver en las colonias hombres demasiado influyentes.

Esto era. Pero era también porque la casa de Salas representaba un peligro. Yerno suyo era don José Antonio Rojas, hombre de empuje, de mucho saber y con ideas contrarias á la rutina; persona que se comunicaba con pensadores europeos como Robertsón y Raylan. Don José A. Rojas pasaba por brujo, pues se atrevía á manejar aparatos de física.

Era amigo, el yerno de don José Perfecto Salas, de don Juan Martínez de Rozas, mendocino graduado en la Universidad de Córdoba, hombre de inteligencia fina, asiduo lector de filósofos antiguos y modernos. Esto sólo bastaba para excitar la vigilancia de las autoridades españolas.

Un hermano de don Juan Martínez de Rozas, don Ramón Martínez de Rozas, era casado con una hija de don José Perfecto, con doña Francisca Salas y Corbalán. Esto constituía otro vínculo entre los Salas y los Martínez de Rozas, los cuales por sus ideas no eran gratos á los españoles. Estos dos nombres (Salas y Rojas) representaban genuinamente la aristocracia criolla, con poderosas ínfulas de independencia.

La otra fracción de esta aristocracia la formaba la familia Larraín, llamada de los "ochocientos".

Ambas familias encarnaban vivamente las aspiraciones criollas, representaban los intereses de la colonia, en gran parte opuestos á los intereses de los españoles que medraban en la colonia.

Un complot había tenido lugar, algo descabellado que abortó en embrión. Fué la conspiración de Gramusset y Berney, dos franceses poseídos por ideas filosóficas.

Apareció en el proceso de esos infelices un hecho revelador é inquietante: á uno de ellos, de vuelta de una de las haciendas de Rojas,—ó sea del acudado don José Perfecto Salas,—donde había pasado una temporada, se le cayó del bolsillo un manuscrito que los agentes del Gobierno encontraron en la carretera. Era un proyecto de constitución política para fundar en Chile un país independiente.

El hijo de don José Perfecto, don Manuel Salas y Corbalán, era otro motivo de desconfianza para las autoridades españolas. El joven demostraba valentía y talento.

La casa del fiscal Salas, era,—como la califica don Miguel Luis Amunátegui,—un "antro de precursores". Fué ese "antro" el que el Ministro Gálvez quiso dispersar trasladando á Cádiz á don José Perfecto.

Lo dispersó.

Andando el tiempo,—distráida la vigilancia de Madrid por amenazas más graves,—volvieron á encontrarse en Santiago los comensales de don José Perfecto Salas, no ya con éste, que había muerto, pero sí con su hijo don Manuel.

El hijo tenía tanta, ó más, influencia que la que tuvo el padre. Era una inteligencia de primera clase. Estaba persuadido de que la miseria del país se debía á la administración española. Deplo-raba la condición humillante de la raza criolla. Don Manuel Salas hizo cuanto esfuerzo estuvo de su parte por mejorar la suerte de Chile dentro del régimen colonial. Fundó la Escuela de Matemáticas. Informó al Gobierno metropolitano, en estudio admirable, de la postración moral y material en que el reino se encontraba. Después de muchos años de generosa porfía hubo de convencerse de que sólo por medio de una revolución sería dable conseguir algo.

Igualmente convencidos estaban don José Antonio Rojas y don Juan Martínez de Rozas. Pero, ¿cómo hacer la revolución? ¿Cómo iniciar el movimiento bajo la vigilancia de los mandarines de España apoyados por una milicia fuerte (las tropas de la Frontera)? Los precursores no podían apoyarse en el pueblo que era

una manada de esclavos fanáticos. No tenían prensa para despertar la opinión y darle unidad. Les era imposible conseguirse armas: estaban cerrados los puertos del Pacífico, cerrados los puertos del Río de La Plata.

El desaliento de esos hombres tuvo que ser grande, tan grande como el dolor de ver su raza avasallada y de ver imperando el despotismo y la ignorancia cuando ellos ya conocían la libertad y la ciencia.

Hubo uno cuya pujanza no se detuvo ante lo imposible. Fué don Juan Martínez de Rozas. Este comenzó á minar la soberanía española en Chile á principios de 1808, antes de tener noticias de los acontecimientos europeos que, arruinando á los Borbones de España, iban á ser para los conspiradores de América como rayos de luz y de esperanza.

La figura de don Juan Martínez de Rozas aparece en ese tiempo con caracteres notables. Recuerda, en los albores de la revolución francesa, á ese abate Sieyès, hombre de genio absoluto, constitucional sistemático, penetrado de filosofía democrática, demolidor de privilegios, más convencido que nadie de la revolución, convencido como de un hecho fatal cuya hora había sonado ya, y, sin embargo, resistente, calculador, mañoso, envolviendo sus ideas en una capa ondeante, por debajo de la cual perseguía la realización de ellas de un modo silencioso é inquebrantable.

Igual se nos aparece Martínez de Rozas en los acontecimientos precursores de 1810. Los entusiasmos del joven O'Higgins en el sur y las veleidades de los criollos en Santiago amenazaban comprometer la revolución. Todavía no era tiempo.

Rozas se disimula, se sustrae á las impacencias del partido criollo, del cual, sin embargo, era el alma, el pensamiento, la acción. Así, Sieyès, en los albores de la revolución de 1789, en casa de Theroigne de Mericourt donde todos ardían por lanzarse, sujeta, esconde, llegando hasta negarse á firmar el pacto revolucionario, siendo que nadie más que él, en ese momento, encarnaba el alma de la revolución con su filosofía democrática y sus ideas constitucionales. El era quien había soñado el mundo nuevo. Pero, abate que hubiera sido un jesuita incomparable, diplomático fino, astuto, mañoso, sabía que, en ese instante, la franqueza y la impaciencia podían perder un movimiento que aún no contaba con su fuerza que fué el pueblo.

Del mismo modo, Martínez de Rozas, en 1808, estaba seguro



Juan Martínez de Rozas

que las aspiraciones de los criollos, saliendo á la calle, serían aplastadas por las milicias del Rey.

No teniendo fuerza material, no teniendo todavía organización, preciso era irse calladamente, irse con maña. Así lo aconsejó y así lo hizo Martínez de Rozas; y que admirablemente, con cuánto talento y maestría!

Si nuestra revolución hubiese tenido un período de terror, como la de Francia, mientras O'Higgins, Carrera y Mackenna hubiesen caído,—como en realidad cayeron,—Martínez de Rozas se habría salvado con su infinita sagacidad. Y se habría salvado, como se salvó Sieyes, para seguir adelante con el espíritu y las aspiraciones de la revolución, para ser el hilo continuado de ella al traves de las vacilaciones y las borrascas.

Ninguno de los hombres que quisieron la independencia de Chile y trabajaron por ella, fue más lógico, más invariable, más continuado que don Juan Martínez de Rozas.

Rojas y Salas, cuando la revolución comenzó, ya tocaban á su fin. Vera Pintado y Ovalle eran timoratos, patriotas sin ideas precisas, en quienes la fé religiosa imponía el culto del Rey. Mackenna tenía la conciencia, el talento y el carácter necesario para proseguir la obra hasta el fin; pero su influencia tropezaba en su condición de extranjero. O'Higgins era un muchacho heroico y genial al cual estaba reservada la gloria de los campos de batalla.

El iniciador de la revolución chilena y conductor de ella, desde sus inciertos y clandestinos primeros pasos hasta su resuelta y brava aparición en la plaza pública, fué don Juan Martínez de Rozas.

Este hombre que, con Rojas y Salas, soñaban para Chile, como único remedio de sus males, un Gobierno en el cual los chilenos tuvieran parte, comenzó á minar la autoridad española, en la persona del Presidente, Brigadier García Carrasco, desde antes que los acontecimientos de 1808 vinieran á darle alas á la revolución americana, es decir, en pleno régimen colonial.

Martínez de Rozas inició los manejos que produjeron la deposición de García Carrasco, último gobernante español de Chile. Martínez de Rozas fue quien, bajo la presidencia de Toro Zambrano, trabajó hasta obtener la constitución de la Junta de Septiembre, mal llamada "primer gobierno nacional". Y después, dentro de la junta provisoria, no se detuvo hasta obtener la convocatoria del primer Congreso Nacional, lo que vino á ser el primer acto de abierta rebeldía, la primera forma de nacionalidad y de gobierno autónomo, siendo su fecha,—lo de Abril de 1811,—el primer día de nuestra República, la verdadera fecha de nuestra independencia. Ese día corrió la primera sangre (motín de Figueroa), doloroso bautismo que fija y ennoblece las causas políticas.

Después de esa fecha la revolución fue un hecho consumado. Los elementos monarquistas del país, sin lugar ya á ilusiones, hubieron de concentrarse y optar entre la lucha á mano armada ó la sumisión incondicional.

Nuestra revolución, al igual de la Francia en 1789, había cumplido ya su primera faz (de preparación y desarrollo) y entraba en la segunda faz, en el período de guerra, período álgido, inevitable, que sobreviene á los trastornos sociales: las fuerzas que el trastorno amenaza, por una ley de la naturaleza, tienden á defenderse.

En la revolución de Francia, cuando Sieyes vió llegar ese momento, comprendió que su acción de agitador doctrinario debía ceder á la del hombre de guerra, y le entregó á Bonaparte la revolución que hasta ese momento él había conducido (18 Brumario).

El Congreso de 1811, para nuestra revolución, ya completamente declarada, sonó el primer llamado militar. Don Juan Martínez de Rozas, como Sieyes, comprendió que ya no era su hora de soñador de constituciones, de filósofo, de tramoyista astuto. Había llegado el instante en que un soldado era preciso. Martínez de Rozas se retiró dejándole el campo á Carrera.

El parecido de don Juan Martínez de Rozas con el abate Sieyes, por la acción que cada uno tuvo en dos movimientos revolucionarios de la misma índole, causados por las mismas ideas, nacido el uno del otro, es (guardando la debida proporción) tan grande que produce extrañeza ver que nuestros historiadores no lo notaran.

Nuestros historiadores,—Amunátegui y Barros Arana,—en sus obras monumentales atendieron más á la compilación de documen-

tos y á la cronología que á la observación filosófica de los hechos y al carácter de los personajes. Vicuña Mackenna estudió nuestra independencia con el calor y la vida que fueron las características de su talento; tuvo intuiciones geniales que lo hicieron penetrar en el alma de aquellos héroes. Pero, tal vez por la corta distancia desde la cual juzgó esas ocurrencias (menos de cincuenta años), talvez por el ofuscamiento que pudo producirle su generoso entusiasmo por los Carreras,—en cuyo hogar político nació,—no supo ver á Martínez de Rozas en la magnitud de su talento, ni medir toda su influencia.

Hay un libro,—primero de una serie que quedó en proyecto,—de don Luis Orrego Luco, titulado "1910" (*Episodios Nacionales*). A la manera de Pérez Galdós, el señor Orrego, en un romance imaginario, hace la historia verídica de ese año memorable.

Don Juan Martínez de Rozas aparece. Es secretario del Presidente García Carrasco, abogado, profesor, hombre extraordinario, en ese tiempo, por su vasta y clásica preparación intelectual, y, por lo mismo, el hombre más influyente de Santiago.

Secretamente, permaneciendo al lado de García Carrasco, como secretario y consejero, Martínez de Rozas prepara la caída del jefe español. Fué una infidencia; infidencia que debemos bendecir, pues á ella, como á tantas otras del mismo Martínez de Rozas, le debemos la Patria.

¿Quién condenaría las sinuosas ingeniosidades de Sieyes durante el Terror? En ellas se salvó el espíritu de la Revolución y continuó su curso.

Para darle á su obra interés dramático y literario, el señor Orrego se imagina á don Juan Martínez de Rozas enamorado de una noble y bellísima dama del partido realista, de la cual, en calidad de abogado, tiene á cargo los intereses. Hay en Rozas una intensa lucha moral, de la que nadie se apercebe. Como el célebre abate de la Revolución francesa, el secretario del último Capitán General del Reino de Chile, era un hombre ardiente, escondido bajo una máscara impasible, silencioso, imperturbable en su elegancia sobria. Lucha, Martínez de Rozas,—en la novela del señor Orrego,—entre su corazón enamorado, su deber profesional, y su conciencia de chileno, de americano ilustrado, que conoce la miseria de su patria y de su raza, miseria que se ha propuesto remediar volcando el dominio español.

Es hermoso, es un bonito tema de novela, un argumento de drama, pero no es la verdad. Martínez de Rozas, en 1810, era ya esposo de doña María de las Nieves Urrutia Mendiburu y Manzanos. Era ya padre de familia. No tuvo en ese tiempo otro amor que el del saber,—la gran pasión de su vida,—el de la patria que estaba tratando de formar, el de su familia que había formado ya. —Las cosas tienen, en definitiva, una armonía. Hay una eterna reconciliación de los hijos de Abel y de Caín. Andando el tiempo, una sobrina de don Juan Martínez de Rozas (doña Pabla Martínez de Rozas y Salas, hija de don Ramón Martínez de Rozas y nieta de don José Perfecto Salas), se casó con un hermano de don José Santiago Rodríguez Zorrilla, el célebre vicario que defendió hasta el último la dominación de España en Chile, el rival irreconciliable en la lucha porfiada que duró de 1808 á 1811.

En la sociedad chilena, los nombres de esos ilustres contendores, representantes de causas enemigas, se conservan unidos por el amor y la sangre en el solo nombre de la familia Rodríguez Rozas.

Este hecho sugirió, talvez, al señor Orrego, la idea de poner en su novela al jefe de nuestro movimiento revolucionario, amarrado por efectos personales al régimen que trataba de destruir.

No cito aquí el libro del señor Orrego como obra de comprobación,—es una novela histórica,—pero sí por ser dicho autor el primero que, á mi juicio, nos ha dado un retrato verdaderamente parecido, tanto del físico como del moral, del célebre doctor Rozas, con su carácter profundo, inquebrantable, con su espíritu filosófico y su absolutismo en política (Véase el *Catecismo Político*; véase la participación de Rozas en el Congreso de 1811); todo eso mezclado complejamente en una naturaleza reservada, en un modo de ser elegante y autoritario, con cierta sagacidad ondulosa que, á veces en el desarrollo de los acontecimientos, hacía impalpable su persona, mientras su acción permanecía avanzada y enérgica,—todo su parecido con el abate Sieyes.

Eso lo verificará el lector en la narración de los hechos memorables que comenzaron á principios de 1808 y duraron hasta fines de 1811, dejando establecida la independencia de Chile.



RISAS DE NIÑO

LA ETERNA SED...

Para Leonardo Pena



LLA era un alma de elección. No había sido creada para este mundo. ¿En qué parte del Universo se crean ciertas almas?... Pasan sobre la tierra como sombras errantes, fugitivas, indecisas, y en sus ojos llevan incrustado un mundo extraño, más fuerte, más poderoso que el nuestro. Yo me pregunto: ¿en qué parte del Universo ha sido creada el alma de Dante Alighieri?...

El alma de ella también reflejaba paisajes desconocidos: llanuras desoladas de sangriento rubí, palacios majestuosos de arcos enormes que se desvanecían en el cielo azul; materia transformada en espíritu, arquitectura complicada que al acercarse á lo alto se convertía en música, perfume y claridad...

Abatía algunas veces su rostro en el brazo de un mullido sillón, envuelta en una elegante bata Imperio, y exclamaba con su voz comprimida, como una canción de angustia y suspiros:

—He de realizar un poema tan grande, tan grande... pero es necesario que yo me afle libremente en un castillo solitario, á orillas del mar sonoro y misterioso...

Ella misma, reclinada sobre un diván, con su bata de pliegues simples y severos, sus cabellos rubios recogidos hacia lo alto, era un poema viviente de pasión y de belleza.

Se ahogaba en este mundo de luchas menudas.

—Señorita, ¿cuántos huevos se necesitan para el postre?—preguntábale la criada.

—Los que usted guste, Maricela... Una buena cocinera no debe economizar para hacer de sus creaciones verdaderas obras de arte.

—Pero los huevos se compran en el mercado, señorita...

—Y bien ¿qué?...

—Que no me ha dado usted mucho dinero...

La señora se asombraba de que se necesitase dinero para componer una obra de arte, aunque esta fuera culinaria. Y sin embargo, era toda la verdad. Así como para construir un poema era necesario un castillo solitario batido por el mar, para vivir bellamente la vida inferior, era preciso destilar monedas de oro á través de los blancos dedos...

—Maricela—decía tristemente la señora, regresando con esfuerzo de un mundo lejano—Maricela, tiene usted razón. Es necesario hacer lo que se pueda...

Ella misma cogía la escoba, desnudaba de encajes el lindo brazo blanco... y procuraba hacer bella la vida mediante su esfuerzo material. ¡Pobre señora! ¡Semejaba un blanco cisne unido al carro de un labrador!

Y luego venía el esposo y le decía:

—Margarita... esta sopa está mala... Dígame, señora ¿qué hace usted de su tiempo? ¿Yo me fatigo como una bestia de carga durante la jornada y usted no es capaz siquiera de esto?...

Y Margarita, la rubia Margarita, sollozando sobre su lecho lloraba y repetía:

—¡Como deseo morir, cómo deseo morir!

Entonces, á las altas horas de la noche, mientras el esposo

roncaba su quinto sueño, la figura doliente y angustiada de la blanca Margarita, se reclinaba bajo la pantalla de una lámpara y escribía hermosos poemas de dolor en que su alma clamaba con suprema nostalgia por un alma hermana, por un alma que la comprendiese, que la completase; por un hombre que la amara con una pasión loca humanamente extraordinaria, un hombre que bebería su espíritu y lo meciera blandamente á través del espacio en un vuelo sin fin, vertiginoso.

Sin embargo, Margarita hacía vida de sociedad. Gustábale ver en torno suyo un círculo de pecheras blancas sobre el fondo negro del frac; le agradaba pasar entre los rostros ahitos y dientes fuertes que acechaban una presa de blanco vellón...

—Es como danzar entre espadas—decía sonriendo ante la voluptuosidad del peligro.—¿Y quién me dice que entre tanto imbecil no he de encontrar mi príncipe soñado?...

Pero el príncipe temerario no acudía; no venía ese pícaro príncipe de alma de león que la arrancarí de este mundo hacia regiones más elevadas y más bellas.

Una tarde de invierno, oscura y fría, Margarita contemplaba caer la lluvia sobre las brillantes baldosas de la calle próxima. ¡Cuánta tristeza en su alma! ¡Las gotas de lluvia caían como un llanto copioso, desconsolado, y el corazón de Margarita se retorció con angustia en el fondo de la frágil cárcel del cuerpo humano, haciendo estremecerse con lánguidos temblores la sangre tibia bajo la cutis blanca!

Hubiera deseado llorar sobre el pecho de un hombre amado, hubiera deseado besar una boca fresca y suave, hubiera deseado gemir entre los brazos robustos del elegido del corazón!

Unos golpes secos, imperiosos, en la puerta de calle, la hicieron volver en sí con sobresalto. Eran unos golpes enérgicos y suaves al mismo tiempo, eran una extraña mezcla de mandato y de súplica, de latigazo y de caricia...

Margarita esperó con ansiedad. ¿Qué esperaba?... El corazón precipitó sus latidos. Oyó unos pasos que se alejaban por la acera y una sombra cruzó la ventana. La vieja criada abrió la puerta y le alargó el libro de cubierta sencilla.

—Este libro han traído para usted—dijo la sirviente.

—¿Quién lo ha traído?

La criada se encogió de hombros.

—Un caballero joven... no dijo nada... preguntó por la señora, entregó el libro y se fué...

—Está bien; déjelo usted ahí encima—dijo la señora, indicando una mesilla de barniz oscuro con incrustaciones de nácar.

Cuando la criada hubo salido, la señora se acercó al sitio en que estaba el libro y se detuvo pensativa. Se imaginó que el libro la llamaba, que la atraía con misteriosa fuerza. Su corazón tuvo un desfallecimiento. ¡Era la obra de un autor desconocido, era un libro nuevo, un libro malo quizás!

Lo cogió en sus manos y leyó algunas líneas al azar. No comprendía bien. Lo cerró, lo volvió á abrir, lo dió vuelta entre los dedos y concluyó por dejarlo en el mismo sitio. En seguida se dirigió á la ventana y contempló caer la lluvia durante largo tiempo.

—¿Quién será? se dijo, pensando en el autor de estas páginas, que ya, sin leerlas, la inquietaban como el presentimiento de futuros transtornos íntimos.

¡Ah, los libros! Los libros ardientes, escritos bajo la triste luz de una lámpara, en las altas horas de la noche, mientras el mundo duerme un sueño pesado, el sueño de la materia que sacia su apetito de descanso!

¡Ah, Margarita, Margarita! ¿Quién era el nocturno trabajador que mientras tú velabas, él velaba; que mientras tú buscabas un alma á tientas en el espacio infinito, él buscaba también, angustiado, desolado, abatido, el alma hermana que lo completase, que lo amase con una pasión loca, humanamente extraordinaria, una mujer que bebería su espíritu y lo mecería blandamente á través del espacio en un vuelo sin fin, vertiginoso?...

II

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Margarita hojeando las páginas del libro "Tormento de amor", que una tarde de invierno había venido á depositar á las puertas de su casa un hombre desconocido.—¿Por qué me estremezco tan misteriosamente al leer esta obra que nada tiene de asombroso? Ella nada dice de nuevo, ella habla el mismo lenguaje vulgar que habla el mundo, ella trata todos los temas simples que en la vida son comunes... ¿Por qué, Dios mío, tiemblo y me agito, como si ráfagas de huracán cruzasen por mi alma llenándola de escalofríos de pavor?

Las palabras, obscuras, toscas, rebeldes, se agrupaban confusamente con una fuerte y altanera nerviosidad; nada decían de nuevo, era verdad, pero á pesar de todo, después de cerrar el libro, surgía del conjunto una canción de nostalgia y de imperio de la vida; la canción de un corazón que ansía; la canción triste y suplicante de un alma solitaria; la canción turbulenta de un espíritu oprimido por el destino; la canción dulce y tierna de una juventud que busca amor; la canción fuerte y sana de una naturaleza virgen que cumple su misión en la vida...

Margarita sentía como que todos estos murmullos confusos que surgían del alma oculta del libro, venían á golpear en tumulto á las puertas de su corazón...

—Abre—le decían—abre, bella Margarita, abre tu alma que semeja un palacio de maravillosa y rara arquitectura, abre tu alma al desconocido y joven peregrino que pide un refugio para su desamparo... Abre, Margarita!

La bella señora de los cabellos de oro, inclinó la cabeza sobre su pecho y su cuerpo entero se dobló con la languidez de una flor que se marchitase al calor de un hálito de fuego. Sobre su regazo las hojas blancas del libro se plegaban con la sencillez de un niño que murmura sus cándidas oraciones por el santo amor de una madre...

Margarita extendió los brazos hacia una sombra que sólo veía su imaginación; sonrió con una expresión dulce, se levantó con suave lentitud. Como un cuerpo revestido de ensueño, como un bello fantasma de claridad, avanzó algunos pasos hacia el piano. Sí, era preciso responderle, era preciso decirle que también su alma iba en busca de la suya, de que sus dedos se entrelazarían mutuamente un día no lejano... Y Margarita hizo hablar como nunca al mágico instrumento. Bajo la presión de sus dedos de iluminada, le hizo suspirar sus angustias y sus desencantos, sus alegrías y sus esperanzas locas!

—¡Oh, amado mío!—decían las aladas palabras de la música—¡Oh, querido mío, yo voy en busca de tu espíritu como va la luz de la luna á besar el paisaje obscuro y hosco, yo voy á transformar las asperezas en suavidades; el ansia desordenada en plenitud y en paz; el canto de tormenta, en grandiosa y serena canción de amor!... ¡Oh, amado mío, querido mío, mi



LOS CLASICOS

CUADRO DE VELAZQUEZ

espíritu camina en busca del tuyo... las puertas de mi alma están abiertas en espera del desconocido caminante que busca un refugio en su desamparo!...

III

Margarita estaba triste... En su alma habían nacido nuevas ansias y nuevas complicaciones. Arrastraba su espíritu sobre los sillones mullidos, meditaba en raros problemas de su alma y suspiraba en paisajes desconocidos de vida más bella, más serena y más amplia.

—Oh, alma mfa—murmuraba concentradamente, como si deseara aprehender entre sus dedos la substancia desconocida de su espíritu.—Oh, alma tormentosa, complicada, incoherente, incomprendible... ¿qué es lo que buscas, qué es lo que anhelas para vivir, cuál es tu objeto en la luminosa existencia?...

Recordaba con angustia todos sus amores pasados, tan intensos y tan fugitivos!...

Hablando de sus pasiones, Margarita decía que en ella los "procesos eran breves" y que una vez revelado el misterio del nuevo amor desprendíase del amante como de un "vestido inútil"... Su alma era como una gran hoguera de fácil combustible que ardía con la rapidez del pensamiento para no dejar más que un ligero montón de cenizas que los vientos se encargaban de dispersar.

Recordaba su amor de un día por un hermoso violinista polaco entrevisto en medio de la apoteosis triunfal de su talento... Luego su delirante entusiasmo por un grande escritor español después de una de sus fogosas conferencias.—Oh,—exclamaba entonces Margarita.—Yo desearíairme con este hombre poderoso y brutal á través del mundo, como la esclava de un gran señor bárbaro...—Y luego tantos otros amores violentos y rápidos, que pasaron sin dejar más huella en su espíritu, que el leve rasguño de un alfiler!

Y este nuevo amor que se iniciaba en su alma, ¿tendría las mismas consecuencias de los otros?

Margarita cogió la pluma y con la mano firme después de las pasadas vacilaciones, como si una determinación extraña á su voluntad la impulsase, escribió un hermoso artículo en que hacía un ardiente elogio del escritor desconocido que la llamaba en el silencio.

A los pocos días recibió una carta que decía así:

"Señora:

"¿Por qué al leer su artículo á propósito de mi "Tormento de Amor", he llorado como un niño y reído como un loco? ¿por qué he llevado á los labios trémulo de inexplicable deseo las páginas húmedas aún del diario portador de su pensamiento?

"La primera frase de su artículo, cuando todavía no alcanzaba á comprender su significado amplio, hería mi corazón como un aletazo trágico... de esos que se sienten sólo en los grandes momentos de la vida, cuando una gran desgracia ó una alegría inmensa se apoderan de súbito de todo nuestro ser!...

"Nunca hubiera podido imaginar que esas pobres páginas desaliñadas y escritas bajo la impresión de una inquietud ó de un dolor hubieran logrado cautivar por un instante sus serenos ojos creados para admirar griegas y bíblicas bellezas.

"Pero no crea usted que lo que más me ha conmovido en su artículo, son los innmerecidos elogios para mi obra, para mi obra que nada vale! Lo que me ha hecho vibrar, transformándome en un instrumento de exquisita sensibilidad, es un no sé qué, un vago espíritu que flota entre las líneas y por encima de las bellas palabras que me dedica. ¿Quiere usted que le sea franco? Mientras lea, he querido ver dibujarse ante mi vista un hermoso rostro de mujer que me sonreía, que me sonreía en silencio, con una enigmática sonrisa que bien pudiera interpretarse por una invitación ó por una caricia... Y luego veía dibujarse ante mis ávidos ojos un busto elegante cubierto de cándida túnica cuyo pecho se movía con la suave oscilación de un lejano é ideal llamado de amor...

"¡Oh, perdóneme usted: pero hay momentos en que es imposible manifiatar esta fantasía alada, tan sutil y loca y etérea, que burla todas las cárceles en que procura encerrarla la previsión humana para lanzarse á través del grande espacio en vuelo poderoso é incontenible!..."

IV

El invierno terminaba. Ráfagas tibias cruzaban la atmósfera trayendo de los campos un mensaje de primavera. Allá lejos—decían las brisas campesinas—despertaban los árboles de su hosco y triste letargo invernal; las gotas de lluvia suspendidas en las ramas secas, convertidas en cristales diamantinos al beso del sol, parecían las lagres precursoras de las flores blancas de almendro y de los tímidos rubores del duraznero florido.

Margarita se apoyaba de codos en el balcón, con la vista perdida en el azul del cielo. Suspiraba. Cantaba en su interior poemas ardientes, ansias de caricias fuertes, vagos deseos de morir estrangulada en un salvaje abrazo de amor!

Una tarde, á la hora del crepúsculo, un golpe nervioso en la puerta de calle la hizo estremecer. ¿Era él, que llegaba?...

Un muchacho joven entró á la estancia. Margarita salió á su encuentro.

—¿Es usted?...—preguntó.

El se limitó á responder:

—¿Quién puede saberlo!

—¿Viene usted en mi busca?

El se limitó á responder:

—¡Vengo en busca de mi ideal!

—¿Puedo yo satisfacerlo?

El respondió de nuevo:

—¿Quién lo puede saber?

El recién llegado tomó asiento en un ancho sillón de rojo tapiz y tan bajo que parecía quedar á los piés de la bella señora...

—¡Este es su puesto!—dijo ella sentándose en un alto sitio de sibia griega. El joven respondió:

—¿Quién lo puede saber?

Ambos se observaron en silencio, sonriéndose en los ojos.

—Parece usted un niño: tiene los ojos ingenuos y el alma clara. El respondió:

—Y usted parece una criatura de ensueño y de inquietud. Su alma es confusa y nostálgica...

Ella dijo:

—Yo tengo un tormento insaciable en mi alma.

Y él, en voz baja:

—Yo tengo un ansia inextinguible en mi alma...

Guardaron silencio de nuevo. Las almas inquietas parecían salirse de los cuerpos buscándose á tientas en la estancia, poblada de vibraciones confusas y se confundían en una llamarada que se elevaba temblorosa hacia lo alto como si hicieran á dúo una angustiada interrogación.

—¿Lograremos completarnos mutuamente?

Y el silencio de la estancia pareció sonreírse con misterio compasivo, como si dijera:

—¿Quién lo puede saber!

V

En el pequeño gabinete de estudio de la dama, parecía vagar un espíritu alado y juguetón, un espíritu pícaro que hacia guiños de burla y que tan pronto asomaba su rubia cabeza de querubín sobre el venerable marco de un cuadro antiguo, como ganaba en un pie sobre la repisa de un estante de libros confundido entre retratos de artistas y elegantes agulnas del Japón...

Habían hablado mucho durante horas largas en la abandonada soledad de este íntimo gabinete en que Margarita guardaba sus libros, sus retratos, sus objetos más queridos, recuerdos de pasados entusiasmos intelectuales ó ídolos vivos de la época presente.

Una intimidad espontánea y sólida se había impuesto entre ellos desde el primer instante y con gran franqueza procuraron abrirse el libro misterioso del alma encantados de esta ocasión que les permitía conocer una vida hasta en sus pliegues más recónditos.

—Yo deseo—había dicho él—que la más absoluta sinceridad presida nuestros actos mientras permanezcamos el uno junto al otro... Que una vez en la vida, al menos, pueda cada uno decir: he conocido un sér humano en toda su verdad!

—Es lo mismo que yo deseo—había murmurado ella, emocionada ante el misterio que posiblemente podría entregarse si quiera un momento en sus manos afebradas y ávidas.

El se había puesto en pie, un poco pálido, y con acento que se hizo solemne, interrogó:

—¿Firmado el pacto?

Ella había vacilado, palpitante; luego abandonó su mano y repitió en voz baja:

—¡Firmado!

Desde ese momento una corriente sana y alegre de confianza los había envuelto y con sencillez habían conversado de sus pasados como si se tratase de vidas ajenas.

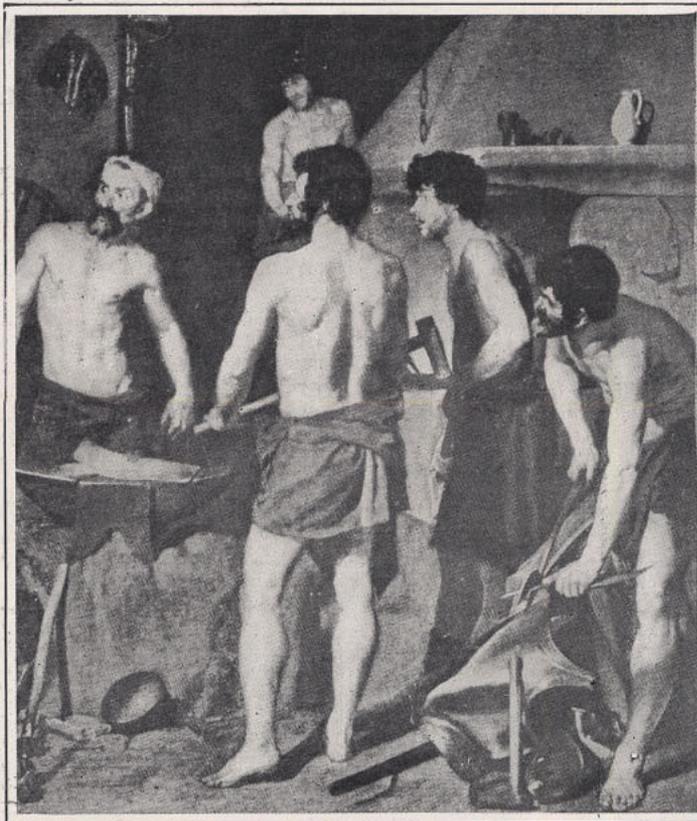
El, para incitarla á la intimidad, habló primero. Habló de su vida sencilla y recóndita. Aquella que sólo pertenecía á su propia alma. Un pliegue de amargura se dibujó en sus labios mientras hablaba, y ella, atenta y recogida, bebía las palabras y las desmenuzaba en su cerebro ordenándolas, extrayendo todo el jugo de vida que llevaban en ellas.

—Mi vida pasada—dijo él—es como un inmenso mar en constante y estéril movimiento: Agitaciones, luchas y caídas.

Siento un ansia tumultuosa de vida, de goce, que hace que mi cuerpo se estremezca y mi sangre se agite en oleadas cálidas; mis oídos están ávidos de una música nunca realizada en este mundo, música de suspiros de mujer, de voces femeninas que suplican y acarician, risas de cristal, desfallecimientos de amor, gritos perdidos de rebeldía, ó quejas roncadas de mujeres airadas; mis ojos anhelan visiones extraordinarias de color y de líneas de un esplendor nunca visto, imaginan gestos serenos de mujeres griegas vestidas de túnica simple y armoniosa, cuadros blancos, cuadros de blanco y de oro, de blanco y azul, cuadros rojos, crepúsculos de incendio; cuadros azules y violetas, cuadros de negro tormentoso con visiones demoníacas, cuadros de sangre y de pasión. Mi boca ansía el beso de vírgenes con labios inexpertos, labios balbucientes y tímidos que recuerdan el murmullo de oraciones recitadas en los claustros silenciosos, y ansía también besos mordientes y locos con rugidos de pantera enamorada; ansían labios con sabor á frutas, con sabor á mieles, con sabor á mar, á naturaleza rica y libre; mis manos ansían el tacto de sedas convertidas en carne, ansían la caricia ruda de una virgen salvaje y arisca, pueden ansiar el roce de una carne fresca como el agua en una tina de cristal; mi cuerpo entero aspira una caricia honda y plena, infinita y larga como una vida más allá de la vida...

—¡Pobre niño!—había exclamado ella. ¿Acaso la vida lo ha tratado á usted muy mal?

—¡La vida no ha sido buena para mí, en verdad! y soy como una planta que hubiese crecido en una gruta negra y seca. Mis raíces han buscado en vano entre las grietas un poco de agua cristalina; mis ramas se han retorcido en la obscuridad en busca de una engañosa luz que brillaba en lo alto, las ramas por momentos se desesperaban y se erguían en actitudes rebeldes contra las paredes sombrías y mudas, y se quebraban y se marchitaban en el ansia de lo que no podían encontrar! Pero creía que todo lo que se desea ardentemente y con imperiosa persistencia, concluye por realizarse... Sólo que pocas veces se desea algo definido. Los deseos se presentan en forma vaga, como una ansia poderosa de amores desconocidos y grandes... ansia inextinguible y sin forma...



LOS CLASICOS

CUADRO DE VELAZQUEZ

Calló. Sus palabras tenían el imperio de un conjuro á las fuerzas desconocidas que lo rodeaban y de una súplica tierna hacia la mujer bella que lo escuchaba. Margarita sentía una suave, una dulcísima angustia. Hubiera deseado llorar de alegría, desvanecerse en una posesión inmaterial hasta lo inmaterial. ¿Era este el amor, el amor, el único amor que se acercaba?

En la estancia el silencio era grande. Ellos se miraban profunda y seriamente en los ojos. Hubiérase creído sentir en la tibia atmósfera del cuarto una palpitation de alma, como dos sombras que se buscasen palpando delicadamente las paredes y los objetos.

—Amigo mío—murmuró ella,—la historia suya es también la mía. Y yo me siento conmovida y vacilante... Yo no sé que fuerza extraña es la que usted trae consigo... y no sé tampoco qué trastornos ha de traer usted á mi alma... Usted me turba y me llena de una alegría incalculable como si la revelación de un misterio estuviese próxima... Dígame usted, hableme usted...

Y él continuó hablando. Pero ahora sus palabras eran confusas y su mirada estaba turbia como la de un ebrio. Sin duda procurara ocultar en vano una obsesión de su espíritu. Por fin dijo:

—Yo desearía ofrecer mi alma á una mujer extraordinaria, á una mujer que fuese capaz de recoger todo entero mi espíritu en su alma piadosa y grande. Yo la amaría de un modo loco, yo abandonaría por ella mi vida entera, mis sueños, mis pensamientos... ¡Oh, cómo me poseería ella por completo! y juntos construiríamos la mansión más rica de ensueño que se puede elevar en la tierra...

Margarita escuchaba con los ojos dilatados. Sus manos estaban exangües y la palidez de su rostro la hacía parecer una flor blanca, coronada de luz; temblaba como un lirio acariciado por una brisa de amor...

Guardaron silencio bebiéndose el alma por los ojos con una angustia inefable y deliciosa. La estancia estaba en sombras. Por el balcón que Margarita había abierto, se divisaba el suave resplandor rojo del sol que se había hundido hacia las oscuras montañas de occidente. En la pared del frente, difusamente iluminada con luz tamizada de un rosa disuelto en oscuridad, se delineaban con fuerza las sombras de los barrotes del balcón y de los dos cuerpos agigantados y alargados que se inclinaban el uno hacia el otro.

—Margarita—murmuró el joven con voz contenida—estamos en una de esas horas muy raras en la existencia... Nuestros cuerpos y nuestras almas vibran quizás como no volverán á vibrar dentro de mucho tiempo... Margarita, yo aprovecho esta hora para ofrecerle á usted todo lo que yo puedo dar, todo mi amor, toda mi alma abierta con la más tajante sinceridad... ¿quiere usted aceptarla?

Hubo un silencio. El joven extendió los brazos hacia ella, suplicando. Margarita abandonó las suyas sobre las de él y el joven las llevó á sus labios y las besó frenético, de rodillas á los pies de la blanca figura encorvada. Luego sus bocas se unieron en un beso largo, largo, voluptuoso y hondo.

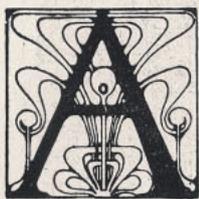
Detrás de ellos, las sombras también se unieron para formar una figura única que parecía sonreír irónicamente, incrédula ante esta unión de dos almas atormentadas por ansia de amor y que corrían, de seguro, tras una loca quimera!

F. SANTIVAN

Santiago, 1909.

ALFREDO AUSTIN

POET LAUREATE



La muerte de Lord Tennyson, en 1892, la designación del poeta que debía sucederle en el elevadísimo puesto de poeta laureado, suscitó vivas controversias entre los intelectuales ingleses. Tennyson había sido nombrado el año 1850, á la muerte de Wordsworth. Mantuvo, pues, durante cuarenta y dos años el título de poeta oficial. La lucha empeñada en torno del nombramiento de su sucesor duró hasta 1896 en que se impuso el nombre, ya célebre, de Alfredo Austin. La figura literaria del atormentado y vigoroso Algernon Charles Swinburne había sido defendida por varios escritores que reconocían en el poeta revolucionario un estro valiente, fecundo y plétórico de ideas nuevas. Pero esto mismo le fué adverso, pues sus contrarios señalaron en su obra lírica más de una rotunda negación de los principios sociales, políticos y religiosos de Inglaterra. Se le repudió como á un socialista, como un libertario. Esigmatizado así por sus enemigos, desistió de ser el poeta de la corona. La crítica se detuvo entonces en quien por la moderación de sus ideas, por el amor al país que respiraba en sus cantos y por la inofensividad de sus ensueños fuera digno de ceñirse el laurel oficial: se detuvo en Alfredo Austin. Este lírico tenía entonces setenta y un años. Nacido en 1835, en Headingley, se recibió de abogado á los veintidós años, ejerció su profesión durante cinco ó seis y se entregó al cultivo de las bellas letras. Pronto dió al público un volumen de verso satíricos, "The Season". Ocupado en el diario "The Standar" se vió obligado á ser su corresponsal en la guerra franco-prusiana. Sus crónicas fueron muy célebres por la precisión de los detalles y la maestría de las descripciones. El poeta traspasaba al público inglés sus hondas vibraciones ante el horror de las batallas. Terminada la guerra, Austin volvió á su país, y desde entonces no ha dejado de publicar volumen tras volumen, sus poemas líricos, satíricos y dramáticos.

Su lirismo es delicado, sentimental, pasivo, sin arrebatos, sin gritos, sin nada que lo acerque á la vehemencia de los grandes atormentados del alma. Sus composiciones no se levantan encendidas en aspiraciones dolorosas por lo intensas, devorantes por lo cálidas: son composiciones tranquilas, versos á una rosa de invierno, á las noches de primavera, á una nota de estío, á las nieves inexperadas... La elegancia del espíritu del poeta se inclina reverente y serena ante los matices más leves de la naturaleza. Ama los jardines. Tiene un libro entero, en prosa, que es un elogio del jardín que ama. "The garden that y love". Es una descripción minuciosa de las diferentes plantas florales y de las armonías que sus colores desparraman sobre los verdes silenciosos y oscuros. Tiene frases ligeras y erectas como tallos finísimos, metáforas que brillan como corolas y vaguedades que adormecen como aromas. Sin seguir paso á paso las variaciones del tiempo, sin inspirar en ellas sus descripciones como el estro virgiliano con las bucólicas, sus versos impregnados de amor á la tierra forman un todo ordenado y completo. Sus poesías líricas están animadas del mismo espíritu. Una de las más bellas y sentidas es la rimada en defensa de la primavera inglesa. Un escritor se lamentaba de que los poetas modernos de Inglaterra no observaran escrupulosamente las variaciones meteorológicas que caracterizan las estaciones para adaptar á ellas las descripciones de las horas primaverales y otoñales, sino que se dejaban llevar por el recuerdo de las descripciones de los poetas del siglo XVIII, que á su vez las habían imitado del calendario de Teócrito y Vir-

gilio. La primavera inglesa, que no tiene nada de bello, decía el escritor, aparece en nuestros líricos desnaturalizada, hermoseada. En respuesta, Austin escribió una larga oda en que, prescindiendo de las frases clásicas consagradas en los versos ingleses para la calificación de las bellezas de la primavera, canta con delicadeza y brillo las magnificencias por él observadas en los días en que la naturaleza parece bañarse en las delicias de la luz primera. Pero, á pesar de su optimismo, el poeta se detiene, á veces, para exhalar un suspiro amargo, como en esas temblorosas estrofas en que rechaza á la Muerte:

¡Déjame Muerte!
No es tiempo todavía.
A la aurora y al canto recién yo me despierto.
Tengo aún de rocío el corazón cubierto...
¡Después! ¡Al medio día!

En un artículo de la "Quarterly Review" se han comentado las obras dramáticas de Austin. En "Savonarola", el poeta predica una moral que estuvo en lucha con la Florencia de los Médicis, que en el curso del poema resulta ser un símbolo de la ciudad actual; en "Alberto, el Grande", celebra un elevado amor como el medio más excelso de alcanzar la felicidad humana; en "La Torre de Babel" presenta una imagen emblemática de los modernos, esfuerzos por llegar á la dicha acumulando riquezas.

Un espíritu celeste baja á la tierra y, como en los tiempos primeros, se enamora de una bellísima mujer que no es otra que la esposa del constructor de la torre soberbia.

La mujer, que ha comprendido la ambición lamentable del constructor, se une platónicamente al personaje celestial; pero después, cuando el marido muere aplastado por el derrumbamiento de la construcción sublime, se une á su amante en definitiva unión. La obra tiene consoladora filosofía de demostrar que si no se puede por medios materiales levantar la tierra hasta el cielo, el amor puede hacer bajar el cielo hasta la tierra.

La acción de los dramas filosóficos "Fortunato, el pesimista" y "El príncipe Lucifer", es imitado como el mejor, por el correcto desenvolvimiento de la intriga y la perfecta idealización de los personajes, se desarrolla en nuestros días y tiene un alcance simbólico. Ambas son historias

tejen sus rondas de ensueños y ofrecen sus copas de amarguras.

La triple capacidad literaria de Alfredo Austin, lírica, satírica y dramática da á su estilo una soltura admirable. Está, es cierto, muy lejos de la pulcritud estilística de Tennyson, pero tiene en cambio la espontaneidad y la vida de que, á veces, careció el autor de "In Memoriam".

Debido á estas virtudes naturales su verso es ligero, musical, de facilísima comprensión. Esto lo ha hecho popular y glorioso.

Su obra, si no superior artísticamente á la de Tennyson, es más varia y más moderna. Mientras éste rememora en sus mejores poemas los legendarios tiempos caballerescos y se pierde en ellos como en la atmósfera más propicia á sus sueños, Austin, atento á las injusticias y á las concepciones de la sociedad, á las inquietudes de la conciencia de hoy y á sus dolorosos debatirse ante el derrumbamiento inevitable de las ilusiones y las esperanzas ultraterrenas, ha puesto su lira de parte del porvenir, de parte de la fé en la vida, en la tierra y en el sol.

MIGUEL LUIS ROCUANT



NOTAS LEJANAS

De "Recuerdos Militares", inéditos, por Angel C. Espejo.

UN vendaval patriótico se había desencadenado sobre Santiago. Era vergonzoso no ser soldado.

Era pintoresco ver en los cuarteles con sus trajes burdos á los elegantes de la capital, á los habitantes del Portal y de la calle Huérfanos.

Entre ellos se veían también algunos literatos y periodistas, y, cosa rara, se contaba de que eran sumisos y aprovechados.

Conozco también la vida de cuartel. He palpado sus rigores y sus amarguras.

La amargura del silencio, que impone la disciplina, ante una orden estrafalaria, es un momento doloroso que triza el corazón de los jóvenes con los primeros rasguños del sentimiento comprimido.

La tiranía del cuartel, impuesta con voz bronca y aterradora por el oficial de servicio, es como un chicote de muchos ramales suspendido permanentemente sobre las espaldas del soldado.

La silueta del comandante... ¡un eterno convidado de piedra!

Cuando se está fuera del cuartel, el clarín, con su rasgueo impertinente y fatídico, corta todo momento feliz. ¡Cuántas declaraciones á la luz de la luna, cuántos besos de amor, cuántas escenas de dicha infinita en el hogar, no ha dejado en suspenso el acento agudo, transpasante de la corneta!

A la corneta se le odia; pero cuando rasga el espacio con la voz de ¡á la carga! parece simpáticamente frasear un degüello, como en un grito homérico, centelleante. La voz de la barbarie humana que conspira siempre tras los reductos del alma civilizada; algo del alarido de los hunos; del acento del montañés que rueda á la tierra baja, abrazado al lobo que le roba su ganado, junto á sus fauces leoninas, luchando con él, hincándole el diente en su cuello hirsuto y ahogándolo en sus brazos en la desesperación suprema del dolor, del gozo, del pánico, del odio. Es como el Manelik de Guimerá, fiero y aterrador, pero dueño del dón de sus energías, pronto á saltar sobre el cuello del enemigo.

La orden es el golpe de gracia en la disciplina. El soldado-obedece, no delibera.

La disciplina es una invención grandiosa y á la vez miserable. Se me imagina para dioses y para esclavos. Para Júpiter con rayos en sus manos que marquen las frentes de los ilotas y de los siervos, sin otra misión en la vida que obedecer y callar; para dioses que sepan amedrentar—como en los tiempos legendarios—á los gigantes y al grito de ¡Evohé! les combatan y sepulten bajo el monte Etna, mandando después á su antojo á su fiera legión de titanes, fuertes y sumisos, como tigres domesticados. ¿Y qué otra

cosa es el soldado chileno?

¡Si es una fiera que obedece con la mirada torva y el cuerpo ágil, como si dos corrientes psicológicas pelearan la posesión completa de su alma!

Mandadle lo más difícil; regañará entre dientes, pero irá á donde le ordenéis.

Marchad con él á la guerra; se os quedará dormido muchas veces en el camino, abrazado á su rifle; gritaréis por la disciplina y os desesperaréis ante el sueño invencible—trágico hasta en los resoplidos de gigante de aquella bestia de la guerra vencida por el cansancio en la soledad imponente de los campos.

Ya estáis al frente del peli-

gro. Como un gran respiro se oye en toda la extensión de la línea salir de las bocas polvorientas de aquellos seres ágiles y despiertos por una fuerza secreta, la palabra: "¡llegamos!", que es advertencia, grito de gozo, reto irónico á un enemigo que siempre se estima inferior.

Mirad á vuestro lado. Ni uno solo de aquellos indisciplinados falta á esa lista suprema que se frasea en silencio, orquestándola con el misterio de las sombras y los sobresaltos de la muerte. Están enclavados en líneas impecables, la frente alta en la interrogación del más allá, los ojos fijos por momentos, como magnetizados por el oficial, esperando la voz de ¡á la carga! para escalar la altura con la majestad de las águilas, ó en esas anquilosis atormentadas de los cóndores cansados de las rocas altas



Cuando rasga el espacio con la voz de ¡á la carga!...

pero sedientos siempre de luz; y clavar en la cima enemiga la bandera del batallón, la bien amada, la que reta, la que bendice, la que hace esperar, la que llora en grandes pliegues sobre el cadáver de los héroes.

¡La obediencia! Eso siempre será un heroísmo. Por más que se diga, el primer impulso del alma humana es refractario á la obediencia.

La disciplina es, pues, el primer paso al heroísmo colectivo.

Pero los grandes indisciplinados son los héroes de primera fila, así en la paz como en la guerra.

Vi en aquellos tiempos la obediencia del cuartel. En la gran escalinata del heroísmo popular me descubrí admirado.

Admirado de la obediencia de esos ricachones altaneros vestidos por Pinaud que saludan con un arqueo caricaturesco—á lo

amontonados, sonriéndose con una risa filtrada como venticello por los dientes que deben quedar envenenados con el contacto de pequeños tósigos; aborreciéndose, talvez, en el fondo del alma en virtud de la hiriente desproporción que desnivela una sociedad en pañales y una democracia en vía de crecer; y amándose, á pesar de todo, sobre lo miserable de la vida—que es lucha y selección—bajo la tienda recsada del patriotismo, en que unos, olvidando que son plebeyos, y otros, que descienden de la Quintrala, sólo saben que son chilenos.

A toda esa promiscuidad de la simpática vida chilena que veía por el brillo de la bandera, á toda esa desigualdad social que dejaba de repugnarse, de temerse y de odiarse, la Patria les cantaba en un grito de gloria:

Muchachos de veinte años: ¡Evohé! Ricos, pobres, soberbios,



Vosotros que hacéis repercutir el idioma iracundo del cañón...

Daumier—de la nariz borbónica ó israelita; de esos que principiaban entonces á hacer algo en la vida, para corresponder á los apellidos de gran cola y ser dignos de sus padres, amasadores en la vida sobria, de la riqueza pública; de esos que comenzaban á conocer el pan duro y negro de los deberes recíprocos, que, en medio de un peligro racial, hacen encontrar tan dulce el patriotismo.

¡La obediencia de esos malignos chacareros que están recibiendo con una mano el jornal y con la otra responden al patrón con un signo expresivo y repugnante...!

¡La obediencia de esos artesanos que ya pensaban en aquel tiempo en la República socialista y en el reparto equitativo de las fortunas; de esos que pocas veces se acercan al rico, y que, cuando lo hacen, se alejan de él aborreciéndole más...!

Todos están ahí, sumidos, enfundados en su cotona igualitaria;

idiotas de Portal, genios microscópicos y altaneros del terruño literario y artístico, que cría más gusanos y lagartijas que hombres; vosotros que ensayáis el mecanismo del rifle que lleva cinco mensajes de acero para el corazón del enemigo; vosotros que hacéis repercutir el idioma iracundo del cañón que va caracoleando sus gritos de rabia por las laderas de las grandes montañas que vieron pasar los ejércitos de Carrera y O'Higgins; vosotros que tenéis mucho de águilas y de gigantes, si alguna vez, para añadir muchas páginas de mármol y de bronce á la historia, atravesáis desoladas llanuras ó escaláis cimas dantescas, detenéis un momento, confundíos en el gran misterio—de la tierra y del cielo—y sentiréis que emerge de todas partes un grito inmenso que florece en letras de triunfo en una hora roja sobre un ejército en marcha:

¡Evohé!

ANJEL C. ESPEJO



de verdad. Ultimamente acabamos de asistir, asistimos todavía a esta transformación de un "amateur", en uno de los mejores profesionales y artistas de vanguardia, chilenos; hablo del señor Joaquín Fabres. Desde los muchos años, casi desde mi llegada a Santiago, que tengo con don Joaquín Fabres las relaciones más cordiales y de amistad más sincera, seguía, con un vivo interés sus trabajos de pintura; pero yo también, como todo el mundo, le consideré durante mucho tiempo como un "aficionado", y, como un dilettante cultísimo, pero no me había jamás figurado que de repente, como ocurrió hace tres ó cuatro años, á la vuelta del viaje á Europa, el "amateur" poco á poco adquiriera estilo propio, desarrollara su personalidad y un buen día, presentara al salón una serie de cuadros, entre los cuales se destacaba una naturaleza muerta, "Objetos japoneses", que era sencillamente el mejor trozo de pintura de aquella exposición.

Desde entonces, don Joaquín Fabres no ha dejado de trabajar y de progresar, ayudado por una voluntad de hierro, y una verdadera pasión por el arte y, últimamente, hemos sabido que los cuadros mandados por el pretendido "amateur" á Buenos Aires, formaban uno de los "panneaux" más celebrados de la sección chilena de la Exposición Internacional.

Por lo demás, don Joaquín Fabres, el triunfador de hoy día, no es el primer artista chileno que haya sentado plaza de pintor profesional, siguiendo, al mismo tiempo, otra carrera, y ejerciendo otras funciones: don Alvaro Casanova, el pintor de las glorias marítimas de Chile; don Juan de Dios Vargas, que pinta paisajes de una ejecución refinada y de una frescura encantadora, pueden ser colocados en esta misma categoría. Y como el objeto de este estudio es seguir el desarrollo del arte en Chile, es indispensable señalar el papel importantísimo que cupo, á este punto de vista, á varias personalidades que, sin cultivar materialmente el arte, hicieron más por él, sin embargo, que muchos profesionales. Desde luego, los nombres del general Maturana y de don Arturo Edwards se imponen, siendo ellos los primeros fundadores de los premios anuales destinados á estimular á los artistas y á facilitarles los medios de dedicarse, sin preocupaciones, al arte puro; pero, después de estos bienhechores de los artistas, sería larga la lista de los hombres cultos que han contribuído directa ó indirectamente á los progresos artísticos de la Nación.

Es muy curioso el hecho de que tres de los artistas que gozan hoy día de la mayor fama mundial, hayan sido, no precisamente descubiertos en París; pero sí apreciados, desde sus principios, por distinguidos caballeros chilenos. Uno de los primeros retratos pintados por Sargent y el primero que llamó la atención, fué encargado por don Ramón Subercaseaux; los primeros retratos de Bol-dini, cuando evolucionó y adoptó su manera actual tan característica y tan popular hoy, fueron de señoritas chilenas y, en fin, don Rafael Errázuriz encargó numerosos trabajos á Sorolla, en la época en que el célebre pintor español no tenía, ni mucho menos, la fama que adquirió después. No se puede dudar, pues, de que la influencia intelectual de personas como los señores Subercaseaux y Errázuriz, cuya refinada cultura les permitía adivinar en sus alboras, el genio futuro de artistas todavía desconocidos, fuera muy importante en el desarrollo artístico chileno; además, sus escritos y sus obras sobre cuestiones artísticas vinieron á apoyar y á confirmar esta influencia latente; pero al lado de ellos, son numerosos los caballeros que por puro refinamiento y cultura intelectual han contribuído á los progresos artísticos del país: don Raimundo Larraín, don Luis Dávila Larraín, don Máximo del Campo, don Enrique Cousiño, don Javier Larraín Irarrázaval, una de las personas que saben más de arte en Chile, don Emilio Rodríguez Mendoza y su hermano el sentido don Manuel, don Carlos Silva Vildósola, don Luis Orrego Luco, don Paulino Alfonso y tantos otros, sea por sus escritos, sea por su palabra, sea como miembros del Consejo de Bellas Artes, todos contribuyen, casi tanto como los profesionales al desarrollo del arte en Chile. Pero en las actuales circunstancias, en la víspera del centenario y de la inauguración de la Exposición Internacional, es de estricta justicia rendir un homenaje especial al que fué el iniciador y el alma de la Exposición y del Palacio que la abrigará, al que desde tantos años se ha consagrado con el celo más incansable, y con la abnegación más completa á todo lo que podía representar un adelanto y un progreso en la cultura de la nación, á don Alberto Mackenna Subercaseaux. El que escribe estas líneas sabe todo lo que ha hecho, el señor Mackenna, desde más de quince años en pro del arte y de los artistas: ha asistido á la génesis del Palacio de Bellas Artes, he visto con qué paciencia el señor Mackenna seguía hasta el objeto final el camino á veces áspero, sin dejarse amedrentar por los obstáculos ni desanimar por las decepciones; ha conquistado este trabajo lento, difícil y obscuro, de ganar adhesiones, de vencer resistencia... ¡Oh! la historia del museo de copias, traído de Europa por don Alberto Mackenna! este museo de copias, que solamente ahora va á salir de sus cajones—¡desde diez años!—y, al cual, después de todo, los santiaguinos deberán su magnífico Palacio de Bellas Artes!... Y, hace tres meses, al fin, el último sacrificio del señor Mackenna Subercaseaux, fué su viaje á Europa, en circunstancias particularmente penosas é inoportunas, viaje lleno de dificultades, por lo demás, y de un trabajo abrumador.

En menos de un mes, don Alberto Mackenna tuvo que recorrer todos los grandes centros de Europa, que visitar centenares de artistas, que atender á todos los detalles de un mecanismo tan complejo, como es la organización de una Exposición de la importancia de la que en algunos días más abrirá sus puertas, que contar á veces á cincuenta cartas en un día...

Y la liquidación de todos estos trabajos no le permitirá siquiera regresar en tiempo oportuno para ver los primeros frutos de tantos esfuerzos y de tanta energía gastada. Esperemos que el día de la inauguración, no se olvidará del ausente que fué el gran obrero y el alma de la obra.

V

Chile es orgulloso, y justamente orgulloso de su Escuela de Escultura: desde que el arte existe en Chile la escultura ha tenido una historia tanto ó más brillante como la pintura y mucho más homogénea.

Desde Blanco, que fué uno de los primeros, sino el primero en fecha de los escultores nacionales, hasta los jóvenes de hoy que son la esperanza de mañana, la historia de la escultura chilena está representada por una serie de éxitos tanto en Europa como aquí. Hace pocos meses tuve ocasión de hablar del decano actual de los escultores chilenos, de don Nicanor Plaza, y desde entonces tuve el gusto de ver realizada una idea, insinuada en ese artículo en SELECTA, la de que la estatua tan popular de Caupolicán, fuera trasladada á una plaza pública; en pocas semanas más, el héroe de la "Araucana" se destacará sobre el hermoso cielo de Chile, teniendo como pedestal una de las rocas del Santa Lucía.

Don Virginio Arias ocupará en la historia de la escultura chilena, en sus albores, un lugar sobresaliente, y su gran grupo del "Descendimiento" es probablemente una de las obras de escultura más importantes ejecutada por un artista sudamericano.

Cuando se ve en el Museo la delicada figura del Giotto, debido al cincel del señor Lagarrigue, es imposible dejar de lamentar que un artista tan admirablemente dotado, haya abandonado el arte casi por completo. Felizmente otros escultores chilenos, no solamente mantienen la tradición, sino que le dan un brillo cada vez más vivo, y á su cabeza, está don Simón González.

El talento del señor González tiene un refinamiento que quizás ningún otro artista haya alcanzado todavía. La seguridad de su gusto, la variedad de su concepción artística, se impusieron á todas las personas que tuvieran alguna educación artística, cuando, hace algunos años, presentó al Salón un grupo de obras, admirablemente escogidas para hacer ver todas las facetas de su talento. El niño soplando agua, destinado al parque de don Carlos Cousiño, notable "pendant" á "l'Enfant boudeur" que tuvo la medalla de oro en la Exposición Universal de París en 1900, y el Viejo Mendigo, representaban el lado amplio y clásico del arte de don Simón González, al mismo tiempo que su admirable conocimiento del procedimiento del bronce á la cera perdida; pero al lado de estos trozos importantes é imponentes, el visitante al Salón quedaba sorprendido y encantado de encontrar las delicadísimas figuritas, que al mismo tiempo que esculturas perfectas, son preciosos "bibelots", como la "Perla", la "Manzana de Eva", etc., que hacen pensar que si don Simón González no hubiera abandonado París, en poco tiempo más, los editores de objetos de arte se hubieran disputado sus exquisitas obras. En esta misma Exposición figuraba también otra obra de un estilo muy distinto de las otras y quizás la más genial y la más original, el retrato de cuerpo entero en bronce, de un conocido escultor francés, compañero del señor González, obra tan llena de vida, tan espontánea que ella tiene todo el encanto de un "apunte" de gran maestro. Después de este Salón que fué para todas las personas de gusto, la consagración del gran artista que es don Simón González, el distinguido artista ejecutó otras obras notables, entre las cuales se destacan la estatuita de la señora de D. G. y sobre todo un admirable busto del doctor Benavente. Ojalá tenga ocasiones de producir obras del mismo estilo y valor.

Mientras que los escultores residentes en Chile, mantienen en alto el pabellón de la escultura chilena, otros, en Europa, trabajan también para el mismo ideal.

La señora Rebeca Matte de Iñiguez, la distinguida autora de la "Militza" y del "Viejo Horacio", acaba de triunfar una vez más en el Salón de París con una estatua que mereció los más elogiosos conceptos de los críticos de arte.

En pocos días más llegará á Chile, á tiempo, para figurar en la Exposición del Centenario, la estatua premiada del señor Concha: "Misericordia". Dicen que esta obra ha sido la revelación de un excepcional temperamento de artista; pero, dicen, también ¡ay! que su autor, el señor Concha, tiene que luchar en París con la más crueles dificultades de la vida. Creo que el Gobierno de Chile no vacilará en adquirir la obra del joven escultor, enriqueciendo así el nuevo Museo con una obra nacional de primer orden, y procurando al artista los medios para poder seguir, sin preocupaciones materiales, durante algún tiempo, una carrera tan admirablemente principiada en el centro más intenso del arte, en París.

VI

Al punto de acabar esta mal hilvanada revista del arte en Chile, cuyo mérito único, si tuviera alguno, sería haber procurado trasladar al papel, lo más sinceramente posible, impresiones recogidas en varios años de vida santiaguina, quisiera sacar una conclusión de estas impresiones.

Cuando un viajero recorre un camino, deteniéndose en cada árbol, en cada planta, en cada flor que encuentra, cada detalle le interesa pero no se da cuenta del conjunto de lo que le rodea.

El camino sube, el viajero llega á la cumbre, y dándose vuelta, contempla un panorama majestuoso y riquísimo, compuesto con todo lo que le parecía de cerca accidentes pintorescos de terreno ó detalles bonitos, sí, pero aislados. Una impresión análoga acabo de experimentar, al llegar al final de este estudio sobre el arte en Chile: quedo admirado al contemplar en conjunto lo que representan estos sesenta años, apenas, de vida artística. En poco más de medio siglo, el arte en esta tierra privilegiada habrá pasado de la nada al estado actual sintetizado por el nuevo palacio de Bellas Artes, que ha sido edificado,—que ciertos espíritus todavía refractarios la entiendan bien,—*porque lógicamente, fatalmente, el momento había llegado, porque correspondía á una necesidad, á un instinto latente del espíritu nacional. Obras de esta importancia no pueden ser debidas á una casualidad ó á un capricho.*

Veamos, además, si todo, lógicamente, no indicaba esta necesidad. Entre las manifestaciones de alta cultura, hechas por eminentes personalidades chilenas, las más importantes son, sin duda, las formaciones de galerías de pinturas. Hay varias en Santiago que son verdaderos pequeños museos: pues bien, siguiendo una hermosa tradición que existe en todos los países de antigua civilización, varios de los dueños de estas galerías, ó han legado, ó han manifestado la intención de legar al Estado sus colecciones artísticas. Si, pues, la edificación del palacio que se va á inaugurar, hubiera demorado más, no habría existido local adecuado y digno de recibir las valiosas obras regaladas.

Por lo demás, todo, todo sigue el movimiento vertiginoso hacia el progreso y el refinamiento artísticos. ¿Quién no se asombraría al comparar las únicas publicaciones ilustradas que existían en el país, hace seis años, papeluchos que, hoy parecerían modestos, hasta para los más modestos de los pueblos de provincias, con las revistas de arte actuales, que pueden competir con las que se publican en París ó en Londres? ¿Quién no ve, en toda parte, la tendencia á dar á todo un sello artístico y elegante? Todos los edificios nuevos revelan esta preocupación, y los distinguidos arquitectos,

hoy día en boga, los señores Jequier, Cruz Montt, Larraín Bravo, Forteza, Duclere, Smytle, etc., rivalizan en buscar estilos y efectos decorativos.

Alguien, en días pasados, tuvo una frase desgraciada, que más bien se puede considerar como lo que se llama en francés una "boutade". Dijo que no necesitaban palacios de Bellas Artes, pueblos de instintos tan poco artísticos, como, según él, sería el pueblo chileno! No comprendo cómo se pueda negar un instinto artístico que salta á la vista por doquiera que se mire. Y, sino, que me digan lo que significa que siempre, y en toda ocasión, se prefiera lo decorativo á lo práctico, cuando se encuentra un pedazo de terreno vacío, ¿cuál es la primera idea que ocurre? formar un "square" ó un jardincito. Las calles son,—con perdón,—infernales, la pavimentación... no digamos nada! pero las plazas y los jardines están siempre bien cuidados y el objeto de atenciones especiales. ¿No es eso instinto artístico?

Y además, ¿cómo se puede siquiera pensar en negar el instinto artístico de la ciudad del cerro Santa Lucía, de la ciudad en que un hombre genial tuvo la ocurrencia de transformar una roca pedrada y horrorosa en una joya incomparable, y en que todo el pueblo se enamoró tanto de esta creación del cerro Santa Lucía que alcanzó á considerarlo como un símbolo y á rendirle una especie de culto, y llegó, en su entusiasmo, hasta comprometer á veces la belleza de su ídolo, recargándolo de adornos, no siempre muy felices, porque naturalmente las aspiraciones artísticas no se deben confundir con la cultura completa y el gusto refinado, pero constituyen la primera condición para adquirir, con la educación y con el tiempo, este gusto y esta cultura?

¿Y cómo no podría tener instintos artísticos una raza que desciende en su mayor parte de la España de Velázquez, de Murillo, de Goya, de Cervantes, de Calderón, magnífico tronco sobre el cual, además vinieron á ingertarse y sigue ingertándose, retoños de la cultura de todos los otros pueblos de Europa, de la elegancia y del gusto franceses, de la seriedad alemana, del clasicismo italiano, del refinamiento inglés?

Chile no ha dado, pues, un paso atrevido al querer organizar la Exposición Internacional de Bellas Artes. Era tiempo de que se incorporara en el número de las naciones de alta cultura en las cuales el arte ocupa un lugar prominente. Además, el entusiasmo con que grandes artistas del mundo entero han aceptado la invitación prueba que esta fama de nación culta está perfectamente establecida en los grandes centros intelectuales.

La Exposición consagrará esta fama y dará además, no lo dudo, el mejor impulso á toda la generación actual de los jóvenes artistas chilenos, los que deben confirmar la existencia de la Escuela Chilena de arte y darle un brillo cada vez más esplendoroso.

RICHON-BRUNET



EL PRIMER PRETENDIENTE A LA CORONA



EL CRISTO NIÑO

CUADRO DE E. EROTI



La jornada de una dama romana en tiempo de Adriano

(120 DE J. C.)

I

El senador Lucio Manlio se había despedido de su mujer la noche antes, pues tenía que madrugar para reunirse con el "Imperator", á punto de salir para Egipto. No pareció Matidia recibir con mucho sentimiento la noticia; estaba acostumbrada á las largas ausencias de su marido, y por otra parte no se distinguía éste precisamente por la ternura, procediendo como el emperador con su bellísima Julia Sabina.

Hacia una hora que había salido el sol cuando se desperezaba Matidia, en su lecho de cedro con incrustaciones de marfil y oro, de esilo griego.

La dama, tantas veces comparada por los poetas con Diana ó Juno, no podía pasar ahora por un modelo de hermosura, pues reseca la miga de pan, mojada en leche de yegua, con que se había cubierto el rostro al acostarse, para mantener suave el cutis, parecía como si llevase una máscara de yeso. Además, la cabeza quedaba oculta bajo una cofia que no era para realzar sus gracias.

La esclava vigilante, que desde hacía rato esperaba el despertar de su señora, se apresuró á acudir, y la dama, muellemente reclinada en brazos de dos jóvenes de Siria, fué conducida al tocador, próximo al dormitorio. Era una vasta pieza iluminada con luz cenital y en la que, sobre largas y anchas mesas de mármol, sostenidas por garras de leones, se veían infinidad de redomas, ánforas, jarros, cajitas, betes, redomillas, estuches, palanganas y toda suerte de objetos de cristal, loza, madera y oro, destinados al acicalamiento de la hermosa matrona.

Un tropel de esclavas, desnudas todas de cintura arriba, están esperando á la señora; aunque son en su mayoría latinas ó ibéricas, la moda no consiente lleven sus vulgares nombres de Prisca, Marcia, Cecilia ó Paula, sino que se llaman Sicione, Eufrosina, Lena, Cícica y otras bellas apelaciones griegas.

Ignorando muchos la partida del senador Lucio Manlio, se retiran pesarosos por no haber podido hablarle, pues aquella hora matinal era de las visitas. También Matidia debe recibirlas, pero manda advertir á la esclava que guarda la puerta no deje pasar á nadie, como no sea á los que traigan alguna carta, á los mercaderes ó los adivinos.

Comienza la larga operación de quitar la miga de pan del rostro y lavar éste con más leche de yegua, contenida en una copa de ónice, y ya blanqueado el cutis y aliñadas las pestañas. Glicera, la joven esclava encargada del albayalde y bermellón, empaña con su aliento la bruñida placa de un espejo de plata, que entrega á su señora. Matidia acerca el espejo á su nariz y encuentra que el aliento de Glicera huele bien, por lo que ya puede proceder á

la delicada operación de teñir de nieve y rosa las mejillas de la dama, así como de negro las cejas.

Hasta ahora Matidia no ha demostrado impaciencia ni ha tenido por qué castigar á sus esclavas, pero llega la hora de proceder á la delicadísima operación del peinado, y quien sabe si Matidia quedará satisfecha de su habilidad. Además, se trata de ver el efecto que ha producido el artificio aconsejado por la experta Apolodora, la peinadora corintia.

La bella Matidia experimentaba, en efecto, la desgracia de tener el pelo castaño, siendo así que la moda exigía imperiosamente tenerlos rubios, de matiz bermejo. Tal contrariedad había hecho pensar á la esposa del senador Lucio Manlio en afeitarse por completo la cabeza y usar peluca de aquel color; precisamente Herminia, la rubia modista del Esquilino, había recibido de Germania una admirable colección de caballeras sicambras, capaces de dar envidia á la misma Venus; pero Apolodora, que andaba siempre al tanto de las novedades capilares, había descubierto que un liberto galo vendía una pomada verdaderamente maravillosa para tornar en rubio el mismo pelo de un tío, y gracias á sus ruegos, no había sacrificado aún la opulenta mata de sus cabellos de vulgar color.

Matidia se sujetó en un todo á la técnica que le había indicado Apolodora: el día antes se había lavado con agua de cal los cabellos; después la esclava los había frotado bien con la pomada del galo, y, por fin, se había sometido al cruel martirio de permanecer cinco horas bajo los rayos del sol, hasta secarse bien el cabello. Desde entonces había ido con la cabeza envuelta en aquella cofia estrechamente apretada.

Apolodora temblaba: iba á verse el resultado de la pomada que había aconsejado, y aunque el galo,—un liberto que ganaba un dinerito en su tienda del Velabro,—le había jurado por el propio Hércules que su remedio era infalible, no podía ocultar la agitación de su ánimo; porque de no dar resultado la pomada ó de empeorar la cosa, tal vez le iba la vida, ó cuando nó, bien podía prepararse á cruel castigo.

Quitóle la cofia la misma corintia y resonó en el "capillare" ó tocador un coro de exclamaciones, que podía pasar por un himno de triunfo.

—¡Oh, señora! la Aurora rosada va á morir de celos al comparar sus tintas con las de tus cabellos divinos. ¡Llamas despident!, ¡puro fuego son!

Crésida, la más joven de las esclavas, acerca al rostro de su ama el pulimentado espejo grande de plata, con ovalado marco de oro; Matidia contempla su cabeza, reflejada en el bruñido metal, y sonrío...

Apolodora, que por fin respira, procede á la confección de su peinado; es una operación que exige profundos conocimientos y destreza superior; el peinado constituye una verdadera balumba de ondas, rizos y espirales, que el viejo Juvenal acababa de comparar con casas de muchos pisos.

Una esclava, manejando con hábil mano las calientes tenacillas, riza el cabello, que cae en bucles sobre la frente y las sienas; otra derrama en la rubia mole preciosas esencias. Hay que sujetar ahora con un alfiler el grueso rodete que forman en la nuca las dos trenzas del pelo de detrás; Matidia posee muchos alfileres, pero se trata de adivinar su gusto. Látride, la esclava encargada de poner el alfiler, quiere lisonjear á su señora. No ignora los amores de Matidia y Quintilio, el joven y bizarro centurión ibero, y elige un alfiler cuya cabeza figura la de un toro; Matidia no dice palabra, pero vuelve á sonreír.

—Señora,—exclama de pronto una esclava que entra:—la portera anuncia que Filotea, la florista egipcia, desea darte los buenos días.

Matidia hace una señal de asentimiento; un momento después aparece Filotea, con dos niños etíopes, que inmóviles se detienen como dos estatuillas; ambos llevan sobre la cabeza sendas canastillas de flores; en una de ellas hay, artísticamente colocados, ramos de narcisos, de rosas, de lirios, de claveles, entretejidos con tallos de arrayán... Matidia mira con desprecio la cestilla que la presentado Filotea y ésta se apresura á mostrarle otra.

Ahora es diferente: las flores no son naturales, sino pura obra de hábiles orfebres y plateros. Brillan de placer los negros ojos de Matidia; entre los ramos hay una guirnalda de claveles de plata y oro, de la cual pende una cinta de púrpura en la que aparecen, bordadas en perlas, estas palabras: "Anímula mea, mea vita"... y Matidia sonríe de nuevo; es un presente del centurión Quintilio. Filotea se había prestado de buen grado á ser su portadora, persuadida de que nada había de perder en ello.

No puede Matidia disimular su alegría.

—¡Muy bien, muy bien, Filotea!... Anda y dile á Terencia que te dé doscientos sextercios...

Las esclavas se muestran tan contentas como su señora por no haber habido castigos... Llégale el turno á Tisbe, la manicura. Tisbe, que á pesar de su nombre no es griega sino siciliana, corta con unas tijerillas de oro las uñas de su señora, que sumida en sus amorosos pensamientos no repara en ello.

Ya ha terminado la operación.

De pronto recuerda Matidia las preciosas propiedades que, según le dijo Magog, el médico judío, poseen los pedazos recortados de las uñas; mezclado éstos con cera y pegados á la puerta de una casa, alejan los maleficios.

—¡Crésida, recoge esas cortaduras!—dice Matidia.

La pobre niña, no creyendo se necesitasen ya más sus servicios y fatigada por el largo espacio durante el cual había debido sostener el espejo de plata, cambiándolo de posición á cada momento, se había adormecido; despierta azorada, y en su precipitación deja caer la argentada plancha, que al chocar con el mármol del pavimento produce un verdadero estruendo.

Matidia enfurecida, se arroja sobre ella y le pega, arrebatada de cólera, quisiera clavarla sus uñas en el rostro; pero al reparar en que acaba de hacérselas cortar, da rienda suelta á su furor hincándole los dientes en los tiernos pechos hasta hacerle brotar sangre.

Apolodora, hermana de Crésida, deja escapar las lágrimas, con lo cual redobla la ira de la irritada matrona. Matidia coge de la bandeja en que había los alfileres, uno larguísimo y grueso, y lo clava repetidas veces en el desnudo seno de la pobre peinadora, que cae de rodillas implorando compasión.

Tenía que suceder... No pasaba día sin que sucediese; acostumbradas las damas,—como el pueblo todo,—á los sangrientos espectáculo que daban los gladiadores en el circo, y á ver desde su infancia los castigos impuestos por las más leves faltas á los esclavos, se sahogaban en sus desgraciadas siervas el mal humor que les ocasionara cualquier contrariedad amorosa ó simplemente sus crueles instintos, propios de aquella monstruosa organización social.

Y aún podían darse por venturosas las esclavas cuando su dueña se contentaba con arañarlas, morderlas ó pegarlas, lo temible era cuando llamaba al *lolario* para que las colgara de los cabellos y las azotara hasta que le plugiera á la matrona decir: *basta*.

II

Entran en el "capillare" dos esclavas adolescentes, cuya rubia y rizada cabellera indica su origen sicambro. Uno de ellos lleva un vaso de plata, con tapadera, dentro del cual se oye el ruido del hervor de un líquido; el otro sostiene en una mano una plato de oro, en el cual se ven ocho higos, y en la otra una bandeja con un frasco de vino de Chipre y dos copas.

Una esclava vierte el vino en una de las copas y por orden de Matidia añade una corta cantidad de agua hirviendo; consejo del sabio Asclepiades, el médico de Samos, que cuida de la conservación de la salud de la ilustre dama.

En esto, sin previo aviso, penetra en el tocador el insigne An-

drónico, filósofo de la casa; pertenece á la secta de los cínicos, y bien se adivina en su estafalario aspecto: ralo el pelo de la cabeza, aborrecidas barbas, capa raída, camisa de lana, que apenas le llega á las rodillas, dejando ver sus piernas, vellosas como las de un oso, y una suela de madera, atada con un cordel, en vez de sandalias ó borceguines.

—¿Qué se dice en el Foro?—pregunta Matidia.

—Háblase, señora, de que, antes de partir, Adriano ha dado orden á Décimo Junio Juvenal de que se traslade á Egipto y tome allí el mando de una cohorte. ¡Figúrate, señora, qué papel va á hacer ese ochentón mandando una cohorte!

Matidia prorrumpió en tales carcajadas que no parecía sino que la hubiese dado un acceso de locura, pues no acababa nunca. Por fin, pudo hablar, y exclamó:

—¿Qué feliz idea ha tenido el César! ¡No merecía otra cosa ese miserable satírico, que tan mal nos trata siempre!

—Sí... A no mandar quemar sus pésimos versos, los que vengar detrás de nosotros y se enteren de la sátira sexta, formarían bonita idea de las damas romanas...

—¿Pero á qué ha venido, tan tardío, el castigo de Juvenal? Antes hubieran debido cortarles la lengua.

—El César ha creído ver algunas alusiones contra él en una de las últimas sátiras, y aún puede dar gracias á su clemencia; en otros tiempos no hubiera salido tan bien librado...

—Cuenta, Andrónico, ¿qué más se dice?

—Se dice también que Largo Licinio, el poeta, tiene concluido ya su gran poema crítico "Ciceromáslix", en el cual pone de vuelta y media á Cicerón... Ya sabes, señora, que el César detesta á Cicerón, como detesta á Virgilio y á Salustio, y sobre todo á Homero...

—Sí; lo sé, y más valiera que Adriano, en vez de querer destruir las oraciones, historias y poemas de éstos que has dicho, hubiese mandado destruir las desvergonzadas sátiras de ese maldito Juvenal.

—Es muy cierto lo que dices, señora mía... Mil muertes mereciera ese grajo de Aquino...

—¿Y qué más?

—Pues que se ven en Roma muchas caras extranjeras; han venido multitud de personajes galos, iberos, dacios, egipcios, sármatas, á rendir gracias al César por haber mandado quemar las deudas de diez y seis años... Es la primera vez que ocurre semejante cosa, y esa gente no sabe cómo mostrar su reconocimiento...

—Serán muy repugnantes esos bárbaros...

—No lo creas; visten ricamente y se conducen con mucha dignidad; sin embargo, no pueden menos de asombrarse al contemplar las maravillas con que el divino Trajano y su actual augusto sucesor han embellecido á Roma... El Foro les parece un prodigio de belleza, y no les falta razón, pues es la maravilla de esta ciudad de las maravillas... Y luego la Mole, esa Mole que Adriano ha consruído con la idea de que le sirva de mausoleo, les deja verdaderamente anonadados.

—Ciertamente. ¿Cuándo pudieron imaginar nuestros antepasados que se levantarán tal puente y tal edificio, que humillan á cuanto nos dejaron?

—Yo me encontré ayer, un momento en que dejé á Clitemnestra bajo la vigilancia de Apolodora, me encontré, decía, con dos griegos, beocios ellos, que estaban criticando el carro en que remata la Mole, sosteniendo que era demasiado pequeño, dadas las dimensiones del mausoleo. Pues seguidme, que ya veréis ahora si es pequeño ó es grande el carro, les dije; v en efecto, les llevé arriba, pues soy amigo del centurión Quintilio que estaba de guardia.

—¡Quintilio!—interrumpió Matidia, sin poder reprimir una ligera exclamación de alegría.

—Sí; un guapo mozo, gaditano... Pues hice subir á mis beocios hasta la cúspide de la Mole, y cuando vieron que por las cuencas de los ojos de los caballos podía pasar un hombre, quedaron asombrados...

—Beocios al fin!—repuso Matidia.—Bueno; márchate ya, Andrónico, y cuida bien á Clitemnestra...

—Le daré muchos besos de tu parte, señora.

III

Las esclavas visten á Matidia una camisa de tela de algodón, con mangas cortas, sostienen su seno con una faja y la ponen una túnica de lana blanca.

Es la hora en que hay que sacrificar á los dioses. La religión tradicional no era ya, en aquella época, sombra de lo que había oído y en el fondo reinaba el mayor excepticismo, ó, cuando no, convertíase á los dioses extranjeros la devoción de los que hasta entonces había adorado Roma. El vencido Oriente se vengaba imponiendo á la vencedora sus vicios, sus costumbres y su religión: así es como las damas romanas acudían, aunque secretamente, á las bacanales y á los misterios de Isis, donde se encontraban con sus amantes, desaparecidas ya por completo las pretéritas virtudes del hogar.

Ya ahora los dioses estaban representados en estatua, á la moda griega, siendo así que en los antiguos tiempos no existía en

Roma ningún ídolo; Júpiter, por ejemplo, había sido representado por un pedrusco, Marte por una espada.

Matidia no quería molestarle asistiendo á los magníficos templos elevados en su honor y se contentaba con rendirles culto en su propia casa, donde Lucio Manlio había mandado construir un oratorio. Cuando el romano se dirigía á sus dioses, no era para alabarles en balde, sino para pedirle lo que necesitaba.

Matidia no tenía nada que pedirle á Júpiter, ni á Juno, ni á Mercurio, ni á Minerva, ni á Vulcano ni á, Apolo y por lo mismo se detuvo ante la estatua de Venus. Cubierta la cabeza con un velo, comenzó así:

—Venus, Anfítrete, Astarté... ó cualquiera que sea tu nombre preferido; Venus, bella como ninguna otra diosa, blanca como la espuma del mar, de la que naciste, acepta bondadosa este dón.

Y Matidia colocó sobre el pedestal de la estatua dos blancas palomas, que luego debían ser entregadas á las sacerdotisas del templo.

—Son palomas criadas en nuestra quinta de Túsculo de pura raza española. Puedes creer, ¡oh hermosa Venus! ó cual sea el nombre que prefieras, que no hay palomas más blancas, ni más dóciles... Yo te suplico, ¡bella diosa!, que protejas mis amores; que Quintilio no ame á otra; que me ame siempre, que cada día vaya creciendo su amor... Tú, que tanto me amaste, no querrás cerrar tus oídos á mi súplica.

La oración fué siguiendo, interminable, llena de repeticiones, pero por fin acabó, y Matidia, cumplido aquel deber, volvió á su tocador.

Era ya entonces cerca de mediodía.

Una esclava anunció que había llegado la hora de comer. Hallándose fuera el dueño de la casa, no había convidados.

Matidia se dirigió al comedor. Era una vasta habitación circular, rodeada de columnas de jaspe y con las paredes cubiertas de frescos representando grotescas escenas de la vida de Baco y asuntos campestres, como la siega, la vendimia, la recolección de frutas.

En el centro había una preciosa mesa de boj y marfil, cuadrada, en cuyo tablero de mosaico menudísimo se veía representado el nacimiento de Venus. Alrededor de la mesa había arimados tres lechos de púrpura, uno á cada lado, quedando libre el cuarto. Las esclavas sirvieron á Matidia huevos frescos, legumbres, pescado, aves, frutas, vinos de España y de Chipre.

Terminada la comida, volvióse Matidia á su dormitorio y durmió por espacio de una hora, ordenando entonces la vistieran y adornaran para concurrir á la revista militar que debían pasar las tropas, al mando del prefecto del Pretorio, en honor á Farasmnes, rey de Iberia del Asia, que se hallaba en Roma hacia algún tiempo.

Arsinoe, la guardarropa, acudió.

—¿Qué túnica quieres ponerte?—le pregunta.

—¿Qué me aconsejas tú?—responde Matidia.

—Cualquiera que te pongas, será la mejor,—replica la esclava egipcia,—pero vas á presenciar una revista en la que el gallardo Quintilio desfilará ante tu presencia, y como te ha enviado esta mañana la guirnalda con cinta bordada en perlas, yo creo que

podrías ponerte la que lleva también perlas; pero, perdóname que me permita aconsejarte, cuando no hay dama romana que pueda compararse contigo en exquisito gusto.

—Sí, tienes razón, Arsinoe... Tráeme la túnica de perlas.

Arsinoe desapareció para ir en busca del traje, guardado en las habitaciones del piso bajo, y cruzó por las vastas estancias en las que se veían multitud de esclavos de ambos sexos.

Como en todas las casas de los magnates romanos, era grande el número de aquellos desgraciados, sin contar los que Lucio Manlio tenía en sus quintas ó villas. Allí estaban los esclavos destinados

al mobiliario, á la vajilla, á los objetos de arte, al guardarropa, á los baños; estaban los lacayos y camareras, los cocineros, el mayordomo y sus ayudantes, los esclavos de la escolta, los portantes de litera, los cocheros, los palafreneros, los secretarios, los copistas, los médicos, los preceptores, los músicos, los actores y, por fin, los artesanos, cuyos productos vendía luego el dueño, sin contar los otros que el amo alquilaba como albañiles, marineros y aún arquitectos.

Así atravesó Arsinoe por la cuadra en que trabajaban las hilanderas y tejedoras; por otra en que las costureras cosían los trajes para la familia; por otra en la que estaban entregadas á las labores del bordado, hasta que por fin llegó al guardarropa.

Arsinoe vuelve con la túnica de perlas y las esclavas rodean á su ama para vestirla.

Despojada Matidia de su túnica de lana blanca, revistenla las esclavas con la que ha traído la egipcia: es una túnica de lana y algodón, tejida en Mileteo. Las mangas cubren tan sólo la parte superior del brazo y están abiertas, por delante, hasta las muñecas, donde las esclavas las sujetan con broches de oro, en figura de escarabajos; toda la túnica está recamada de perlas, que realzan aún más la blancura del tejido. Las esclavas ciñen el talle de Matidia con una estrecha faja de púrpura, siendo de igual color la franja que ribetea la orla.

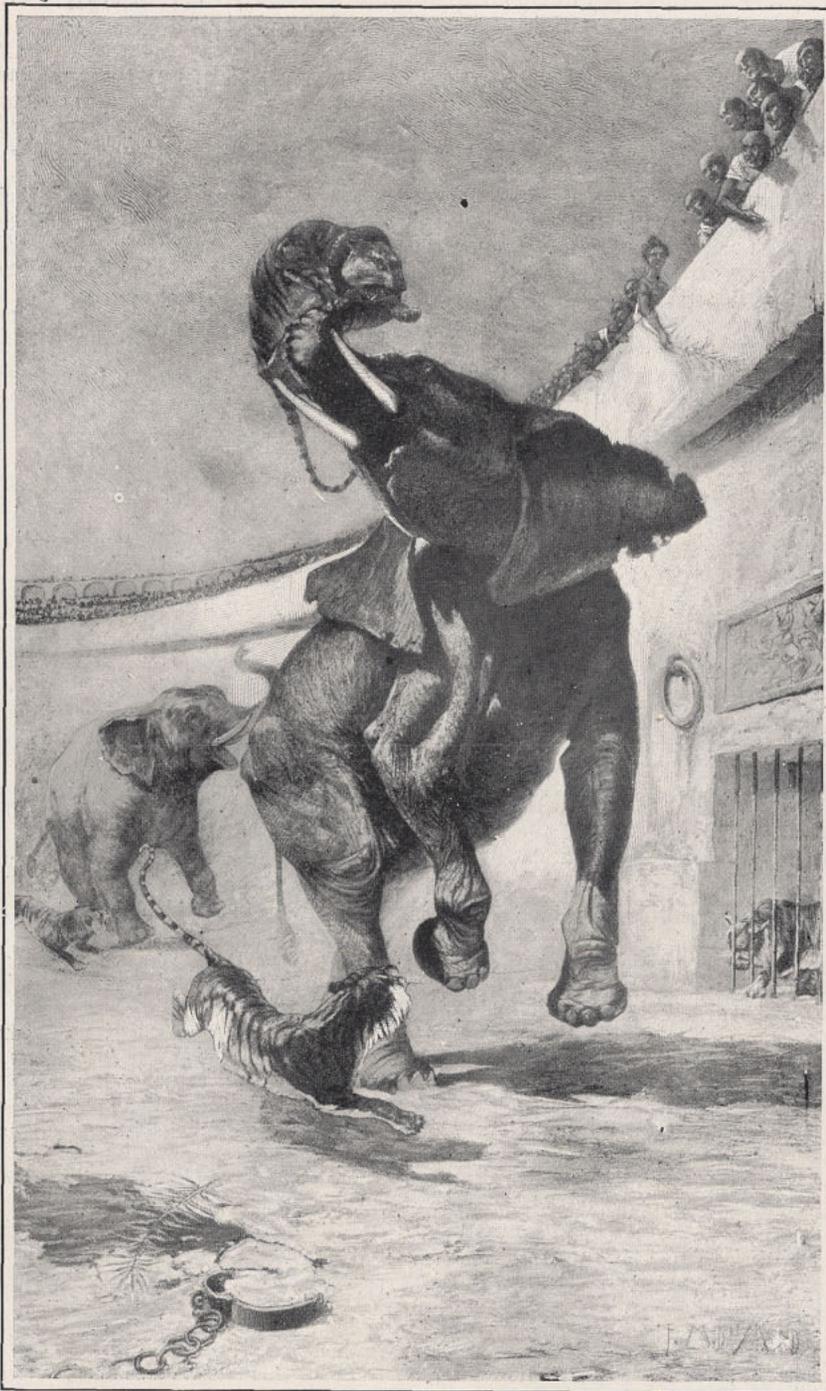
Arsinoe presenta luego á su ama el cofrecito de las joyas y saca un collar de triple hilera de perlas, que, según doctas opiniones, era el mismo que usara Roxana, la esposa

de Alejandro Magno, pues nada valían ya las joyas, por valiosas que fueran, si no se demostraba que habían pertenecido á ilustres figuras de la historia.

Siguen al collar de perlas los magníficos zarcillos de esmeraldas, que coloca Linaria, la "auriculæ ornatrix", diestra en no lastimar las delicadas orejas de su ama; brazaletes, pulseras, sortijas, y sobre la cabeza la guirnalda de perlas de Quintilio.

Por fin queda vestida Matidia; deslumbra el lujo de su traje, al mismo tiempo que embriaga el perfume que de ella emana. Sólo falta ponerla el manto de lo cual se encarga Arsinoe, la única esclava á quien demuestra cierto ligero afecto de matrona, pues sabe cuánto la debe en la reputación que se ha creado de ser ella la más elegante dama de Roma, aún contando á la propia Julia Sabina, la emperatriz, tan alegre cuando Adriano está ausente cuando afligida y melancólica cuando el César permanece en Tívoli ó en su palacio del Quirinal.

Ya está el manto, obra maestra de pleguería, sin broche ni alfiler



LAS LUCHAS DEL CIRCO

alguno que deba sujetarlo; el toque está precisamente en eso. El manto debe pasar por debajo del sobaco izquierdo, dejar descubierto el brazo y la espalda y descender luego en armoniosos pliegues hasta el suelo; moda griega, en la cual debían demostrar las romanas que podían competir con las atenienses y corintias, y aún superarlas.

Arsinoe, siempre diligente, corre á avisar á los forzudos númeradas, vestidos de lana verde, que traigan la silla de manos; la pobre Crésida, en cuyo pecho se notan aún las violáceas señales de los mordiscos de su ama, la presenta el espejo. Matidia sonríe y se sienta en la silla. Dos esclavos negros preceden á ésta; otros dos la resguardan de los rayos del sol con las largas pértigas en cuyo extremo se despliegan las plumas de la cola de un pavo real. Los dos negros, al ponerse en marcha los númeradas, gritan:

—¡Paso! ¡Paso!

IV

Matidia contaba treinta años y había casado á los quince con Lucio Manlio. Era de noble cuna, allegada á la familia de la emperatriz, de estirpe gaditana. Nadie podía poner en duda su espléndida belleza, verdaderamente majestuosa, aunque las facciones fuesen un tanto duras.

Su marido era riquísimo, pero su nobleza era casi reciente; su abuelo había sido nada más que caballero, pero adquirió una fortuna enorme en el comercio de esclavos; su padre fué el primer noble llamado por Trajano á ejercer el cargo de pretor de la Cirenaica.

Matidia era verdaderamente cruel. Un día, por haber acudido tarde uno de los portantes de la litera, encendida en cólera exclamó, dirigiéndose al lorario ó cómitre de los esclavos:

—¡Crucifícale!

Pasaba un hombre por la calle, y al oír aquella orden, exclamó:

—¿Por qué crimen ha merecido ese esclavo que le crucifiquen?

—¡Imbécil! ¿Acaso un esclavo es un hombre? ¿Qué importa que no haya hecho nada? Así lo quiero y así lo mando.

—Recordaré tus palabras,—respondió el desconocido. Y las recordó, en efecto. Juvenal las reprodujo en una de sus sátiras, y, desde él, el "Sic volo, sic jubeo", ha llegado hasta nosotros.

Con la conquista de Oriente, con las grandes riquezas concentradas en Roma había cambiado por completo la antigua manera de ser. No había allí tradiciones de buen gusto, y en vez de la elegancia, sólo sabían hacer alardes de fausto. Jamás habían sido artistas los romanos; Adriano fué quien, á la verdad, hizo por que lo fueran, pero era aquel un arte puramente de imitación, ecléctico y sinérgico al par.

Matidia tenía dos hijos y una hija, pero apenas los veía, confiados á los preceptores griegos que albergaba en su casa; aquellos pedagogos les enseñaban poesía, retórica, música y danza, cosa que hubiera indignado á los rudos romanos del tiempo de la república si hubiesen podido volver al mundo.

Eran aquellos otros tiempos que los de Cantón y los Escipiones, pero en nada había variado tanto la condición social como en la mujer. Las mujeres, como hemos dicho, no vacilaban en asistir á clandestinas bacanales y á los misterios de Isis; verdad es que lo pagaron caro, pues años después fueron ajusticiadas siete mil personas, hombres y mujeres, acusados de haber tomado parte en aquellos vergonzosos ritos.

El lujo de las mujeres había adquirido tales proporciones, que el Senado dictó una porción de leyes suntuarias; pero todo fué inútil, y hubo que permitir á las mujeres lo mismo que se consentía á los hombres. No paró en eso el cambio; no solamente

se dieron las damas romanas al lujo deslumbrador, sino que, olvidando la rúea y el cuidado del hogar, salían de casa á todas horas, frecuentaban las termas, el circo, el anfiteatro, y si por acaso no iban mucho al teatro, era por no ser este espectáculo del gusto de sus maridos, hartos rudos, á pesar de sus riquezas, para encontrar ningún placer en las tragedias y comedias. No es de extrañar que, siendo las damas romanas muy ignorantes y entregadas ahora á la ociosidad, fuesen fácil presa de la corrupción.

La condición de la mujer casada no pudo ser más cómoda para que pudiese lanzarse con entera libertad á sus caprichos, y así como antes se concedía al marido el derecho de repudiar á su esposa, se otorgó á la esposa el derecho de abandonar el marido, con lo cual no había cosa más fácil para la disolución del matrimonio. Marido y mujer podían volverse á casar, después de la ruptura del enlace.

V

La silla de mano adelantaba trabajosamente por entre un dédalo de callejuelas henchidas de gentío. La gran Roma no era toda ella monumental; si abundaban los magníficos palacios, los soberbios templos, las termas espléndidas, los arcos de triunfo, la plebe vivía en sórdidas casuchas de cinco ó seis pisos, en calles estrechas y sombrías.

Por fin, después de atravesar plazas y calles, llegaron los portantes á la Vía Apia, donde debía efectuarse la revista. Los númeradas dejaron la silla en el suelo y Matidia se subió á ella para presenciar mejor el desfile de las dos legiones que debían rendir los honores al rey de Iberia de Asia.

Era un espectáculo admirable el de aquellas cohortes, el de aquellos escuadrones que, á la resplandeciente luz de una tarde de Junio, desfilaron ante la tribuna donde se hallaba el rey asiático.

De pronto Matidia levantó la mano y saludó á un centurión... Era Quintilio, que la miraba con ojos en que se desbordaba la pasión.

Eran las cuatro de la tarde, la hora de la *cena*. Matidia llegaba á su casa y comía con Arsinoe, á la que refería con entusiasmo el brillante espectáculo de la revista militar.

—Señora, será como dices,—respondía la esclava,—pero á buen seguro que no tenía comparación, el espectáculo del desfile con el de tu belleza.

Matidia no creyó exagerada la hiperbólica alabanza, antes bien sonrió graciosamente.

Ya descendían sobre Roma las sombras de la noche.

Por una puerta de la casa de Lucio Manlio, que daba á una callejuela, salían dos mujeres con traje de libertas: túnica obscura, descubierta la cabeza, y se internaban por los barrios vecinos, desiertos á la sazón.

Era profunda la obscuridad, sin que nada iluminara la calle; sólo estaban abiertas las tabernas, de las que salía un asfixiante olor á aceite frito.

De vez en cuando tropezábanse las dos mujeres con algún borracho ó con grupos de trasnochadores, jóvenes de la nobleza ó envilecidos gladiadores, que cantaban á grito pelado coplas capaces de ruborizar á una estatua, apedreaban las puertas, haciendo ladrar á los canes, ó alborotaban delante de las viviendas de famosas cortesanas.

Las dos mujeres, como acostumbradas á tales encuentros, proseguían su camino, contestando con donaire á las interpelaciones de los nocturnos viandantes y aceptando con risas las libertades que con ellas se tomaban.

CARLOS MENDOZA

Una Actriz como hay pocas

SABEIS quién es Mlle. Juliette Clarens?... En París no se habla sino de ella. En los salones y en los cafés, en las tertulias humildes y en los grupos callejeros, todo es ella, todo por ella. Hé aquí una revista ilustrada: retratos de Mlle. Clarens... Hé aquí otra: más retratos, retratos infantiles, retratos adolescentes, retratos actuales... ¡Y los diarios!...

No hay uno solo que no la consagre artículos, interviews y ecos, cada tres mañanas. Su gloria es más grande que la de madame Steinheil. Su popularidad es mayor que la de monsieur Deibler... Y, sin embargo, mademoiselle Clarens no ha matado á nadie... Ni siquiera una envenenadora es... No es sino una actriz...

¿Me preguntáis si es muy linda, muy linda, si es una de esas mujeres que como la Recamier, merecen que el pueblo de Londres arrastre su carroza por las calles llenas de flores? Aún á riesgo de parecer poco galante, me apresuro á contestaros que es muy bonita, pero no muy linda; que es una deliciosa parisiense, pero no una reina de belleza. Aquí tengo una colección de fotograffas suyas, que me autorizan á ser categórico. A la

edad de cuatro años, disfrazada de Colombina, parece una muñeca de Nuremberg. Un año después su cuerpo ha crecido. Sus ojos también. Oscuros y fijos, esos ojos tienen la gracia infantil. A la edad de diez años, una sonrisa florece en los labios. Damos un salto de un lustro. La niña es ya una demoiselle que tiene la edad de la otra Julieta, la de Verona. ¡Ay! ¡entre ambas, sólo el nombre y la adolescencia son análogos! Por lo demás la señorita Clarens parece, mejor que una chiquilla predestinada á los triunfos, una pensionista aplicada y viva, con más ideas de salir bien en el examen, que de hacer subir por una escala de seda hasta su balcón á un mancebo vestido de terciopelo... Nada de romántico; nada de sentimental en ese rostro. "Si algún día los hombres se fijan en tí—pudiera decirle una gitana—será por tus trajes, y por tus ojos." Los ojos, en efecto, los terribles ojos, siguen siendo infantiles, mientras las trenzas crecen, crecen, llegan hasta la cintura... Después de los retratos de quince años, aparecen los de hoy, los que no tienen edad fija, los que lo mismo indican veinte, que veinticinco abriles, los

retratos de la mujer en el momento supremo de su juventud. Estos son infinitos. Los hay que la representan recostada en un diván, entre almohadones de encaje, en una estancia severa y suntuosa... Los hay en los cuales aparece sentada ante una mesa de trabajo cubierta de papeles y cargada de libros... Los hay en los que la vemos jugar con un perro, con un delicioso **Lulú** de Pomerania, luciente y menudo cual una pelota de terciopelo... Los hay en los que, vestida con sencillez se pasea bajo las enramadas del bosque de Bolonia á la hora del **persil** mundano... Los hay, en fin, suntuosos, llenos de plumas, llenos de cintas, llenos de frufú de faldas y de ondulaciones de corpiños... Y en todos hay elegancia, la elegancia natural de París; y en todos hay distinción; pero en ninguno encontramos á la moderna **Recamier** seductora de masas, conquistadora de pueblos, avasalladora de almas.

—Entonces—exclamáis,—seguramente se trata de una mujer de gran talento, de gran genio, de la creadora de alguna obra maravillosa. ¿Es una gran trágica, digna de rivalizar con Sarah Bernhardt?... Una dolorosa comediante como la divina Duse?...

—¡No!—os contestan los periódicos. No es más que una actriz inteligente, que desempeña, en un teatro de segundo orden, papeles de primera categoría...

Eso es, en efecto, mademoiselle Juliette Clarens. Pero para explicaros el inmenso ruido que su debut hace, no tenemos más que agregar una cosa, á saber: que bajo su nombre en apariencia bulevardero, se esconde uno de los apellidos más respetados y más conocidos de la alta sociedad parisiense.

Porque, aunque parece mentira, el escándalo viene de que una **jeune fille du monde** se haga actriz. Y si no se trata sino de un escándalo de aristocráticos salones y de sacristías mundanas, nada tendría el caso de raro. Las gentes rancias que siguen teniendo venerables prejuicios de casta, están en su derecho cuando ven con espanto que una niña de **leur monde**, entra en la sociedad de esas mujeres brillantes y sonrientes que en tiempo del Gran Rey se llamaban **filles de spectacle**. Pero lo cierto es que no sólo el faubourg Saint Germain comenta con animación la aventura actual. El pueblo mismo, el buen pueblo que se ríe de los títulos nobiliarios y que proclama la igualdad de clases, dice sinceramente:

—¡Parece mentira!

¿Sabéis por qué? Porque para el país entero de Francia, la gente de teatro sigue constituyendo una bohemia galante, en la que toda virtud es mito y cualquier vicio, natural. En vano los ejemplos de buenas madres de familia que son actrices, y de honrados esposos que son actores, abundan en la realidad cada día más. La gente no quiere parar en ello mientes. La señorita honesta que va al teatro, como iría á una oficina ó á un taller de modista, con el único objeto de ganar su pan cotidiano; la buena dama que se casa con un galán joven y para no separarse de él, abraza la carrera dramática, como se haría costurera; la dama bien nacida que, por vocación irresistible, sube á las tablas sin pensar siquiera que hubo una época en que hacer tal cosa era pecado, pasan sin ser vistas por el mundo. La gente no se fija en sus maneras correctas, en sus vidas intachables, en sus virtudes sociales. Pero en cambio apenas se ve una carroza, en la cual una boca pintada ríe sin recato y unos ojos ojerosos brillan con resplandores voluptuosos, ya el mundo entero sabe que se trata de una actriz, de la Actriz. No hay más que leer una novela de costumbres teatrales para descubrir la idea que los franceses tienen de las damas jóvenes y de sus aventuras, y de sus galanterías, y de sus esplendores y de sus miserias...

Así cuando una señorita bien nacida se decide á consagrarse al teatro, lo primero que todos piensan es que ha caído en un infierno donde su inocencia corre un peligro inminente.

—¡Se va á perder!—grita la voz del pueblo.

Todos los demás peligros que una demoiselle puede correr, no tienen importancia. Hasta escribir libros inmorales se le permite, con tal que no se haga actriz.

Yo conozco á una linda señorita de la más noble familia parisiense, nieta de un héroe nacional, heredera de uno de los grandes nombres de Europa, la cual publicó, poco hace, un tomo de máximas y de pensamientos extraordinarios. Hé aquí, traducidos, algunos de esos pensamientos, que ofrezco á vuestra curiosidad:

“Una mujer prefiere parecer mala á parecer mal vestida”.

“Sed celoso, y vuestra mujer os encontrará insoportable. y tal vez para haceros pagar vuestras suposiciones, os engañará. No seáis celoso y os engañará para enseñaros á serlo”.

“Los escrúpulos, la clarividencia y la ironía; hé ahí á nuestros propios enemigos”.

—¡Oh, alma mía, ese lunar que tienes en el hombro!—No... es un grano”.

“Las mujeres dicen: hábleme usted de sus asuntos, ¿cómo encuentra usted mi traje?”

“Las niñas hablan. Una dice: á los veinticinco años, si no estoy casada, me meto en un convento. Otra: yo me hago cocota.

Otra: yo me consagro á las letras. ¡Y luego se dice que todas las mujeres son iguales!”

“Un sinónimo del verbo amar: oprimir”.

“Puesto que te aburres, ¿por qué no engañas á tu marido?—Porque ni siquiera lo notaría”.

Pues bien: cuando estas máximas se publicaron, nadie pareció escandalizarse. “Que las niñas digan ó escriban las más escabrosas frases—piensa le gente—no tiene importancia ninguna”. Y agrega: “¡Pero que se haga actriz!”... ¡Que aparezcan vestidas de reinas ó de mendigas en un tablado!... ¡Que pasen tres, cuatro, cinco horas diarias en la penumbra de los bastidores! ¡Eso no!...”

Esto es tan cierto, que una revista parisiense de las más populares, ha creído indispensable someter el caso inaudito de Juliette Clarens á un referéndum universal y proponer á todos sus lectores las dos preguntas siguientes:

1.a “Y a-t-il, pour la jeune fille du monde, un avenir possible et normal dans la carrière dramatique?”

2.a “Quel est, selon vous, l'ensemble des circonstances susceptibles d'éveiller, dans le coeur d'une jeune fille, l'ambition et le courage nécessaires á une si périlleuse entreprise?”

Ya lo véis: para lanzarse, siendo una señorita de buena familia, á la “peligrosa empresa del teatro, hay necesidad de ambición y valor”... pero aún teniendo ese valor y esa ambición, no se sabe si en la carrera dramática hay, para quien no sea hija de un comparsa de comedia ó de una dueña de melodrama, un “porvenir posible y normal”.

Interrogada sobre los términos de este referéndum, mademoiselle Clarens ha respondido:

—Yo no tengo una opinión fija... Yo soy una mujer aparte... Yo he nacido actriz...

Sin tener el honor de conocer la vida de la noble niña, creo, por esta última frase, adivinar su pasado. En el convento, de seguro, sus maestras la encontraban llena de inteligencia y de elegancia, por lo cual la escogieron entre todas las mocitas de su clase para desempeñar, en las fiestas de fin de año, los papeles principales de las indispensables comedias. Así, no sabiendo aún lo que es la coquetería, fué una gran coqueta y se puso trajes molierescos para contestar á una amiguita vestida de marqués, alguna aristocrática impertinencia. Luego, ya **jeune fille**, en su palacio de la rue l'Université ó del boulevard Saint Germain, fueron sus padres los que cultivaron en su alma el instinto vanidoso del triunfo teatral. Para ella, un carpintero hizo un escenario en el salón principal... para ella, se encomendó un telón al pintor de la familia... para ella, se le pidió al ilustre pariente académico, una comedia en dos actos... para ella, en fin, la costurera recibió el encargo de buscar modelos de trajes dignos de ser admirados por toda la aristocracia... Y, como es natural, el estreno fué un éxito... Y, como es lógico, mademoiselle empezó á soñar que su gloria futura estaba en el teatro...

En otras familias más modestas, el amor del teatro se revela de un modo idéntico. Es lo que se llama la vocación.

—¡Mi hija no piensa sino en recitar papeles!—dicen, en las novelas de Ludovic Halevy, las viudas de los comandantes y las esposas de las horteras.

De las recitaciones en familia, casi todas pasan á las exhibiciones en público, al **infierno de las tablas**...

Pero cuando no se trata de una niña del Faubourg, ó de los Campos Elíseos, cuando no es una hija de banquero ó una nieta de duque, la que trepa al escenario, ningún periódico publica su retrato, ningún salón se escandaliza. La gente, que sin darse cuenta de ello, conserva por los cómicos un desdén de otras épocas, no exterioriza ese desdén sino para demostrar á la nobleza una veneración de antiguo régimen... ¿Cómo, pues, ha de ver sin espanto que ambas castas fraternicen? Sobre todo ¿cómo ha de verlo con calma cuando ni siquiera existe para ello un motivo pasional?...

—Hay señoritas bien nacidas—dice mademoiselle Clarens—que se han casado con actores célebres y han acabado por ser actrices. Ahí está Simone Le Bargy...

Cierto... cierto... Pero en casos como esos, París, siempre benévolo para con las que pecan por amor, sonrío complaciente pensando que, al fin y al cabo, al único á quien le toca velar por la virtud de la nueva actriz es á su marido. Mas con las solteras no pasa lo mismo. El honor de las solteras ríese que está al cuidado de todo el mundo. La gente, cuando cae en el fuego de los bastidores una flor liliál, tiembla y se agita.

—¡Permitame usted que me ría!—ha dicho Juliette á alguien que le hablaba de eso.

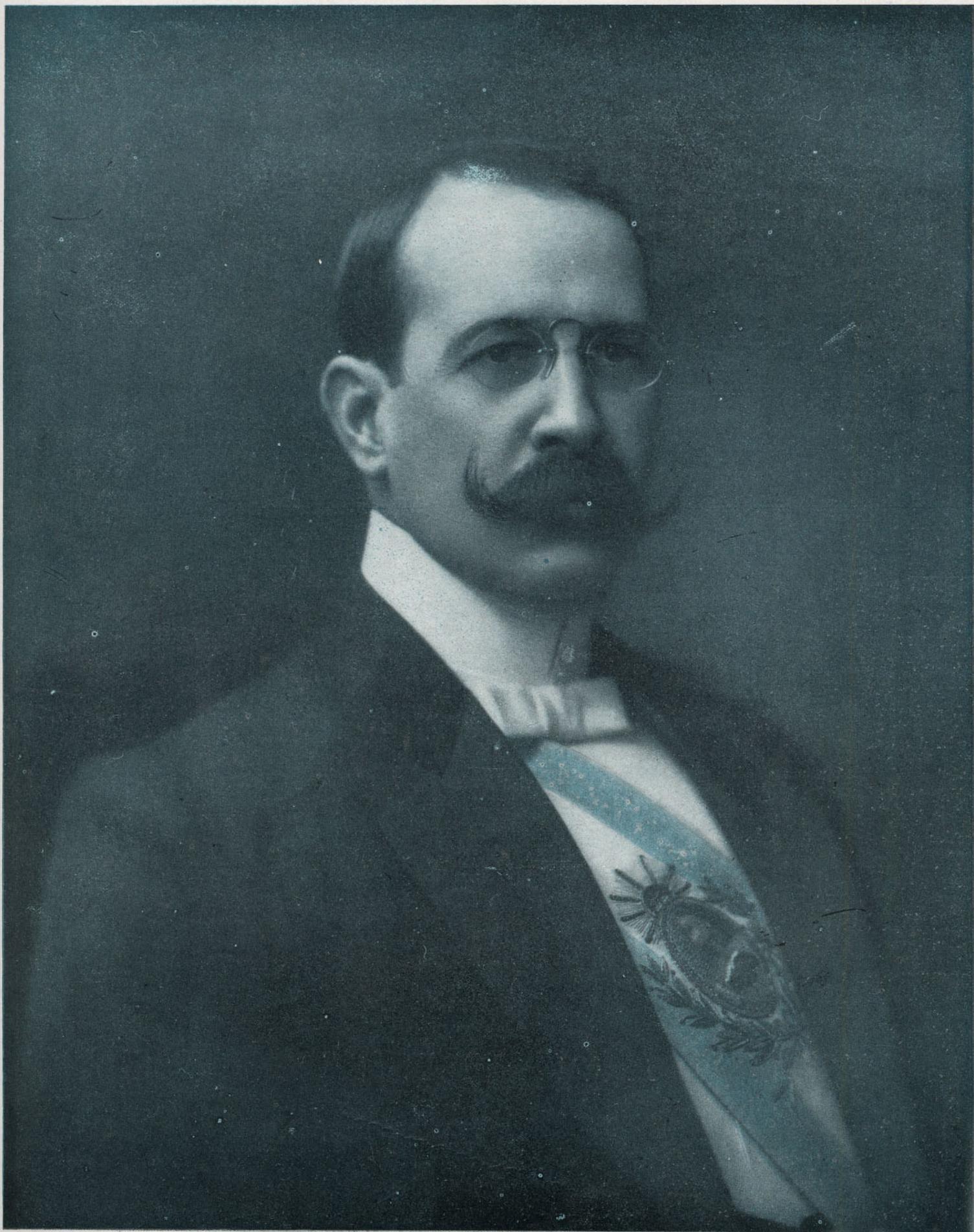
Y luego agregó:

—Más peligro corre la juventud en una playa que en un teatro... Aquí no se piensa sino en trabajar, mientras en los casinos se piensa en divertirse...

Es verdad.

Sólo que esto la buena burguesía no lo cree... no puede creerlo... no quiere creerlo...





Excmo. señor don José A. Figueroa Alcorta

Presidente de la República Argentina



ULISES Y LAS SIRENAS

brillantes estudios artísticos en Italia y en París, se presentó en los salones de la gran capital y obtuvo una recompensa, la primera vez que exhibió un cuadro; después se incorporó en la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde consiguió el título de "associé", que representa la distinción más importante que haya obtenido pintor chileno alguno en Francia; después de varios años de permanencia en Francia, el señor Errázuriz se fué á establecer en Inglaterra, donde goza, en los medios artísticos más refinados, de la más seria consideración como persona cultísima y como pintor. Don Alberto Orrego Luco siguió también, en Italia, su carrera artística admirablemente empezada aquí. Los dos son, pues, pintores chilenos de primer orden y que hacen honor á Chile; pero que no ejercen ninguna influencia directa, desgraciadamente en el campo artístico de Santiago.

El caso de estos dos notables artistas no es aislado, por lo demás, y otros más ó menos recientemente han seguido su ejemplo: don Juan Harris, cuyos cuadros, ó al menos algunos de ellos, han adquirido cierta popularidad en Europa; don Marcial Plaza Ferrand, cuya exposición, el mes pasado, en los salones de "El Mercurio" reveló los progresos constantes, parecen haberse radicado si no definitivamente, al menos por mucho tiempo en Europa, y los señores Reszka y Manuel Thomson también siguen su carrera en París.

Todos estos artistas, admirablemente dotados, aprovecharon para ellos mismos, para el arte en general y para el buen renombre intelectual de Chile la estadía en Europa; pero no volvieron, no vuelven para ingertar en Chile un poco de la fresca y vigorosa savia que han adquirido ahí; no es raro, pues, que durante algunos años, se haya producido como una especie de estagnación en la evolución artística chilena; los mejores elementos iban á buscar ideales nuevos ó fórmulas nuevas... y no volvían! Temperamentos y fórmulas se quedaban allá. Mientras tanto, aquí se producían, sin embargo, manifestaciones muy interesantes, como tentativas para sa-

ducir los viejos yugos, para romper los antiguos moldes; don J. F. González no ha podido tener la misma influencia que don Pedro Lira, porque no tenía la misma autoridad y porque, si sus intenciones y aspiraciones hacia la luz y el ensanchamiento de la visión eran excelentes, sus modos de expresión, su método, su *manera*, en una palabra, eran demasiado someros y vacilantes; pero con todo es muy natural, y ha sido muy benéfico que sus ideas y tentativas hayan entusiasmado á muchos jóvenes y hayan dado una nota muy vibrante y despertadora en un medio que se estaba adormeciendo en un ambiente algo monótono y frío; su papel en el desarrollo artístico de Chile habría sido, pues, muy importante, y aprovecho con mucho gusto esta ocasión de manifestar que si, en cierta ocasión juzgué con alguna seriedad una de sus exposiciones, era á un punto de vista puramente doctrinario y porque consideraba prudente avisar á una juventud, fácil á impresionar y poco preparada para tomar la justa medida, de los peligros de una escuela cuyo ideal definitivo parece ser las notas sueltas, los apuntes rápidos y las impresiones fugitivas... pero sin pensar en rasgar el encanto de ciertas de estas impresiones y las preciosas cualidades del autor...

Pero al fin, algunos de los jóvenes que habían dado mayores esperanzas en sus estudios, consiguieron también la anhelada pensión—otros se fueron más valientemente con sus propios recursos y... esos volvieron! Y á pesar del tiempo muy corto, demasiado corto que habían pasado en París, nos dieron la grata sorpresa y el gran placer de mostrarnos los progresos asombrosos que habían hecho en pocos meses, no solamente en la técnica del arte, pero también y sobre todo en la definición de un estilo que supieron elegir y que correspondía admirablemente á la idiosincrasia de cada uno de ellos; esta vez, era una verdadera evolución y de las que pueden hacer época en la historia de una escuela artística. Estos distinguidos jóvenes artistas son los señores Alegría, Valdés, Undurraga y Espinosa, cuyos cuadros en los dos últimos salones



Cuadro de Rafael Correa



Cuadro de Valenzuela Llanos

dieron notas verdaderamente nuevas, muy modernas, distintas unas de otras y que tenían el gran mérito de reflejar muy la naturaleza de los autores y de adaptarse á sus temperamentos. Ya todos ellos, pero principalmente el primero, don Félix Alegría, han encontrado su camino: poco faltaba para que el retrato que presentó en el salón pasado el señor Alegría fuera una obra de primer orden. El Gobierno le concedió hace poco la pensión que le permitió ir á reanudar sus estudios en París: no dudo de que con sus admirables cualidades, pueda llegar á la mayor altura en su arte. Tengo también la mejor fe en el porvenir de los compañeros que nombré con él.

Pero, otros jóvenes pintores, sin salir de aquí, supieron encontrar también su camino y su fórmula personal y á su cabeza hay que poner el señor Benito Rebolledo Correa, este artista que se ha formado por sí solo, ha revelado en sus últimas obras un temperamento tan vigoroso y tan sano, una visión tan clara y un sentimiento tan intenso de la luz, de la atmósfera y de la vida que en él también hay indudablemente, como decimos en francés, "*Vétouffe d'un grand peintre*", á su lado, los señores Burchard, que presentó el año pasado un paisaje muy notable, Zúñiga, Lucares, Manuel Núñez, cuyos retratos y cuadros de costumbre, son cada vez más interesantes; Gordon, Caracci y Vergara completan la nueva generación que se levanta ahora y que afirma la vitalidad y la robustez de la escuela artística chilena.

III

Hablaba, antes, de los pintores de primera fila que se quedaron en Europa; me toca ahora hablar de los de la misma categoría que felizmente para el progreso intelectual de Chile regresaron á la patria después de haber bebido en las fuentes del culto mundial y cuyos principios artísticos adquiridos en el Viejo Mundo eran

tan sólidos que ellos siguieron, á pesar de su alejamiento de los centros del arte, progresando de la manera más magnífica: estos pintores fueron después de don Onofre Jarpa, el delicado paisajista, que fué el objeto de un estudio, en estas mismas columnas, los señores Valenzuela Llanos, Rafael Correa y Alfredo Helsby. El primero de los nombrados, el señor Valenzuela, es á impregnado del espíritu y del estilo de la escuela francesa de paisaje; sus obras tienen todas las cualidades de esta escuela, composición firme y sabia, dibujo muy bien establecido, colorido discreto y distinguido, y ejecución vigorosa y pastosa; el señor Valenzuela es un paisajista completo, que posee á fondo toda la ciencia y todos los recursos de su arte. En cuanto á don Rafael Correa, él me ha dado una de las mayores sorpresas y alegrías artísticas que haya experimentado, desde que llegué á Chile. La palabra sorpresa puede parecer algo extraña, tratándose de un artista, cuyos progresos, desde algunos años, son tan constantes y denotan una fuerza de voluntad y un amor al arte, que siempre, cuando son el complemento de dotes naturales, deben dar los más espléndidos frutos; pero, entre las últimas obras del señor Correa, y el cuadro de los "Arrieros", que acaba de triunfar en Buenos Aires, hay una distancia tal que verdaderamente causa sorpresa que haya podido ser salvada de una sola vez. Desde sus primeros cuadros de paisajes con animales, siempre agradables, pero que se resentían demasiado de la influencia de ciertos maestros franceses y que, además, eran un poco tímidos en el colorido, hasta los de hoy, se ha podido, año por año, notar la evolución del pintor, la afirmación de su personalidad y la conquista de un *estilo*, que parece completo en el último gran cuadro.

No solamente esta tela consagra al señor Correa como uno de los artistas de primera fila de América, pero también demuestra cuán falsa es la creencia de que los temperamentos se debilitan



LA CHARCA

JUNTO al pantano de aguas verdosas y corrompidas que era como una mancha para la feracidad de aquellos campos, extendíase un pequeño huerto circuído de rosales, donde se deslizaba plácida y humilde la existencia de Hilario Martínez, antiguo miliciano de la guerra del Perú.

Buen hombre el soldado. Con el mismo ardor con que manejara el fusil durante la campaña, empuñó después el arado para remover su lonja de tierra que ejercía sobre él la poderosa atracción con que sujeta al campesino la gleba que lo creó. Contribuía á su grande amor el recuerdo de las gloriosas proclamas de antaño, que, antes de las batallas, hablaban con pomposas frases de la patria ausente, de la madre tierra á quien debemos todos nuestros afectos.

De los más hondos le hizo ofrenda aquel hijo sumiso. Trabajó durante muchos años con ardor, afanosamente, pero con escasos resultados: morían los árboles frutales, las cosechas eran débiles y los rosales mismos que plantaba un día con tanto cuidado, aparecían de pronto secos, marchitos, como si el hábito emponzoñado del pantano envenenara su savia.

Llegó á ser para el militar el origen de todos sus males y el resumen de todos sus odios.

—¡Ah, el maldito!...

Confiaba, sin embargo, que á fuerza de tesón lograría vencerlo, pues desde antiguo eran buenos amigos con la victoria.

Y así fué. Llegó por fin una época en que florecieron los duraznos, cuajaron los jugosos pomos y la fragancia saludable de los rosales barrió los miasmas de la charca.

Duró poco la alegría del triunfo. Un año triste vino en que misteriosa epidemia arrebató mucha gente, cebándose en la familia del ranchito. Unos en pos de otros fueron los hijos á descansar de la prolongada lucha en la colina del camposanto, y de toda su prole sólo escapó el más fresco y el más querido de los retoños: la nieta Griselda.

El tiempo permaneció un tiempo agostado por esta tremenda desgracia y sus quejas iban á unirse á las maldiciones de todos los campesinos de la comarca, contra el pantano de Los Maitenes, donde se engendró la plaga.

—Sí, ha de tener encantamiento—repetíanse unos á otros. Y no faltó un temerario que asegurase haber visto en mitad de la noche, vagando por los totoraes de las orillas, un monstruo espantoso de cuya boca salían llamas.

Vinieron en seguida los tiempos difíciles. Aunque sólo, se enderezó el viejo frente al enemigo, y continuó la pelea en defensa de su tierra buena y de la chiquita que no tenía á nadie en este mundo fuera de él.

El encanto obró también sobre el dueño de Los Maitenes que, enamorado de las aguas verdes, quiso ensanchar el pantano hasta convertirlo en elegante laguna de recreo, dispuesta á tragarse el huertecito de los rosales.

Pero fueron inútiles todas las gestiones que hizo el amo para adquirirlo.

—¿Para la laguna?... Nunca, por ningún precio, patrón.

Como para suavizar la negativa, agregaba:

—No tengo más que esto y aquí me han de enterrar. Trabajaré en mi tierra hasta que se me acaben las fuerzas.

Pero ¡ay! que el tiempo no se detiene y el polvo de ese eterno caminar va adhiriéndose á la cabeza de los hombres que se arrastran por la vida. Cada vez quedaban más léjos los tiempos de entónces, y poco á poco á los chicos del lugar se les hacía más difíciles reconocer en aquel viejito achacoso, al bravo sargento de pantalones colorados de quien se contaban tantas hazañas.

Sus músculos debilitados no podían extraer del suelo el sustento para dos, y llegó el día en que no hubo con qué hacer la merienda. Inútil que el viejo acudiera á sus postreras energías para emplearlas con rabia en la faena: tuvo que ceder por fin ante el hambre que amenazaba á su Chela. Fué preciso pedir préstamos, firmar unos papeles que hablaban de hipotecas, de vencimientos y de cortos plazos.

—Esta es pura fórmula, ño Martínez—aclaró el administrador de Los Maitenes.

—Sí, señor; ya vendrán mejores tiempos.

En vano que el mismo don Celedonio le hiciera saber después que el huerto no era suyo.

—¿Que no es mío? y por qué, señor?

—Por la platita que me debe, ño Martínez.

—¿Pero no me dijo usted que se la pagase cuando pudiera?

—Así es... pero el juez ha dispuesto otra cosa...

Para el veterano fué imposible comprender cómo unos cuantos papelotes podían quitarle la tierra que era suya desde tanto tiempo, que era necesaria para su vida, que formaba parte de sí mismo.

—Por mí, pase; pero ¿qué va á ser de la niña? Dios no ha de permitir semejante injusticia. Si era por dinero, lo pagaría tan pronto como los señores de Santiago despacharan la ley de recompensas...

Se aferró al terruño con todas las fuerzas de un náufrago; pero era el caso que la posesión del soldado se hacía necesaria para el ensanche de la laguna, que aumentaría la celebrada belleza de Los Maitenes. La charca se agrandaba por instantes y los gañanes cavadores sabían ya la hora en que las palas deberían morder los rosales linderos y derribar los árboles en frutos.

¡El pantano!... Por qué no permitiría Dios que se convirtiese en hombres, aunque fuesen un regimiento entero?...

Apremiaba el señor administrador, y aquel viejo testarudo que se atrevía á oponerse á la ley y á los deseos del amo, merecía un buen castigo.

—¡Ningún miramiento para el insolente!

Y una mañana clara y reidora, como si el mundo entero se regocijase de la claridad del sol y de la limpidez del cielo, don Celedonio acompañado de unos cuantos inquilinos escoltó al receptor hasta la puerta del rancho, donde notificó el desahucio. Y ¡lo dicho! el viejo no quiso entender aquellas razones tan claras...

—¿Qué va á ser de Chela, señor?

—Ahí se acostumbrará...

—Aguárdese una semana siquiera.

—¡Imposible! Hay que acabar pronto la laguna.

Al oír mentar la enemiga, el viejo se rebeló.

—Pero usted falta, don Celedonio... Usted me dijo que le pagase cuando pudiera, y desde que los señores de Santiago...

—¡Parece loco este viejo!—y dirigiéndose á uno de los inquilinos dispuso: ¡Cumple la orden del amo, Juan de Dios!

La resistencia era imposible. Si á lo menos fuese todavía joven y pudiera empuñar el rifle...

Bajo el sol radiante, las aguas se mecían á impulsos de picaresca ventolera, y las olas cuchicheaban irónicos relatos...

Era escaso el haber. Todos los trebejos de Griselda cupieron en el pequeño llo que pendía de su brazo. En cuanto al abuelo, un relámpago de altivez hirió su mente, y al salir á vagar á los caminos como un mendigo, vistió el viejo uniforme que conservara como una reliquia y en cuya solapa brillaban dos medallas de plata.

—¿Dónde vamos, abuelito?—interrogaba la pequeña.

—Donde Dios quiera, mi hijita.

Vagaron entonces por la tierra sin amparo ni otro techo que el firmamento. La huella de sus pies se estampó á lo largo de los caminos abrasados por el sol de estío, y las casetas y los ranchos que se erguían junto al camino, escucharon durante muchos días las quejumbres de una voz que relataba los azares de la lucha contra el pantano, las angustias del lanzamiento y cómo desde lo alto de la colina contemplara las llamas retorcidas y la columna de humo que se alzaba del mezquino rancho.

Sólo el compasivo afecto de los labriegos pudo reconocer en aquella voz plañidera el timbre belicoso que antes narraba los episodios de la guerra, el asalto del Morro...

En cada rancho respondió un consuelo y se ofreció un menudrugo, humilde caridad que habría bastado talvez para la subsistencia, si el sol de Enero no hubiese caldeado la sangre de la nietecita, haciendo explotar los delirios de la fiebre.

Todo cuanto le restaba, lo único que la existencia tenía de bueno aún, su Chela, estaba enferma. Y mientras acurrucado al pie de los álamos de la carretera sostenía sobre las piernas el desmejorado cuerpecito, un temor como nunca sintiera el viejo soldado, le mordió en el alma. Recordó las marchas á través del desierto, la insolación que derribaba á los hombres por el suelo, el chavalonco mortal...

—¡Maldito! maldito! ¡No era más que un daño del pantano!...

La niña permanecía de espaldas, inmóvil, con las celestes pupilas acusos y sin brillo, clavadas en algún punto del cielo.

—¡Chela, Chela! soy yo.

Rompí Hilario en hondos sollozos convulsivos, clamando á la Virgen, á los santos, á Dios. Después, como para vaciar sobre alguien todo su rencor, blasfemó contra el mismo cielo indiferente,

contra su perra suerte, la laguna maldita y la codicia de los hombres, para tornar de nuevo á su esperanza en la clemencia divina: —¡No me la lleses, Señorcito; sálvala del encanto!

Con la nieta en brazos acogióse el veterano á la caridad de un rancho próximo. Pero todos los cuidados fueron inútiles, y al otro día la chiquitina descansó para siempre de su existencia vagabunda...

La desesperación del viejo fué infinita. Hubieron de arrancarlo á la fuerza del lecho donde yacía el cuerpecito helado.

—¡Chela! Chela! Por Dios, Señor... ¿qué va á ser de mí, ahora?

Echado en un rincón, inconsciente de cuanto ocurría á su lado, pasó todo el día llorando su inconsolable pena, hasta que de pronto salió, echando á andar pesada y fatigosamente.

Era miserable el aspecto del anciano: las piernas temblorosas, sucio y destruído el uniforme, donde relumbraban aún como una irrisión las dos medallas de plata, los ojos turbios, la cabeza lacia y los brazos colgantes á lo largo del cuerpo. Y andaba, andaba hacia adelante, por sendero y encrucijadas, siempre en la misma dirección, como si desde el fondo del pantano le atrajera también el encanto.

Llegó por fin á la ribera á la hora que precede al anochecer. La linfa mostrábase tersa y tranquila, reflejando en su pulida superficie la augusta majestad del cielo.

Era solemne la muerte del día. Arriba desarrollábase el palio inmensamente azul, tachonado por el áureo esmalte de las estrellas, mientras que abajo, en la silente tristeza de los campos abandonados, rumoreaba como una monótona salmodia el plañidero croar de las ranas.

Detúvose el anciano en la orilla y un relámpago de oro destelló en sus pupilas al mirar la extensión lacustre, bajo la cual yacían como náufragos despojos el huerto y el hogar, las múltiples añoranzas de mejores tiempos y quizás también si el alma errante de la nietecita que volviera en busca de su habitual refugio. Mucho rato permaneció inmóvil. Ganaban las sombras invasoras la amplitud del llano y el viejo no fué al fin más que una mancha más densa que la espesa obscuridad.

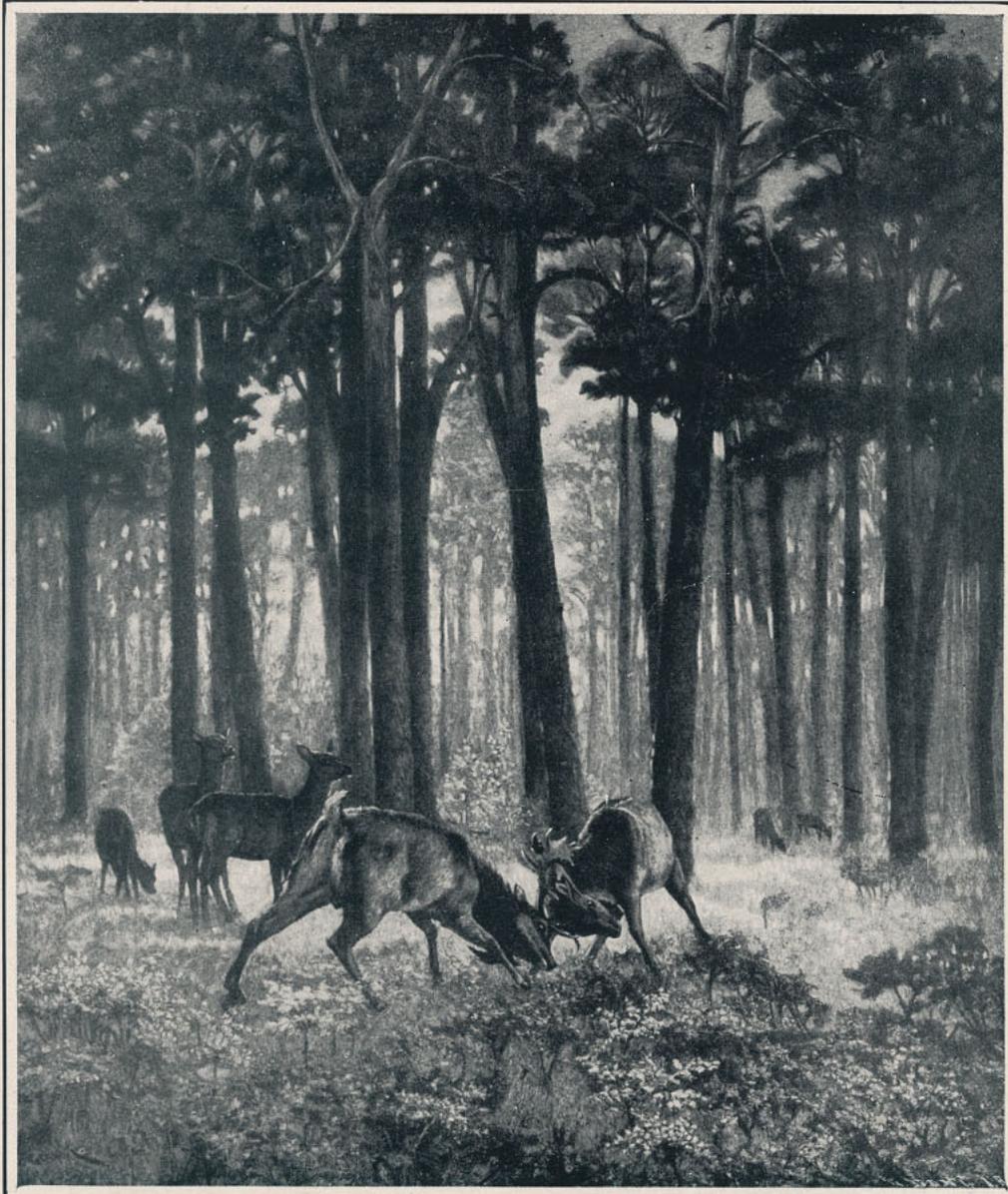
Disolvióse la antigua entereza y altivez, y de la sombra viviente emergió entonces una voz extraña, penosísima, entrecortada por los sollozos que salían roncós y extrangulados de la garganta, con la amargura indecible de un héroe vencido:

—¡Mal haya mi suerte!...

Ondularon las aguas del charco y el ruido sordo de una caída turbó la solemne quietud de la noche.

Poco á poco volvió el imperio del silencio y se aquietaron las aguas removidas, en cuya superficie quedó sobrenadando el fulgor de las estrellas. Zumbó el viento en los totorales de las orillas...

G. LABARCA HUBERTSON



VENADOS EN EL BOSQUE

CUADRO DE E. OCHEL KAMPEDE



LA PROCESION

CUADRO DE F. BRANLEY

La Epopeya olvidada y sus heroínas

I

Da comienzo el poeta de prosapia noble, el paje que trocó el boato y la dulzura de la cortesana vida por fatigas y peligros de una guerra bárbara, así:

"Chile
de remotas naciones respetada,
por fuerte, principal y poderosa,
la gente que produce es tan granada,
tan gallarda, soberbia y telicosa,
que no ha sido por Rey jamás regida
ni á extranjero dominio sometida".

Y el gentil caballero poeta, don Alonso de Ercilla, sigue en aquella edad pretérita anunciando al mundo los orígenes de un pueblo, celebrando encendido en entusiasmo, las proezas inauditas de nuestros progenitores. Así con "La Araucana" este país tiene la gloria que otro ninguno americano tuvo: una epopeya, como anota Bello; y ella es gloria no solo de la literatura castellana sino principalísimamente de la chilena.

Con todo, esta loa épica de nuestros araucanos, sin rivales en el mundo, para defenderse de la conquista hispana, la tenemos en un injusto olvido. Ella debiera ser nuestro libro de todas las horas, con el cual enseñáramos á los jóvenes el amor á los bellos ideales de la vida, el valor heroico, el amor á la patria, el noble sacrificio, la elocuencia varonil, el desprecio de los peligros, el culto de los antepasados, la fe en un destino superior, el acatamiento á las autoridades venerables, el respeto á los ancianos, el noble orgullo á la propia raza.

Es cierto que todavía los chilenos tenemos latente tales cualidades que las hemos heredado de mano de los siglos; pero es

necesario que las cultivemos. En el árbol están la flor y el fruto; mas si no se le cuida y riega, si no se le poda en la época propicia, concluirá por agotarse en su savia y se hará raquíutico y pobre de follaje, y los alegres pájaros del cielo no le elegirán para confiarle sus nidos ni para entonar sus cánticos al Señor.

Hay ejemplos de bizarrías en "La Araucana" que superan, con mucho, á las que celebró la antigüedad clásica. Por lo menos, en esos valores homéricos se ve que se realizan con la égida de los dioses: el Olimpo entero se mezcla y toma parte en los horrores de la batalla y hace realizar los grandes actos á los que protege. En nuestra epopeya india todo es más humano y por el propio esfuerzo humano, sin intervención de seres superiores, raya en lo ultraterrestre y se hace un valor divino.

Pero yo quiero que os fijéis más en esta consideración: los araucanos y los dioses en pugna. ¿Quiénes son los dioses? Pues, los que hacen tabletear el trueno como en la hora de la tempestad y pueden herir con el rayo de Jove. ¿Y no veis? A ese trueno, á ese rayo que consume en su fuego, á esos escuadrones de centauros que hacen temblar la tierra bajo el furor de sus cascos, oponen sus bronceados pechos, pica y maza, y su solo valor de bárbaros, de primitivos, les hace ejecutar los prodigios de los cuales se ha asombrado la historia.

En esa elocuencia varonil de los úlmenes de Arauco hay que educar á los chilenos. Es una sobria elocuencia; pero que está preñada de razones. Se ha dicho, y con poco fundamento á mi juicio, que los discursos del experto Colocolo, de Lautaro y demás paladines, han sido imitados de griego ó latinos. ¿Pero por qué no admitir que fueron realmente pronunciados? Quien sepa cómo se cultivaba con vehemencia la oratoria entre los antepasados,

quienes hayan leído en las historias de cuatro siglos las arengas araucanas, ora para incitar á las guerras, ora en los parlamentos, pueden participar de mi opinión fácilmente. Palpita en aquellos y en éstas la misma inspiración; tocan los mismos recursos; son de la misma malla y de la misma fibra. Creo yo que Ercilla no hizo sino versificar las ideas y los razonamientos tan comunes entre los araucanos, que él conoció y oyó de sus labios mismos.

Luego, ¿qué decir de su desprecio del peligro y de su permanente preparación para el sacrificio? ¿Por qué tierra fragosa y desconocida no se aventuraron nuestros héroes bárbaros? Salvaron abismos, se despeñaron por las torrenteras, vadearon ríos en leguas anchurosos, hundidos hasta el cuello en las ciénagas combatiéron, con más denuedo cien veces que los conquistadores. Hambrientos, rabiosos de sed no se batieron nunca. Mutilados y agonizantes incitaban á la venganza y cantaban su himno de muerte, por amor á la patria que era la selva virgen, la ruca miserable y la tumba de los caciques.

Su superioridad derivaba de la fé en su destino, del orgullo ingénito de la raza. De aquí todas sus virtudes. La conciencia del propio valer es la fuente de la que nacen las hazañas. Este orgullo racial no lo tuvo ningún otro país americano. Todos sus autóctonos se rindieron al rayo y al cenfauro conquistador. Y para más apreciar este orgullo ved que era motivado ó en el triunfo de ese admirable valor hispano ó en las carnicerías del sacrificio y del holocausto indígenas.

Hé aquí, pues, cómo por estas breves consideraciones "La Araucana" debiera estar constantemente delante de nosotros, abierta á la mirada de todos los chilenos. No solo hay en este libro inmortal recuerdo vivo de las glorias de nuestros progenitores, belleza lírica, sino una tal cantidad de belleza moral, que, aunque de aquella careciera, ésta sola le elevaría á la consideración de todas las gentes. No como en otras epopeyas hay en ella dolor y engaños, robos ó incestos. Todo en ella es virtud. Los hombres en la ostentación de su heroísmo y de sus fortalezas guerreras son grandes. Por esto creo que este primer momento de nuestra literatura debe ser explicado á diario en la escuela y en el liceo. Debe ser á la manera de un catecismo de educación cívica. Así la raza se fortificará en su estructura psíquica y se ennoblecerá más á sus propios ojos.

Ahondemos en "La Araucana" para obtener mayor provecho de nuestras excelentes cualidades. Seamos como el buen árbol que ahondando y esparciendo más su raigambre por los senos de la madre tierra, más savia chupa, más fuerte y corpulento se hace en la alegría de su espeso follaje, orgullo y gloria de la selva....

II

Ercilla nos habla de las araucanas con particular devoción. Se manifiesta encantado de ellas en el hogar, en el consejo, en la guerra; tiene para ellas sentimientos de gentileza que dicen bien de su alma caballeresca. Mas la primera que nos ofrece al encanto de los ojos es la española don Mencía de Nidos, "noble, discreta, valerosa, osada". En Concepción, á la llegada de los conquistadores derrotados en Andalican, en el miedo que produce la noticia del próximo ataque de los indios, cuando temerosos los hispanos huyen, doña Mencía se levanta de su lecho de enferma, empuña la espada, abraza el escudo é intenta detener, aunque en vano, á los despavoridos, apostrofándolos en airada elocuencia. Es un corazón femineo hecho corazón de león por el honor y por la gloria; es el valor realzado por la gracia y la hermosura. Se destaca del confuso vocerío de los fugitivos, por sobre los clamores de las vírgenes que buscan á sus madres, con la espada desnuda en aquella cuesta, con el hermoso rostro airado vuelto á la ciudad, la cabellera al desgaire y arengando en varonil apostura, con las proporciones de una heroína magna. Así es ella sola la raza española heroína hasta en el desastre.

Y la primera araucana es Guacolda. Es un blanca flor de idilio

que brota del rojo de la sangre. Amorosa mujer previsora, brilla como una estrella en la noche que terminará en la desesperación de la muerte. Vedla, pues, en la noche, en el áspero tátamo, improvisado en la tierra de combate, donde los guerreros acaes descansan de las fatigas. Despierta cuando su amado salta debatiéndose en la pesadilla y le aconseja que se arme y aperceba á los suyos porque los sueños son avisos del "Pillan". El bravo Lautaro no da crédito á lo misterioso ni escucha la dulce y temerosa voz de mujer. Frufrutan las hojas de los coigües y maitenes, tiritan de miedo arriba las estrellas. Pasa un viento de silenciosas anunciaciones. En la ternura de Guacolda, en cada una de sus palabras previsoras, Ercilla pone toda la seducción femenina, la inocencia primitiva, el ardor voluptuoso y pavoroso ante el presentimiento de la separación definitiva. Por la resistencia del toqui para apercebirse á la batalla, porque no cree en el vaticinio, el alma de Guacolda, alma atormentada del más dulce amor bárbaro, se cuaja y se funde en las pupilas tristes. Su cuerpo seductor más se estrecha al atleta como si supiera que es su última noche. Habla entonces con suspiros entrecortados y caricias mudas. Es Guacolda, la delicada mujer, pasional y vehemente, que ama con la inconsciencia egoísta del verdadero amor con el santo amor de la naturaleza en esta noche que terminará en la desesperación de la muerte...

No menos cautivante en la desolación del campo de cadáveres, es la afligida Tegualda. Su amor y su fidelidad al muerto esposo la llevan, abroquelándose en la fortaleza de su cariño, á buscarlo en la lúgubre noche entre los yacentes que quedaron de la batalla. Por el amor y por la fidelidad á su amor no teme ningún peligro, ni la negrura de la noche en la cual está la muerte imponente, ni á los sangrientos vencedores que vivaquean cerca. ¡Admirable salvaje de tan altísimo sentimiento! Busca el cadáver de Crepino esta bellísima é incomparable hija del cacique Bracol, para darle honrosa sepultura. El poeta Ercilla que está de guardia se condele de su afán piadoso, le oye conmovido su historia trágica y le da ayuda magnánima... Yo me traslado á aquella hégira épica y alabo al poeta paladín. Mis ojos se van tras el fúnebre cortejo: llevan los indios yanacopas en angarillas improvisadas el cadáver del guerrero y sigue la esposa fidelísima bañada en llanto amargo. Los tupidos ramajes de la selva forman doseles de verdura al paso de la triste comitiva. Hay un recogimiento doloroso en el paisaje y una nota más melancólica en el canto de los "huilques". Tegualda abismada en su dolor va lentamente su senda de amarguras, silenciosa como una horeaz cuyo corazón herido de muerte se desangra, se desangra.

Fresia, la compañera de Caupolicán, es el más bello tipo de heroína altiva, orgullosa, indomable. El amor á su tierra, á la libertad de su tierra, es la pasión dominante de esta mujer heroína.

Está perennemente solicitada de lo grande y del valor irreductible, de la proeza guerrera y de la fuerza hercúlea. Aquí está el secreto de su adhesión á Caupolicán: él es fuerte, aplasta como una montaña hecha hombre; es el caudillo invicto. A ella no le intimidan la batalla ni el sangriento despojo humano. No es ella la idílica Guacolda ni Tegualda fiel: es la dignidad bravía encarnada en un firme cuerpo femenino. Todos sus amores se anonadan delante de su avasalladora bravura. Cuando su orgullo supremo sufre el rudo golpe, cuando Caupolicán cae prisionero en fuerza de traición,—lo que no era posible, para ella, que pudiese acontecer,—deja de ser mujer y la grandeza de la ignominia que para ella ha cometido el toqui al caer en el engaño, la transforma en leona, en furia; suprime en ella no solo el amor al hombre, sino, lo que es inaudito, el amor al hijo que arroja iracunda á las plantas del padre cautivo y traicionado. Es esto de una magnitud esquiliana.



BUSTO DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA

CHILE A TRAVES DEL SIGLO

UN siglo en la vida de un pueblo es menos que un minuto en la vida de un hombre, pues si el hombre es como una simple célula en un grande organismo, el pueblo encarna la especie, el conjunto social que evoluciona, lucha, transmite por la herencia cualidades, virtudes y vicios, desarrollando las condiciones especiales adaptadas al triunfo en la lucha por la vida, entre naciones. Los cien años transcurridos de 1810 á 1910, representan para Chile un minuto supremo de renovación social, moral y política, de transformaciones materiales, efectuadas con rapidez increíble, á costa de sacrificios incesantes obtenidos en condiciones excepcionalmente difíciles.

Pocos países en el mundo se han encontrado en presencia de mayores y de más graves dificultades para alcanzar una suma dada de progreso. Los Estados Unidos de América del Norte, se encontraban próximos á Europa y disponían de territorios inmensos, dispuestos á recibir, con brazos abiertos y con inmensos horizontes, al exceso de habitantes del viejo continente que le llevaban su inteligencia, su industria y sus tradiciones de siglos. Además, la Nueva Inglaterra había sido colonizada por los primitivos cuáqueros que introdujeron en la región del norte del nuevo mundo, el espíritu de libertad y de tolerancia religiosa que constituía, por decirlo así, el alma de un nuevo conjunto social y político, la base de moralidad indispensable para el sano desarrollo de la vida moderna. En esa tierra, todo se encuentra preparado para el nacimiento de un gran pueblo: la actividad enorme de la raza sajona, su honradez y su moralidad, su cultura y el ambiente de libertad que henchía las velas de la "Mayflower" al surcar, por primera vez, las aguas de la tierra americana.

Méjico, la República Argentina, el Brasil, poseían territorios inmensos y fértiles, dotados de ricas producciones, á un paso de Europa; se encontraban, por consiguiente, naturalmente llamados á recibir las corrientes humanas arrojadas del viejo mundo en los agitados vaivenes de la lucha por la vida. Su destino de progreso, su porvenir de riquezas y de fuerzas, no eran ni podían ser problema. En rápido contacto de comunicaciones con Europa, debían ser conocidos desde el primer instante, y señalarse á los capitales europeos en busca de inversiones remunerativas. Buenos Aires, á principios del siglo XIX, tenía riqueza y fuerza suficientes para rechazar con gloria las invasiones inglesas, y tomaba, desde ese mismo instante, un puesto de primer orden entre las colonias españolas.

El Perú poseía riquezas fabulosas que le daban á conocer tradicionalmente en Europa, convirtiéndolo en centro del poder colonial americano.

Sólo Chile no tenía nada que ofrecer á los aventureros españoles y europeos en los trescientos años de su existencia colonial; podía, únicamente, darles la gloria de sus guerras araucanas, el poema vivo de una vida épica, inmortalizada con los versos de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Era, el territorio chileno, de extensión escasa, perdida entre los desiertos del norte, con sus eternos arenales, y los bosques del sur, impenetrables, oscuros y silenciosos, como una fortaleza de ver-

dura, en los cuales los audaces aventureros españoles solían dejar su piel cosida en la punta de las lanzas araucanas. El mar y las cordilleras limitaban su horizonte, dentro de un marco estrecho é insalvable, y tan estrecho, que fué menester, á fines del siglo XVIII, separar la provincia de Cuyo de la Capitanía General de Chile, para dársela, como regio presente, al Virreinato de la Plata.

La pobreza de Chile, en los últimos años del coloniaje, era pobreza franciscana. Sus minas, cultivadas por los indios de las encomiendas, poco ó nada producían; sus campos eran inseguros y carecían de obras de regadío y de caminos que les dieran valor. Chile, para mantener los gastos de su administración pública, necesitaba el "Real Situado" que se le enviaba desde España.

Una colonia pobre y sin recursos, en la cual era difícil ganarse el sustento diario, donde no existían las portentosas fortunas creadas en minas como las de Potosí, no debía, por cierto, ser de grande importancia para España. Por lo tanto, no se ocupaba la metrópoli en promover el adelanto de la agricultura, ni las obras públicas, ni la instrucción, ni la vida de las artes. Por eso, á principios del siglo XIX, casi no existían escuelas en esta pobre, obscura y apartada colonia. Un estrecho fanatismo,

propio de la Edad Media, predominaba en las clases superiores, de agricultores enriquecidos y de encomenderos, que constituían cierta forma de aristocracia, cuya importancia se basaba exclusivamente sobre antiguos pergaminos y tradiciones de nobleza. En las clases superiores, dominantes, la cultura literaria era escasa, se ignoraba el movimiento general del espíritu en el siglo XVII. Sólo un reducido número de personas, como Rojas y Salas, leían á escondidas las obras de los enciclopedistas y arrojaban á los espíritus, tímida y á media voz, ideas de libertad y semillas de libre-pensamiento que disonaban extrañamente en la atmósfera colonial, retraída y fría, recelosa y tímida, sugestionada

por el principio de la divina autoridad de los Reyes y de la prepotencia absoluta de la Iglesia. El pueblo era el inquilino, pegado á la gleba como el siervo de la Edad Media, el humilde trabajador, el "roto", pues aún no existían las corporaciones y gremios de artesanos que comenzarían á actuar, como fuerza política, en 1848, con la Sociedad de la Reforma. En una palabra, el pueblo, con autoridad y personalidad propia, en la acepción romana ó moderna, aún no existía.

La Revolución de la Independencia, en Chile, como en casi toda la América latina, no fué, ni podía ser, como la Revolución Francesa de 1789, el resultado de una germinación de ideas en las almas, de un desarrollo nacional, de una fermentación de pensamiento social en contra de abusos censurables, de un orden de cosas y de una tiranía legal y social condenada de antemano. Era un movimiento que no correspondía á la acción interna de las almas en busca de un orden de cosas arreglado al ideal nuevo y más perfecto. La chispa incendiaria vino, primitivamente, de España, invadida por los ejércitos de Napoleón I, con el Rey Fernando VII prisionero en Bayona, y con



COMBATE DE CASMA

CUADRO DE ALVARO CASANOVA

la abdicación de Carlos IV; sin Rey, decapitada, en el hecho, la monarquía. Las colonias americanas vieron cortados, por sí solos, esos lazos del derecho divino que los ataron, durante cerca de trescientos años, á la corona de Castilla, respetada por los emigrantes y por los aventureros, á través del océano, como la imagen cariñosa é inolvidable de la patria.

Cabe formular, en estas condiciones, la pregunta de ¿por qué, al ser invadida España, no se dieron instantáneamente Gobierno propio las Colonias, y no proclamaron Juntas como las de Cádiz? Esto hubiera sucedido, sin duda, en 1808, si el desarrollo social hubiera correspondido en ellos á la situación de hecho. La verdad es que la clase "gobernante", la clase social superior, en la América latina, y particularmente en Chile, era conservadora y monárquica por naturaleza; existía un poderoso partido español, entre los criollos, que dilató el movimiento creador de las Juntas de Gobierno, hasta 1810. La revolución realista de Figueroa, verificada en 1811, contaba con la complicidad y con la simpatía de las clases superiores; la revolución patriota de Carrera, en seguida, fué el golpe genial de un reducido grupo de aventureros audaces.

La guerra de la independencia, en Chile, no es sino el reflejo de la guerra intestina que rompe las entrañas de la sociedad chilena, en dos corrientes opuestas. La lucha de la independencia de Chile era, en el fondo, una guerra civil, el choque de facciones y de aspiraciones encontradas dentro de la sociedad chilena, en vez de ser una guerra de estricta nacionalidad, como la de Guillermo el Taciturno, en Holanda, ó como la de los propios españoles, en la Península invadida. En 1813, el general Pareja desembarcaba en Chile con cincuenta hombres y con cincuenta mil pesos; dos meses después se encontraba en Chillán á la cabeza de 4,000 soldados realistas; el ejército que defendía la causa de España y del Rey, se componía de chilenos. La Iglesia, representada por el Obispo Villoches y por los misioneros franciscanos, apoyaba la causa de la monarquía. Los triunfos patriotas de la primera época fueron obtenidos por chilenos que querían una Junta Nacional, en contra de chilenos que sostenían el Gobierno de Cádiz. En presencia de las ejércitos realistas, los patriotas se dividieron: esa fué la causa del primer fracaso de la revolución chilena.

Sin el apoyo encontrado en las altas clases sociales, no hubiera podido mantenerse Marcó del Pont.

Las victorias de Chacabuco y Maipú en 1817 acabaron con los ejércitos españoles en Chile, mas el país, en el cual existían poderosos gérmenes sociales en favor de la causa de la monar-

quía española, no quedaba definitivamente á salvo y tranquilo. ¿Acaso no era fáácil enviar, desde Lima, expediciones en que bastaba un puñado de hombres y de dinero para encender nuevamente la guerra?

Era preciso aplastar el poder español en su centro de resistencia en América, en el Perú. Mientras esto no se realizara, ni Chile, ni la Argentina quedarían tranquilos. A esta idea obedeció la expedición libertadora del Perú, organizada en Chile, junto con la primera escuadra nacional que debía protegerla. El domingo 7 de agosto, se hizo á la mar el convoy que conducía al Perú, cobijado por la bandera de Chile, al Ejército que debía consolidar en Lima la emancipación definitiva de la América del Sur. La Escuadra chilena destruyó ó capturó á la Escuadra española surta en el Callao, después de tomarse al abordaje, el navío "Esmeralda".

Proclamada ya la independencia de Chile y afianzada en el Gobierno de O'Higgins, pudo verse que si había triunfado la revolución política, emancipando á Chile y dándole personalidad entre las naciones, en cambio, se necesitaba una poderosa y violenta sacudida para sacar al país de la era de costumbres coloniales, para difundir sentimientos de libertad y de progreso, para educar las masas populares, para crear una democracia de Gobierno. Esa debía ser la obra de una transformación gradual.

O'Higgins fué derribado del poder, á pesar del brillo glorioso de su espada que había dado libertad á Chile. Era que las reformas implantadas, para destruir los hábitos de la colonia, hallaban, en las clases conservadoras, una resistencia, al parecer invencible. Las franquicias dadas al comercio, las garantías á los extranjeros, la fundación de cementerios generales, el establecimiento de escuelas regentadas por maestros protestantes, la energía desplegada en contra del clero que apoyaba á España, y el destierro del obispo de Santiago y de clérigos y frailes realistas, y otros hechos análogos, produjeron grave descontento en las altas clases sociales.

La abdicación impuesta al Presidente O'Higgins era el primer paso de la guerra civil, que debía prolongarse durante diez años, como una consecuencia de la lucha de los elementos conservadores afectos á la antigua monarquía y los elementos progresistas y liberales que buscaban el cambio completo, absoluto y radical, de régimen político y de costumbres. Los Gobiernos de Freire y de Pinto encarnaban el absoluto idealismo liberal que llegaba hasta la destrucción de los principios elementales de orden y de gobierno. La batalla de Lircay dió el triunfo por cua-



PAISAJE DE FINLANDIA

CUADRO DE LISPARRE

renta años, al antiguo Partido Pelucón, compuesto de todos los elementos desafectos al nuevo orden de cosas.

Don Diego Portales fué el inspirador del nuevo régimen que puso término á la monarquía y asentó, con mano de hierro, las bases del nuevo Gobierno, de la administración chilena, dentro de los propósitos de severa economía, de respeto á la ley y al principio de autoridad.

A la iniciativa de Portales se debe la Constitución Política de la República, de mayo de 1833. Es este uno de los moldes constitucionales más apropiados á las costumbres y á las aspiraciones de un Estado moderno. Con el tiempo y las sucesivas interpretaciones ese código ha perdido su rigidez, conciliando el principio de autoridad, con el sentimiento de la autoridad. A la Constitución de 1833 debe Chile el orden, la regularidad de su vida administrativa, y la paz de que ha gozado en el perfecto equilibrio de su régimen.

Portales comprendió la necesidad de afianzar la posición de Chile en el Pacífico. Movidó por este propósito y por el de impedir la organización de la Confederación impuesta al Perú por el general Santa Cruz, emprendió la guerra de 1838. Su temprana muerte le impidió contemplar los espléndidos triunfos alcanzados por las armas chilenas en esa campaña memorable.

Un historiador le ha pintado con estas palabras:

"Portales fué un gran patriota, un gran chileno. Amó á Chile con idolatría. Todo lo pidió al mundo para Chile y todo lo que él era en fuerzas, en fortuna, en abnegación, lo puso de ofrenda en el altar de la Patria, en cuyas aras derramó su sangre, muriendo tan pobre que, sin el concurso del Estado, sus herederos no habrían tenido con qué honrar sus huesos. Decía que Chile era la joya del Nuevo Mundo. Llamaba á la República, con orgullo, la Inglaterra del Pacífico y afirmaba que en las aguas de este mar inmenso no debía dispararse jamás un cañonazo sino para la estrella de nuestro pabellón".

Las victorias obtenidas por el talento militar del general Bulnes en la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz, en 1838, dieron á Chile una situación internacional de primer orden entre las Repúblicas del sur. Su patria, agradecida, hizo á Bulnes Presidente de la República. Tanto éste, como su sucesor, el Presidente don Manuel Montt, organizaron administrativamente á la República, arreglaron sus finanzas, levan-



ABDICACION DE O'HIGGINS

táronse escuelas, se inició el edificio de la legislación nacional con códigos como el Código Civil, debido al talento jurídico de don Andrés Bello. Las bellas artes y las letras comenzaron á florecer en forma halagadora. Se crea la Universidad de Chile, y comienza la cultura del espíritu en forma vigorosa y sistemática. Chile avanza en unos cuantos años de independencia más que durante tres siglos de colonia. Se crea la Quinta Normal de Agricultura, la Escuela de Artes y Oficios, la Academia de Pintura.

Chile, durante la colonia, sólo había tenido un poeta: Pedro de Oña, y dos ó tres cronistas como Ovalle. Transcurridos apenas treinta años de la independencia, teníamos escritores como Sanfuentes, Joaquín Vallejo, Antonio García Reyes, Hermógenes de Irisarri, Guillermo Matta, Miguel Luis y Gregorio Amunátegui, Diego Barros Arana, Crescente Errázuriz, los Blest Gana, los Bello, Lasterria y Blanco Cuartín. Era la aurora de una espléndida literatura.

Montt suprimió dos revoluciones. Comenzaba, con la cultura, la fermentación de los elementos democráticos, la agitación de los espíritus, la aspiración confusa hacia la libertad, en busca de moldes nuevos y de más amplios horizontes. La opinión pública nace, con la cultura social, á medida que nuevos elementos sociales comienzan á ejercer su acción sobre la marcha política del país.

Durante las administraciones de Pérez y de Errázuriz, ese cimiento social y político se acentúa, junto con la tendencia á la secularización del Estado, separando lentamente la influencia de la Iglesia sobre la legislación, que comienza á tomar carácter laico, y estableciendo sobre más amplias bases la libertad de conciencia. La administración Santa María, más tarde, vino á dar relieve á esa tendencia nueva del espíritu nacional.

En 1879, bajo el Gobierno de don Aníbal Pinto, se inició la guerra en contra del Perú y Bolivia, en la cual Chile debía obtener grandes triunfos, cubriéndose de gloria sus armas, hasta llegar á Lima. El país salía engrandecido y fuerte de la lucha. Los nombres de Iquique, Pisagua, Dolores, Tacna, Chorrillos y Miraflores han quedado gloriosamente grabados por las balas sobre nuestras banderas, en forma eterna é inolvidable.

La guerra civil de 1891, fué el estallido del espíritu democrático, en busca de libertad electoral, y en contra de los excesos del principio de autoridad.

La única revolución triunfante que ha tenido Chile en un siglo, era producida, no por caudillos, sino por la lucha entre la autoridad constitucional del Congreso y la del Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda.

Arreglados definitivamente los pleitos de límites con las Repúblicas vecinas, el porvenir de Chile está en el trabajo, en la paz, en el desarrollo de sus fuerzas económicas, en sus obras públicas.



LA BARONESA DE X

CUADRO DE ALBERTO VON KELLER

FERNAN RUIZ

CASA MOZARD

Amoblados

DECORACIONES Y TAPICES

*Mandamos presupuestos
por instalaciones com-
pletas de casa*

CRÈME SIMON

La **Gran Marca** de las **Creimas de Belleza**.

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior
á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

Los Perfumes Concentrados

"STILLI FLORE"

de la **Perfumería Oriza**

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para
perfumarse durante varios días

Probarlos es
adoptarlos

Se encuentran en venta
en las siguientes casas
del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas



SEDLITZ

Charles **CHANTEAUD**
de **PARIS**

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



